IZVOR: EL NUEVO ORIGEN

Vicente Camus

Capítulo 1

IZVOR: EL NUEVO ORIGEN

Por

Vicente Camus

PARTE I

Capítulo 1

¿Dónde estoy?

Pequeñas y débiles olas de río, golpean suavemente los gruesos zapatos de un hombre que yace boca abajo en la ribera. Poco antes había emergido de las aguas en estado de semiinconsciencia, golpeado, con su vestimenta militar gris musgo rasgada, sus rodillas magulladas y sus manos con huellas de quemaduras. Está… casi moribundo.

El entorno ofrece, en contraste, una visión paradisíaca. Una caída de agua de unos veinte metros a un río cristalino y cantante. Mientras en la ladera se puede ver la espesura de hierba y selva; un imponente como también, sin duda, intimidante bosque que se yergue sólido y hermoso. Todo siendo contemplado, de forma pasiva y plácida, por colinas engreídas en su altura y montañas coloridas y majestuosas.

El sonido musical del río, mezclado en delicada armonía con aquellos otros de viento entre ramas y hojas, trinos de avecillas junto con voces melodiosas que emitía bullicioso el bosque, de pronto se vio interrumpido por el movimiento de arbustos y pisadas sobre hierba, que se acercan cada vez más al cuerpo aún sin reacción recostado en la orilla. Son los pies húmedos en sandalias barrosas de un joven, no mayor de dieciséis años. Cubierto de atavíos largos, telas suaves, combinadas y cruzadas sobre su pecho, de tonos verde oscuro y terracota, que aparenta la vestimenta de un monje.

Aproximándose al cuerpo del hombre, lo voltea, lo examina con sumo cuidado, sabiendo qué hacer y cómo. Le toma la cara, lo limpia del barro y hojas húmedas, revisando sus signos vitales, observando sus ojos, sintiendo su respiración y pulso, asegurándose de que no tuviera heridas profundas o graves. Parecía no estar asombrado ni agobiado por el hallazgo, más bien, se creería que registraba mentalmente todas sus observaciones respecto del herido y, con calma y gran tranquilidad procuraba revivirlo. Recorrió con sus manos todo el contorno del hombre,

sin tocarlo, poniendo sus palmas a distancia de unos pocos centímetros de su cuerpo. El efecto fue inmediato: una respiración más y más continua, acelerada solo por breves y silentes muecas toscas de dolor.

El hombre encontrado representaba entre treinta y cinco y cuarenta años de edad. De complexión delgada; atlética. Pelo color castaño oscuro largo hasta los hombros; ojos café miel semi-rasgados; tez blanca latina. Medía unos ciento ochenta y cinco centímetros de altura y pesaba unos setenta y ocho kilogramos aproximadamente (todos datos que el joven calculaba y registraba). Nariz fina y respingada, con una gruesa barba no cuidada que ya dejaba ver algunas canas incipientes.

Asimismo el joven rescatista, observó en detalle cómo era su vestimenta, poniendo especial atención en su camisa verde musgo, la cual, tenía bolsillos en el pecho y sobre uno de ellos el símbolo orbital de una galaxia y unos caracteres: "***EEIH2230***".

Tras el imprevisto pero certero ritual, le revisó los bolsillos, así como una cartera negra tipo riñonera que portaba y que llevaba cruzada en su pecho. Fue dejando lo que hallaba en una gran hoja de uno de los cientos de árboles que les rodeaban, la cual, a posterior guardó con cuidado en su morral. Entre las cosas que halló, se contaban:

Un par de monedas muy pequeñas, del tamaño de un penique cada una

Un lápiz y unas hojas dobladas sin anotaciones, pero con unos orificios centrales y,

Un contador numérico digital, que estaba marcando la secuencia: ***14682***.

De pronto, el hombre comenzó a toser y quejarse, si bien de manera leve pero persistente. Fue entonces que el joven se levantó y alzó su mano izquierda hacia el otro lado del río, desde donde se oyó un sonido semejante al de una Di[1]; sonido que luego fue replicado a unos metros, para luego otras más sumarse en derredor. Fue el aviso del hallazgo.

Tras unos momentos, descendieron otros hombres vestidos con las mismas vestiduras del joven. Tomaron al herido que, dolorido, se quejaba e intentaba sin éxito abrir sus ojos. Le subieron en una especie de camilla hecha de varas de bambú y telas gruesas. En el trayecto, el hombre que con esfuerzo respiraba, terminó cediendo a la oscuridad que sus ojos le ofrecían para descansar.

***

Transcurridos tres días, el hombre despertó y se halló en una habitación blanca, fresca, muy iluminada. Se vio desnudo acostado en una cama también blanca, de suaves sábanas de seda color azul. El cuarto es

amplio, con grandes ventanales; lo cual favorecía el que ingresara mucha luz a ambos lados de la habitación. Dichos ventanales daban; uno hacia la cascada y, el otro hacia montañas de coloridos tonos de azules y variados verdes.

—¿Dónde estoy? —exclamó con voz débil, al mismo tiempo que procuraba incorporarse; mientras el silencio le rodeaba—¿Dónde estoy? —repitió, alzando más la voz.

—Tranquilo, no te inquietes —rompió el vacío una serena voz que se acercaba por el pasillo al que daba la única puerta del cuarto—¡Buenos días joven Káhlen! —prosiguió—¿Cómo te sientes?

—La verdad, conmocionado y muy confundido —respondió con esfuerzo—. ¿Qué me pasa? ¿Dónde estoy? ¿Cómo me llamó? ¿Usó… mi nombre? ¿Ése es?

—Ten calma, no apresures tu comprensión de todo. Sufriste un trauma, estás con cuidados y en buenas manos —contestó el hombre, ataviado con túnica azul, de seda, cruzada por otra de color blanco y sandalias de un cuero negro—. En cuanto a cómo te llamé, sí, tu nombre *actual* es "Káhlen". Es con el cual te identificamos desde que te halló Zéjel en la ribera, hace dos días. El nombre que *portas* desde tu nacimiento no lo conocemos y, por lo que noto, tampoco tú lo recuerdas.

El hombre tenía un aspecto de sabiduría intrínseca. Su calvicie y canas en las sienes solo fortalecían su apariencia pacífica y benévola. Su tono de voz transmitía tranquilidad de espíritu, algo que Káhlen requería sin duda ya que se hallaba desconcertado y con evidente ansiedad. Mientras le hablaba, se acercó a la cama inspeccionando el estado real de su huésped.

—¿Por qué me llaman de esa manera? —preguntó ansioso "Káhlen"—, ¿Quién es Ud.? ¿Qué es este lugar? ¿Por qué me trajeron aquí?

—Muchas respuestas necesitas, sin duda, mas, es poco lo que debes saber en este momento en realidad para vivir —aseguró el anciano—. Poco a poco hallarás lo que buscas. Por hoy duerme, mañana ya hablaremos —concluyó y se retiró.

Káhlen sin fuerza para persistir, cedió al agotamiento y durmió.

***

Káhlen

Una vez que despertó al día siguiente, ya logró incorporarse con lentitud y levantarse de la cama. Se vistió con prendas que le habían sido dejadas

allí: una camisa verde claro, muy amplia; ropa interior blanca de seda y una túnica verde musgo.

Observó que en la mesita ubicada junto al ventanal que da al río había alimentos: un jarro con agua, frutas variadas además de lo que aparentaban ser panes finos y crujientes, junto con zumos naturales.

Caminó hacia la mesa y degustó todo lo que le ofrecían.

—*Si todo lo que voy a comer será así de delicioso* —se comentó para sí—, *este lugar obtiene puntos para quedarme si es que no recuerdo dónde vivo.*

Mientras continuaba disfrutando el banquete, se percató que en una repisa en la pared, estaban ordenadas la ropa con la que venía, remendada y limpia; su riñonera junto a las cosas que portaba. Se acercó a ellas, las tomó y entonces de pronto, tuvo un intenso dolor de cabeza, que le hizo cerrar los ojos y sentarse. En su mente, imágenes confusas de personas y sonidos de voces que se entremezclaban. Flashes luminosos que golpeaban e inundaban sus circuitos mentales. Recuerdos de lo que ni siquiera entendía qué era. Káhlen comenzaba a darse cuenta de la cruda realidad: no sabía quién era ni dónde estaba.

—¡Joven Káhlen, buenos días! —fue el saludo que lo sorprendió y sacó de su abstracción momentánea—. ¿Cómo has amanecido hoy? —Eran dos adolescentes monjes, que estaban a la entrada de su habitación, sonrientes y casi ansiosos de escucharle. Káhlen les dio atención y les respondió—: Estoy bien, gracias.

Entonces notó que uno de los jóvenes era quien lo había hallado y ayudado.

—Tú eres quien me salvó, ¿verdad? —dijo mientras lo miraba y se le acercaba.

—Sí, yo te hallé. Te ayudé, pero no te he salvado —respondió el muchacho, alegre pero con seguridad.

—Sí, lo hiciste. De no ser por ti, quizá hubiera muerto ahogado o sido cazado por una bestia —los muchachos sonrieron—, o arrastrado por el río, en fin. Así que, estoy de verdad muy agradecido de ti y en deuda.

—Bien Káhlen, acepto tu agradecimiento —le contestó el joven—, pero doy por cerrada la deuda, pues no es tal.

—¡Insisto! —dijo Káhlen, a la vez que le regaló una fruta, al momento que sonreía. Y agregó—: Jamás había comido frutas, o tomado agua o zumos de tan exquisito sabor. Pues, bueno, dado que es lo mejor que poseo o

recuerdo poseer y, es algo inigualable en este momento de mi vida, es lo mejor que tengo como regalo para ti. Aunque no cancela la deuda.

—Gracias —dijo el muchacho, sorprendido y agradado por las palabras de Káhlen.

—El hombre, el anciano que me visitó el otro día —dijo Káhlen—, me dijo tu nombre pero lo olvidé. Dímelo por favor.

—Yo soy Zéjel, hijo de Táboras, de la familia de Theós. Mi compañero es Dalíb, hijo de Fórias, de la familia de Lotayén. Respecto de lo de tu visita… fue ayer nada más.

—Vaya, estoy muy perdido con el tiempo—respondió Káhlen haciendo una mueca de disgusto consigo mismo—. Bueno, gracias a ti entonces Zéjel me alegra que ustedes recuerden y tengan muy claro quiénes son, quién es su padre o a qué familia pertenecen. No lo olviden nunca. Créanme es un logro, se los digo yo, considerando mi realidad actual. Los muchachos sonrieron.

—Estuviste tres días durmiendo, a ratos balbuceando ideas, pero no te aflijas por lo que te pasa ahora —le sugirió Dalíb—. Ya tendrás lo que necesitas.

Káhlen reparó en la forma de la respuesta de los jóvenes. Calmada, animadora, pero sin dar directa atención a su problema de amnesia. Muy similar a lo que el anciano le había respondido: “Ya hallarás lo que buscas”.

Los jóvenes entonces le dirigieron, con sus brazos extendidos, hacia afuera de su cuarto y le dijeron:

—Ya es momento de que salgas… ¡Acompáñanos!

Comenzaron así un recorrido por los pasillos de lo que parecía un Santuario, un lugar pacífico que invitaba a la reflexión y al encuentro con otras personas que paseaban por allí, diversas y amables: hombres y mujeres; tanto adultos como adolescentes; razas mezcladas; gente sin clases ni distingos más que su vestimenta que variaba en tonos o colores pero no en el estilo solemne. Personas cordiales, serenas, que al pasar junto a los tres caminantes les saludaban con cordialidad y, de forma muy especial y directa a Káhlen, a quien nombraban en su saludo.

A Káhlen no solo llamaba mucho la atención aquel lugar por su población flotante con esa multitud de personas diversas, o por cierto por su ubicación: enclavado en medio de un paraje natural hermoso; bordeado por las montañas, bañado por un río, rodeado del bosque, arrullado por sonidos suaves, dulces y mágicos. Sino, también, porque en su interior

albergaba pasillos, cuartos, dependencias, donde todos se veían dedicados al estudio, trabajando y generando actividad. Pero, aún más se acrecentó su interés cuando al caminar notó que ciertos cuartos correspondían a lo que podría asemejarse a bibliotecas tecnológicas, donde se veían instalaciones de avanzada inteligencia; computadoras poderosas e incluso robótica aplicada. No tuvo tiempo de entrar pues los monjes le guiaban presurosos en su paso. Cuando les preguntó acerca de todo lo que veía, la respuesta fue: "Acá coexisten lo natural y lo tecnológico, ya tendrás oportunidad de verlo, así como de entenderlo todo. Ten paciencia, ve con calma".

Finalizando el particular recorrido, divisaron al final del pasillo al anciano que le había visitado, quien los esperaba a la salida de una de las terrazas. Una vez llegaron a su encuentro, los jóvenes monjes se despidieron con una reverencia humilde y respetuosa hacia el hombre mayor, dejando que él prosiguiera el camino junto a Káhlen.

***

La luz potente del día molestó en algo la vista de Káhlen, pero fue mayor el agrado que, simultáneamente le produjo su calidez, junto a una exquisita sensación de frescura y pureza del aire. Tomando la ruta que desde la terraza se abría, comenzaron a descender la colina. Bajando despacio por senderos y escaleras, muy bien diseñados, aprovechando material natural como rocas o madera.

La perspectiva que ofrecía ese descenso era, a decir en una palabra: arrobadora.

—¿Cómo están tus recuerdos, Káhlen? —comenzó el diálogo el anciano.

—Solo tengo imágenes difusas —respondió Káhlen—. Pantallazos de luces. Mezclas de rostros, personas, lugares y acciones. Al parecer sueños, pero nada concreto. Me desespero, pero no logro más.

—¿Te ayudaron en eso las cosas que rescatamos junto a ti? —continuó el anciano.

—Las vi, en el cuarto. Al tomarlas creí que aclararía todo, pero fue más de lo mismo. Además de un fuerte dolor de cabeza, no conseguí mucho —aseveró frustrado Káhlen.

—El dolor de cabeza no es tan relevante. Pasará. Toma mucha agua y respira este aire magnifico. No olvides nunca respirar —aconsejó compasivo el hombre mayor.

Káhlen, sonrió, dudando si esa frase era solo un comentario gracioso o si encerraba alguna profunda verdad que él desconocía, pues el hombre

desbordaba ese tono de sabiduría y optimismo.

—Yo no soy de este lugar ¿No es cierto? —preguntó con certeza de la respuesta y un tanto afligido.

—¿Qué te hace pensarlo, además de desconocer el lugar? —contrapreguntó el anciano.

—Lo siento, lo percibo. Tengo esa sensación de que nunca estuve aquí y, sin embargo, a la vez, todo es muy cómodo para mí. Me siento a gusto, lo cual no sé si se da cuando uno está en un lugar extraño o que no reconoce. Es casi como un Déjà Vu. Bueno, no sé si me entienda eso. Es muy confuso todo, en realidad. ¿Puedo preguntarle algo?

—Ya lo has hecho —le respondió el anciano, con mueca de sonrisa, tomando el hombro de Káhlen—. Puedes preguntar, adelante.

—Gracias —dijo Káhlen sonriendo—. ¿Qué es este lugar? ¿Dónde me encuentro en realidad? (Esperaba la respuesta para lograr comprender mejor y entonces preguntar *¿por qué podemos comunicarnos sin problema de lenguaje?* Algo que le causaba mucha sorpresa y curiosidad)

Su rostro tenía el gesto típico de quien está perdido, desorientado a la espera de una respuesta tranquilizadora.

—Esto; este lugar, mi estimado visitante —comenzó a responderle el anciano mientras con ademanes apuntaba a todo en derredor—, es un santuario dedicado a la conservación de la vida, del planeta. Procuramos la preservación del ecosistema; la biodiversidad es estudiada, analizada y protegida. De ella aprendemos y nos nutrimos. Esto es un lugar sagrado. Es el Templo o Monasterio de los Lewéis —concluyó su aseveración con tono seguro y orgulloso.

Lewéis eran esa Orden de monjes que vio Káhlen pululando por el santuario. Los que le salvaron, los que le cuidan y de quienes está aprendiendo a “encontrarse a sí mismo”. Deben su nombre al hecho que poseen el Libro o “Lew” sagrado de su pueblo. Deben velar por su cuidado así como por su estudio y aplicación permanente para todo su quehacer tanto comunitario como personal.

—¿Para ello es la tecnología dentro del monasterio? —preguntó Káhlen y agregó—¿Es el uso que dan a las computadoras y avances en robótica?

—Claro —dijo el hombre —. Con el paso de los ciclos y siglos, hemos podido incrementar nuestro progreso tecnológico. Así es que, qué mejor uso darle, que el de cuidar de nosotros mismos.

—¿Nosotros mismos? —interrumpió curioso Káhlen.

—Nosotros somos parte integral del ecosistema —explicó el anciano—; somos entes de la biodiversidad, simbióticos con muchos organismos; beneficiarios de la misma energía pura que predomina en todo el planeta y en cada ser de luz que lo habita —hizo una pausa y mirando directo a Káhlen sentenció—: Como lo somos todos.

—¿Lo soy? —, preguntó un dubitativo Káhlen, consciente de su *no* pertenencia.

—Por cierto que sí, joven Káhlen. Por algo estás acá, entre la civilización Zemáh[2]. Por algo llegaste y se te permite estar en este santuario único en nuestro mundo, único en Izvor.

El sonido de ese nombre pronunciado por el anciano, retumbó en los oídos de Káhlen. Ese nombre: "Izvor" él lo había escuchado, lo conocía. De pronto, mil imágenes galoparon en su mente nublada, los recuerdos, aunque aún fragmentados, comenzaban a hacerse más claros y coherentes (el dolor de cabeza también llegó).

—¿Qué te sucede Káhlen? —preguntó preocupado el anciano—. ¿Has recordado algo? ¿Puedes concretar algún recuerdo?

—¡Sí, mismas imágenes vistas antes, pero más nítidas; creo que he recordado a mis padres! —contestó emocionado Káhlen, mientras se tomaba la cabeza—. Vi a mi padre hablándome, como si me estuviera dando una orden muy específica e importante, pero no logro descifrar lo qué es, sólo vi sus gestos y que me entregaba algo, creo que son las cosas que traía, que portaba al momento de llegar acá. También vi a mi madre, llorando, despidiéndose diciéndome: "¡Te amo hijo!". ¿Por qué se despide? ¿Por qué llora?

—Tranquilo hijo —lo conforta el hombre mayor—, ya tendrás más claridad y tus dudas irán despejándose. ¿Pudiste recordar alguna otra cosa?

—Sí —dice Káhlen—, vi algo como una habitación de una nave o algo semejante y adentro, a mi lado, había alguien más: una niña, de unos catorce años de edad, que se aferraba a mí y me sonreía con esperanza, con cariño. ¿Podría ser mi hermana? —Káhlen miró al anciano y le preguntó: —¿Esto quiere decir que… soy un viajero del espacio? ¿Vengo de otro planeta?

—Tú y tu mente nos dan las respuestas Káhlen —aseveró el anciano.

***

Káhlen tenía más que resolver y preguntar: Si él venía de otro mundo *¿cómo es que podía comunicarse sin problema de idioma o lengua?, ¿Por qué entiende y le entienden?* Pero fue entonces que le interrumpió la llegada de dos personas, un hombre y una mujer. Por su ropaje, daban la impresión de estar preparados para una batalla o listos para explorar territorios. El hombre, de contextura gruesa y muy fuerte, lucía un atuendo tipo camiseta o malla interior de telas grises; sobre el cual llevaba puesto un chaleco sin mangas de cuero con broches de metal. Sus muñecas protegidas con bandas también de cuero. Debajo, un pantalón estrecho de tela que dejaba las piernas al descubierto, desde el muslo y sus pies, calzados con zapatos gruesos, sujetos con correas hasta las pantorrillas. La mujer, de complexión atlética, vestía similar aunque un tanto más abierto el chaleco de cuero. Llevaba falda con vuelos, así como una alforja cruzada sobre su pecho y espalda, hecha de un material que parecía más bien sintético. Ninguno portaba armas, aunque sí las cartucheras y cinturones para ellas, lo que, dedujo Káhlen, implicaba que las debieron dejar fuera del monasterio.

Así fue que la bella mujer rubicunda, de unos treinta años, de tez blanca, ojos color miel que tendían a aclarar de forma natural al ser expuestos a la luz del día y pelo cobrizo, tomó de entrada la palabra y dirigiéndose al anciano, le dijo:

—Mi señor Kimjhé; ¡Dobra dan! Tenga paz y se le proteja.

—Dobra Dan y gracias Rjan, lo mismo sea para ti —respondió muy cortés el anciano.

—¿Kimjhé? —interrumpió Káhlen—, ¿así te llamas? pero nunca me lo dijiste o dijeron.

—Tus preguntas eran miles —contestó el anciano—, mas ninguna acerca de otro ser humano —y esbozó una sonrisa. Luego mirando a la mujer, le preguntó:

—Díganme mis amados, ¿qué mensaje traen?

El hombre soldado, dando un paso adelante le informó:

—Mi señor Kimjhé, sea protegido. Traemos notificación a usted de que los líderes de las castas han acordado requerir su presencia y han accedido, según vuestra solicitud, para llevar a cabo un Qübaldo[3]. Éste se realizará al atardecer a la hora de costumbre, el próximo tercer día de luna roja.

—Muy bien, me alegra. ¡Que así sea! —les respondió Kimjhé y dio el

ademán para que pudieran retirarse.

Káhlen en este breve diálogo permaneció en silencio, pero muy curioso de saber qué es y para qué es un Qübaldo. Asimismo, no dejó de mirar a la bella mujer guerrera, cuyos ojos color miel y figura hermosa le atraparon. Ella, por su parte, solo le retribuyó con una hosca mirada, antes de marcharse.

—¿Qué sucede? —pregunta Káhlen al anciano—¿qué es un Qübaldo? ¿Por qué te citan ahí?

—Un Qübaldo, es una reunión privada entre los líderes de las cuatro castas en que se organiza la sociedad de los Zemáh.

—¿Castas? —interrumpió Káhlen— ¿Así viven, bajo esa estructura de sociedad piramidal y segregativa? ¿Es así?

—No exactamente. Nuestra sociedad la hemos construido tras siglos y más de un milenio de esfuerzos. Cuidando de tradiciones, con estudio y adquisición de conocimiento exacto. Con absoluta dedicación a la conservación de nuestro mundo. Las "Castas" es la forma de organización que consideramos más adecuada para nuestra sociedad pero no es, en ningún respecto, piramidal para nuestro caso. Más bien, éstas son segmentos paralelos de un todo. "Casta" para nosotros quiere decir "símbolo". Esto es: cada descendencia o linaje representa o simboliza una parte del total de nuestra sociedad. De hecho, cada casta tiene *su* símbolo[4] que la identifica y, si bien cada una tiene tanto deberes como labores únicas, propias y no transferibles, ninguna es superior a la otra. A la hora de decisiones, todos los líderes de cada una tienen el mismo derecho y peso.

—Ok, entiendo —respondió algo aliviado, Káhlen—¿Entonces el Qübaldo…?

—Solo se cita para eventos de real relevancia o gravitantes para todos. Sucesos que podrían significar cambios drásticos para la población o quizá poner en riesgo nuestra civilización.

—Y, ¿ahora ha sucedido algo así de relevante?

—Así es —le aseguró Kimjhé—, has advenido tú.

Káhlen quedó un tanto sorprendido por las palabras de Kimjhé. Pero en su interior entendía que su llegada no era algo común ni menos trivial para los Zemáh. Mientras camina junto al anciano líder de los Lewéis, pensaba analizando todo lo que ha ido sucediendo ese día. Visualizó cómo será estar en aquel "Qübaldo" frente a los cuatro líderes de casta. Pensó en los recuerdos que se le vinieron a la mente; con esas imágenes poderosas.

¿Seguirían llegando a él para ir completando el rompecabezas en que se ha vuelto su origen y existencia? Tenía demasiadas preguntas por hacer: ¿Quiénes son esos cuatro líderes? ¿Por qué son cuatro castas y que representan cada una? ¿Por qué una civilización tan avanzada, ecológica y pacífica tiene guerreros? Y aquello le llevaba a pensar en Rjan, la hermosa soldado que conoció hoy. ¿Quién era? ¿Por qué escogió ser guerrera o qué la impulsó a serlo? ¿Volvería a verla?

Muchas preguntas encima pero, entendía que no era el momento de hacerlas. Prefería optar por la estrategia de parecer conforme con lo que le habían dicho hasta el momento y dejar las nuevas incertidumbres para ser planteadas en otro momento, lugar o, por qué no, a otra persona; pues no quería agobiar al líder de los Lewéis, de quien ya pudo notar que es una persona muy relevante, considerada y respetada por todos.

Así entonces, se forzaría a sí mismo a tener paciencia y saber esperar los momentos precisos. No obstante, mientras prosiguieron su caminata y recorrido, entre tanto que Kimjhé le mostraba las bondades y bellezas del lugar, al que ahora llamó Mahésvetac (que en su lenguaje nativo significa "Lugar Sagrado"), una sola pregunta decidió Káhlen añadir a la charla:

—Mi señor Kimjhé, ¿puedo preguntar por dos cosas más?

—Claro, dímelas

—Ese saludo que les oí, "dabor dan" o "dorbar dan"; ¿qué significa? ¿Así debe saludarse? Creí reconocerlo un poco. Absurdo claro.

—Ah, eso. Lo correcto es "Dobra dan" es una forma de saludo, podríamos decir un "buenos días", pero con un significado más profundo. Es desearle el bienestar tanto en el día como en la vida al otro. A veces se ocupa de modo más informal: "Dóbres". Ya te irás familiarizando con más expresiones de nuestro bello idioma.

—Muy bien, entiendo. Lo ocuparé entonces a partir de ahora. Lo otro es; lo que significa el nombre con que me llaman. Quisiera saberlo ¿Es algo bueno o malo para ustedes?

—Tu nombre, mi amigo Káhlen, significa: *ser otro; diferente* —le contestó con tono bondadoso, a la vez que le tocó el hombro invitándolo con su mano derecha a proseguir el paseo.

A Káhlen le agradó y tranquilizó la respuesta. No obstante, le dejó en incertidumbre el por qué exacto se le dio esa denominación.

***

Capítulo 2

Musas Zhénatayèl 1

Atardeció y Káhlen hacía un paseo por los pasillos del monasterio y por sus terrazas. Su estado mental es de mayor serenidad. Siguen viniendo flashes con imágenes; sonidos que aún no logra definir bien, pero poco a poco han ido disminuyendo los dolores de cabeza. Motivado por ese mejor ánimo, decide caminar solo. Observa todo a su alrededor. La belleza y magnificencia de un lugar que daría para ser llamado: "Paraíso". El monasterio estaba emplazado a orillas del río Pjesma, por el sur. Daba por su fondo, con colinas y montes boscosos al norte; hacia el oeste proseguía su vista en bajada siguiendo el río que moría varios kilómetros más abajo en el mar, finalizando, orientado por el este, con una vista fenomenal al cordón montañoso llamado Xilón, tras el cual se extiende la meseta que llega a la cordillera predominante: el Épbron.

Mientras Káhlen hace ese recorrido oxigenante, oye preciosas voces; dulces melodías. Música coral, acompañada de suaves sonidos instrumentales de viento y cuerdas muy agradables. Los acordes, la rítmica y melodía eran algo que su agudo oído musical aprobaba y que algún atisbo de sonido conocido le era. Invitaba a la calma y paz, produciéndole contentamiento.

Disfrutaba de esa suave ambientación cuando vio que un monje paseante leía con mucha atención un escrito que se notaba procuraba memorizar. Aprovechó el instante para acercarse con el fin de poder consultarle al respecto.

—Disculpe, mi estimado —dijo Káhlen —, veo que está muy absorto en su lectura. Desearía consultarle de forma breve, algo que me ha llamado la atención: esas voces, el sonido, su candor, su belleza, los acordes y melodías; suenan al cielo. ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son el coro, músicos y cantantes?

—Buenas tardes Káhlen, sí, es muy bello y llamativo ¿cierto?—respondió el hombre—¿Ves aquel bosque que está a nuestros pies? Le llamamos, por lo mismo: "el bosque de las bellas voces" —y mirándolo con mueca sonriente agregó—. De allí proviene ese sonido mágico, celestial, que mencionas. Luego sin más, prosiguió su paseo y su lectura concentrada.

Káhlen, agradeció la pronta respuesta con un ademan, aunque esperaba algo más de información así es que, raudo, comenzó a buscar a Zéjel. Descendió por las escalinatas observando dónde pudiera estar el joven. Por fin lo halló sentado a la orilla de una de las varias fuentes de agua que adornan el entorno del monasterio. El adolescente monje conversaba entusiasta, con una mujer joven, como él. Káhlen se acercó y le

interrumpió con respeto.

—Hola Zéjel.

—Dobra dan Káhlen —respondió Zéjel.

—Ah, sí cierto, lo siento: ¡Dobra dan! No quiero interrumpirte, disculpa, quizá en otro instante podamos conversar para hacerte algunas preguntas.

—No, Káhlen, no te preocupes, puedo escucharte. No nos interrumpes —respondió Zéjel a la vez que la joven a su lado, sonreía tímidamente.

—Ustedes, en verdad son muy amables —se sintió impelido a reconocerle Káhlen —. Hace un rato, arriba en la terraza, abordé a uno de ustedes, que leía mientras paseaba y, a pesar de que se veía muy concentrado, me dio atención. Dejó lo suyo unos momentos para contestarme.

—La cordialidad, el buen trato y el respeto son principios básicos de nuestra convivencia —contestó el joven monje —. Así lo vivimos. Bueno, te presto atención, dime ¿qué cautivó tu atención como para que me *interrumpieras*? —esbozando una sonrisa que Káhlen respondió.

—Sí, bueno, me interesa saber del "Bosque de las bellas voces"— dijo sin rodeos Káhlen.

—Entiendo —contestó el joven—. Hablas del Mahésvetac, así se llama el bosque mágico que nos rodea. Bien ¿qué quieres saber?

—Las melodías, los acordes, ese coro y voces multitonales ¿quiénes son?

Zéjel pasa entonces a contarle sobre las musas Zhénatayèl; las vírgenes.

—Nuestra civilización —comienza el monje—, está sustentada geográfica, espiritual y hasta líricamente sobre estos parajes. El bosque, el río, las colinas, todo. De todo aquello, el corazón es Mahésvetac.

»De nuestra comunidad, muy en especial de los Lewéis, se escogen hijas vírgenes que quieran hacer un servicio muy particular. Las que optan por hacerlo, vienen a vivir al Bosque, donde pasan sus años en comunión entre ellas así como con el entorno. Ellas son llamadas "las Musas Zhénatayèl". Ellas son las que cantan y encantan con sus voces. Las que producen esas melodías y armonías de voces hermosas, que nos regalan los oídos.

Káhlen que ha quedado muy interesado en saber más, no había querido interrumpir la explicación. Estaba imbuido en lo que decía Zéjel. Ahora

decidió preguntar:

—Dijiste “servicio”; que ellas rinden un servicio. ¿Cuál es? ¿En qué consiste?

—Mi amigo —dice Zéjel—, respondí tu inquietud inicial. Estaba en mi posibilidad…

Káhlen comprendió lo que eso quería decir. Había información que no le pueden decir o bien no es tiempo. Y de seguro, no es el joven quien podría darla. Por lo mismo, optó por no insistir.

El resto del día siguió recorriendo y conociendo el lugar, así como a personas y cosas que le volvían más interesante todo.

***

Borna

Borna era un hombre fuerte. De temperamento ligero, de rápida respuesta ante lo que considerara un ataque a su persona o a lo que él creyera merecedor de su hidalgo favor. Austero y de pocas palabras; de rostro rígido, semblante adusto, muy bien enmarcado por su rojiza cabellera. Nada le había sido sencillo en su vida. No tenía esposa, ni descendencia aún. Tropezaba, de forma más regular de lo debido, con su carácter alterado a la hora de razonar, lo cual le hacía de pocos allegados. Pero nadie podría discutirle su capacidad como guerrero y explorador. Conocía como pocos todo el territorio, más allá de los límites de la Ciudad Fortificada y Castell[5], incluso. Era un hombre valeroso que por los Zemáh estaba dispuesto a todo y, en las batallas de invierno ya había demostrado su habilidad como líder de gran fuerza, no sólo física sino mental y psicológica para enfrentar situaciones extremas, que pocos podrían.

Había llegado a ser el líder de los Ráknizi de manera peculiar; sin ser del linaje que ostentaba dicho privilegio. Por varias generaciones los líderes provinieron de cierta línea de descendencia, no la de Borna. Fue sin embargo, el arrojo y valor de su padre en las dos primeras batallas de invierno lo que le hizo acreedor a éste de que su linaje también fuera considerado para ser propuesto para el más alto honor como líder de los Ráknizi cuando llegara el momento. Y ese momento llegó tras el último invierno. En una cruenta lucha su padre fue herido de muerte y el, para entonces líder Hefi, había sido capturado y llevado prisionero en el intento de rescatar a su hija. Nunca se supo de ninguno de los dos desde entonces.

Las cuatro castas se reunieron en consejo: Wlatko por los Krájh, los reyes; Kimjhé por los Lewéis, monjes; Tänkefil por los Jhutzí, los Jueces y

en representación de la propia casta de soldados Ráknizi estuvo Pëtr, hijo descendiente de Hefi; demasiado joven para asumir la responsabilidad, pero a quien se le hizo estar presente en el comienzo de la junta, por respeto a su padre y el linaje que por tanto tiempo había llevado el liderazgo de los guerreros y exploradores. La decisión final fue: realizar un Qübaldo para no prolongar la acefalía de los Ráknizi.

Una vez Pëtr se retiró del consejo, los tres líderes restantes realizaron el procedimiento de costumbre para nombrar un líder. Según el procedimiento tradicional, seguido con acuciosidad por los líderes vigentes en reunión privada, procedieron a revisar con escrupuloso cuidado y detalle los requisitos que estipulaba su texto sagrado, denominado "*SvétaKnjiga*", pero al cual solían, de forma más frecuente, llamarle "*Lew* "[6]. Acostumbraban examinar, el o los candidatos, a la luz de esos parámetros de conducta, vida, méritos, etcétera, que su texto disponía. Y según decían, su profunda "consciente meditación", les hacía llegar a un Alen. Habiendo llegado a un acuerdo, pasaban a ungir a quién su decisión conjunta determinara. Dado que siempre serían tres los líderes que determinaran el restante integrante del consejo, la decisión siempre se daba en mayoría, salvo que hubiese un caso en que nadie tuviera certeza de qué les dice "su espíritu" interno respecto al propuesto o que, por un suceso extremo, hubieran menos de tres de ellos. De ser esa la situación se hacía uso de las piedras de la suerte[7].

Aquella ocasión, dado el traumático descabezamiento que sufría la casta Ráknizi, presentaba una situación crítica y no habitual, por lo que hizo necesario que se reunieran reiteradas veces. La decisión de escoger a un miembro de otro linaje distinto del que había sido líder por los últimos veinte ciclos no era simple. No fue unánime, pero, como solían decirse entre sí y exclamar hacia quien quisiera oírlo: "**Nuestro Espíritu y la Energía Pura ha evidenciado la decisión**" (*Náste Katé ç Newen-Snaga kriphasá u-pèkista).*

Finalmente, Borna fue llamado, nombrado y presentado como nuevo líder de los Ráknizi y, como tal, ya va hacia su segundo ciclo de comandancia.

Este procedimiento que pudiera parecer rudimentario, limitado y poco "democrático" tenía sus ventajas. Estaba libre de populismo. De campañas con icónicos mensajes de algún "candidato" que levantase alguien, lo cual asimismo, impedía enfrentamientos entre familias que procuraran poder o autoridad. Los requisitos eran de conocimiento público pues el Lew estaba disponible para todo quien quisiera estudiarlo; de hecho se estimulada su lectura. Además, como mayor garantía de transparencia, eran las tres castas no involucradas de manera emocional, ni por linaje, ni por intereses propios, las que participaban en la selección. Nadie, en toda la civilización zemáh, discutía, ni menos cuestionaba el aspecto espiritual y

místico que por siglos se le asignó.

***

Visitas a Kimjhé

La luz que ingresa por los majestuosos ventanales del monasterio, mantienen el interior cálido y muy iluminado. Quienes están en su interior disfrutan de esas condiciones en momentos en que deciden leer, estudiar, investigar en las bibliotecas o áreas tecnológicas y por cierto, meditar.

Kimjhé es asiduo a meditar. Tal como dicen los Lewéis: "*Meditançjia ngen-li sösret potreb ç'ét Ja, priyé ngen netkó u´t Svémir"* ("**La meditación es el necesario encuentro con el *yo* antes de ser *alguien* en el Universo**"). No era extraño verlo con aparente mirada perdida, hacia un horizonte desconocido. Pero jamás estaba perdido en su totalidad o tan abstraído en su mundo que no fuera capaz de reaccionar ante una necesidad ajena o cuando se le requiriera.

Un momento tal fue, cuando le solicitan su atención pues le avisan de la llegada de dos visitantes. Kimjhé consultó por ellos:

—¿De quiénes se trata? —preguntó.

—Es el Señor Borna, acompañado —recibió como respuesta.

—Ese acompañante debe ser su mano derecha; Gvözden —, fue la rápida conclusión de Bozidar, segundo más experimentado y sabio de los Lewéis, que estaba acompañando a Kimjhé desde antes.

—Díganle que los recibiremos en el Salón Principal —fue la instrucción de Kimjhé para los mensajeros.

El Salón Principal, llamado Küdell, era un espacio circular sostenido por columnas de mármol; sus paredes revestidas y adornadas con incrustaciones de esmeraldas, zafiros y rubíes; un mobiliario de madera de la más alta calidad, con contornos recubiertos de metales preciosos, incluso oro. Ejemplo de ello: la mesa central; preciosa obra color caoba reluciente, con protección de oro por todo su derredor. Las sillas que la rodeaban, tenían como cabecera un cuadro tallado con los símbolos de las cuatro castas. Mismos símbolos que estaban tapizados en cuatro telares que colgaban desde el techo cayendo con precisión sobre los puestos que esas sillas representaban, justo donde cada líder se ubicaba.

También había sillones individuales más otros de a pares, que se ubicaban en los espacios libres cercanos a muebles altos con literatura los cuales terminaban por dar el aspecto de estudio y decisión que ese lugar era; el centro de las reuniones importantes. El punto de reunión de todo Qübaldo

o audiencias judiciales.

Hasta allí fue escoltado Borna junto con Gvözden. A su llegada les recibió con calidez Kimjhé.

—¡Dobra dan! Saludos mi señor Borna y bienvenido. Saludos Gvözden.

—¡Dobra dan mi Señor Kimjhé, se le proteja! —saludó Borna, mientras Gvözden, en reverencia respetuosa le dice a Kimjhé: "Dobra dan mi señor…". El saludo se comparte entre ellos, incluyendo a Bozidar.

—Su visita nos honra —dice Kimjhé a Borna —. La motiva alguna información sin duda…

—¿Información? —pregunta Gvözden, menos conocedor de la sapiencia de Kimjhé.

—Claro —contesta el anciano—. Siempre es información nuestro móvil. Sea que la queramos dar o que la deseamos pedir. Así es que, en este caso mis amados… —tomó asiento y les miró— ¿cuál de las dos es?

—Señor Kimjhé —dijo directo como lo es Borna—, ¿qué se sabe del stránci que llegó hace unos días, que ha sido hospedado acá, por ustedes?

Kimjhé sabe que la pregunta de Borna tiene un fondo mayor que el simple hecho de saber por el "estado" en que se encuentra Káhlen. Eso podía deducirse de su tono; el cual, muy seguido, jugaba en contra de cualquier intención de Borna por ser sigiloso, así como también del hecho que le llamara "stránci", que si bien en su lengua básica solo significa "extraño" o "de afuera", hace varios ciclos fue adoptado como término para referirse a los habitantes de la zona fría, conocida: HLadno; despreciados enemigos con quienes estaban en guerra.

—¡Eso mi fiel Borna! —respondió Kimjhé— ¡Precisamente eso! Que es un extraño en nuestro mundo, alguien no parte de nosotros, que ha perdido memoria vital de su existencia y de sus últimos momentos previos a llegar acá.

Borna, no claudica en su deseo de que le digan más. Incluso al grado de presuponer cosas y con el costo de lisonjear si es necesario. Camina hacia un ventanal y les dice:

—Bueno, pero, imagino que ustedes habrán obtenido algún dato más allá de lo obvio. Después de todo ustedes son los sabios de nuestro amado Izvor… tendrán sus métodos.

Kimjhé y Bozidar se miran uno al otro. Ambos entienden. Bozidar levanta las cejas en claro signo de desagrado. Kimjhé, con una mano le sugiere

calma y responde a Borna:

—¿Has sabido de la citación a un Qübaldo, mi estimado Ráknizi?

Esta pregunta, muestra la capacidad de Kimjhé. No solo evita responder directo lo que a fuerza quiere saber Borna, si no que le obliga a autoevaluar lo que está haciendo allí, recalcándoselo más aún, llamándolo esta vez no por su nombre, Borna, sino por la casta de la que es líder, los Ráknizi, y a la que representa con cada acto.

—¡Claro, obvio que hemos sido informados! —, responde firme Borna.

Kimjhé ahora se levanta de su asiento, camina hacia Borna, lo toma del hombro y camina dirigiéndolo hacia el centro del Salón, donde ha estado atento Gvözden oyendo el diálogo. Llegados ahí, le toma ambos hombros y le dice:

—Entonces, seguro tendrás la fortaleza y valor, mismos que son parte de tu casta valiosa, razón por la cual protegen nuestro amado Izvor, para retener el impulso y curiosidad natural que puedas tener tú y tus hombres de confianza y, esperar que en ese día del Qübaldo se obtenga la información que para todos nos es muy importante. Borna sonríe sin deseos y mira a Gvözden.

—Muy bien, comprendo —respondió —. Solo deseaba mostrar nuestro interés en este asunto que es delicado. No quisiéramos estar siendo espiados ni poniéndonos a los pies de alguien enviado desde HLadno. Sería no solo grave sino muy riesgoso, como ustedes deben entender.

—Lo entendemos Borna, no lo dudes ni te aflijas por ello —le respondió esta vez Bozidar.

—Eso es bueno. Nos veremos en el Qübaldo en 2 días entonces —concluyó Borna—. Nos retiramos ahora —y se despidió—: Mi señor Kimjhé, Señor Bozidar… —Gvözden imitó el gesto de reverencia. Luego ambos se giraron y salieron del Salón.

Tanto Kimjhé como Bozidar, bajaron la cabeza en son de respeto y respondieron casi al unísono: “Vayan en paz, amados”.

***

Capítulo 3

Musas Zhénatayèl.2

Káhlen había sido tocado en lo profundo de su ser; tanto en su oído musical, como en su evidente y ya característica inquietud por conocer,

por saber todo acerca del Mahésvetac. Aprovechó que en los atardeceres, todavía con rayos de luz de Kipléhr, su estrella central, la mayoría de los pululantes del monasterio se hallaban en descanso y relajación, para internarse en el bosque; curioso y ansioso por ver, por conocer a las musas. Se dejó guiar por el sonido de sus voces celestiales, que casi no habían detenido su melodioso entonar (a excepción de algunas horas de la tarde). Decidió bajar por el lado Este del río, dado que su inclinación era menos pronunciada, aunque los caminos posibles mucho más estrechos por la cercanía del Pjesma. Abajo logró hallar una ubicación adecuada para su propósito que en ningún caso era interrumpir las labores que estuviesen ejecutando las vírgenes, ni tampoco deseaba ser descubierto, aunque dispuesto estaba a las consecuencias de aquello.

Se agazapó entre arbustos, procurando camuflarse y observó. Hacia abajo, a unos metros, veía caminos hechos y calles pavimentadas que conducían a un edificio central, que a sus ojos parecía de cristal. No dejó de llamarle la atención el tipo de edificación así como su ubicación; su estructura sólida, con ventanales muy grandes; perfecta arquitectura armonizada de manera ideal con el entorno. Sin atacarlo, sin corromperlo ni invadirlo.

Su vista la fijó en primera instancia en las mujeres que se hallaban fuera del edificio. Se les veía realizando labores que podrían parecer más bien cotidianas: limpiar el entorno, transportar agua, jardinería, etc. Varias entraban y salían del edificio. Ninguna portaba algún papel o algo semejante. Pero todas, mientras hacían lo que hacían, cantaban. Cantaban con voces únicas, sublimes, angelicales. Lo hacían en un idioma o dialecto que Káhlen no reconocía, pero con una sonoridad muy particular, pues algunas hacían dos o más notas con su voz. Varias de ellas, salían y se sentaban en grupos de tres. Káhlen se fijó que en esos tríos, dos de ellas instruían a la tercera que, por lo general, era mucho más joven; casi una niña preadolescente.

Las musas vestían de forma muy sencilla. También en un estilo monástico pero sus telas con colores menos fuertes y de seda de gran calidad. Ninguna cubría su rostro ni cabeza, más bien sus cabellos quedaban expuestos a la brisa que recorría el bosque y los hacía danzar con hermosura.

De pronto, de entre tantas bellas y atareadas mujeres que le tenían extasiado en su observación; una le robó en especial la atención. Salió por la entrada principal del edificio y se dirigió hacia un camino de acceso al río. Era una joven de unos alegres veinticinco años quizá. Propietaria de una figura perfecta. Sus contornos eran más destacados que las curvas sinuosas de las montañas y sus pasos más elegantes que los de una gacela. No pudo ver su rostro con exactitud pero si la oyó cantar mientras se dirigía al río logrando que el corazón de Káhlen se encogiera por la

emoción que le produjo.

Como pudo, evitando ser oído, se movió arrastrándose por entre las hojas que conformaban su cómodo y acolchonado piso, desplazándose lo suficiente como para poder verla más en detalle. Su mente y corazón no podían creer que tanta belleza tuviera una sola mujer como dueña: sus ojos, de un verde pardo únicos, parecían refulgir rebotando la luz de Kipléhr hacia el río; sus manos delicadas, se movían con dulzura entre el agua, mientras lavaba una prenda; su nariz y pómulos; todo en su rostro eran de una finura excepcional. El pelo trigueño, ondulado y tan largo que abrazaba la pequeña cintura, añadía sensualidad y distingo a su figura delicada. Solo un ángel, un ser celestial podía ser así ("*vaya recordaba lo que era un ángel, de los libros y lecturas de su madre*"—pensó en aquel instante). Deseó casi con desesperación acercarse para hablarle para conocerla. El impulso era fuerte, nuevo y atropellador en él. Así que, decidido, hizo el movimiento para ponerse en pie, cuando una mano en su hombro le detuvo.

—¿Qué haces acá? ¡Detente Káhlen! —Era Zéjel que le había visto desde las terrazas del monasterio y había bajado para hacer justo lo que hizo: detenerlo—. No debes estar en este lugar, ni menos, supongo que se te haya ocurrido hablarles a las musas o conocerlas… ¿o sí?

En este punto la conversación se sucede con un tono bajo con volumen disminuido, casi a modo de susurro para evitar ser descubiertos.

—¿Por qué no debo estar acá? —respondió Káhlen, consciente de que no debía pero obviando así la pregunta de si iba a hablarles o no.

Káhlen, era un hombre astuto. De notable inteligencia y sobre todo muy hábil en lo emocional y mental, para con sus interrelaciones. Tenía cierto don para conocer a vista inicial las debilidades de carácter o limitaciones generales en otros. Su padre le había enseñado a no decir lo que no se le preguntaba y a no responder todo lo que se le preguntaba. Si bien estaba amnésico, sus capacidades cognoscitivas y habilidades sociales, las mantenía imperturbables. Sabía dominar una charla, decir lo preciso para obtener la información que requería, así como callar o aparentar ignorancia, si era el caso, para dejar que los demás revelaran sus aptitudes, conocimientos e intenciones. Así es que, aun cuando Zéjel era un monje dedicado, comprometido, era solo un muchacho y Káhlen usaba esa falencia natural.

—¿Es un lugar prohibido? —agregó Káhlen

—Bueno, no tan así —contestó Zéjel— Pero no es bien visto que alguien; menos un hombre y mucho menos uno que no sabemos de dónde es ni

qué intenciones tiene, esté acercándose a las musas.

—Está bien, lo entiendo. Solo quería saber el origen del sonido hermoso que oí.

—Creo que te lo había explicado ya ¿no?

—Solo en parte, recuerda. Asumí que lo que no me dijiste debía averiguarlo por mi cuenta y eso hago.

—No, no —respondió Zéjel, con algo de impaciencia—. Escúchame Káhlen: no debes hacer algo que te ponga en una situación más compleja de la que ya estás. ¿Entiendes?

—Creo que no —contestó Káhlen, que seguía mirando a las musas.

—¡Vaya! Y luego dicen que somos los jóvenes los que no sabemos atender cuando nos hablan.

Debo recordarte que mañana estarás en pleno Qübaldo, frente al consejo de "los Cuatro"; que se evaluará tu llegada, tu presencia y quién eres…

—Sí, lo entiendo mi amigo —respondió Káhlen, procurando serenar al joven que parecía muy preocupado por el bienestar de él—. Está bien, vayámonos de acá. Pero no por mí, sino por ti. Porque, de acuerdo a lo que te he oído: tú no deberías estar acá ¿no es cierto?

Zéjel sonrió con algo de vergüenza pero también de admiración por lo deductivo y certero que era en sus observaciones Káhlen. No había duda para él: Káhlen era alguien del que quisiera ser amigo. Le dice, mientras ambos ya comienzan a retirarse en cuclillas del lugar:

—Mañana durante la primera hora te llevaré donde puedas salir de algunas dudas e informarte más de nosotros y de Izvor ¿te parece?

—¿Podré preguntar de las Zhénatayèl?

—No lo creo… aunque quizá, pero ¡deja de pensar en ellas!

—¡Vale, claro! ya no lo hago…

Y, ambos sonrieron.

***

El Observatorio

Zéjel y Káhlen han quedado de reunirse temprano en el día, en la fuente en la que ya se habían visto con anterioridad. Zéjel lleva a Káhlen caminando hacia el lado Oeste del Monasterio. Es un espacio también circular, con ventanales en el techo de forma cóncava, que se abren y cierran. Fue evidente: aquél era un pequeño observatorio. Allí, tras pasar la puerta de entrada de dos hojas de madera, muy pesadas, se dirigen a una sala en el piso inferior; dentro está Bozidar.

—Maestro Bozidar, Dobra dan… con su permiso… —dice con timidez Zéjel.

—¡Adelante, adelante, pasen! ¡Dobra dan! —les responde atento Bozidar, mientras gira su silla desde el computador en que trabajaba hacia la entrada donde estaban sus visitantes—. Bienvenido Káhlen, me complace tu visita. Busquen una silla y tomen asiento, por favor.

—El señor Bozidar es nuestro maestro de astronomía, geología y geografía —dice con orgullo y cariño, Zéjel—. ¡Es el maestro que sabe *todo*. El que nos enseña acerca de Izvor y nuestro Universo! —agregó sonriendo.

—No es para tanto, pequeño Zéjel —dijo, muy humilde, Bozidar que luego dirigiéndose a Káhlen, preguntó:

—¿Cómo estás tú? ¿Cómo van tus recuerdos? ¿Qué te ha ido diciendo tu mente, Káhlen?

—Creo que no mucho… —interrumpió Zéjel ruborizado ante el gesto de desaprobación de Bozidar por hablar en voz de otro.

—Bueno, la verdad, no mucho. Zéjel acierta —. Respondió Káhlen, mientras caminaba y observaba el laboratorio —después agregó—: ¡Que interesante este lugar! ¿Desde acá pueden observar el universo?

—Sí, podemos —respondió Bozidar—. En la cúpula superior del monasterio está el telescopio principal HURA. Con él ya hemos avistado bastante de nuestra galaxia, nuestro sistema Kipléhr y algo más allá de nuestras narices —dijo orgulloso y sonriente.

—¡Fantástico! —dijo Káhlen

—Maestro, traje aquí a Káhlen para que le pueda enseñar algo de nuestro planeta, algo para que él pueda comprender mejor dónde se encuentra —expresó Zéjel.

—Sí, sí, muy bien me parece —le contestó Bozidar. Entonces el hombre mayor, se dirigió a una pizarra blanca que estaba de espalda. La posicionó frente a Káhlen, mientras éste se sentaba sobre la esquina de uno de los

muebles blancos que sostenían libros y frascos de ensayo.

Bozidar, comenzó a dibujar una esfera de tamaño medio. Luego, seis esferas a su alrededor separadas de forma desigual para luego, trazar con líneas elípticas, formas de órbitas de cada una de esas esferas. Para Káhlen era obvio que dibujaba un sistema planetario.

—Esto es Kipléhr, nuestra estrella central —dijo Bozidar apuntando a la esfera mayor—. Gira en torno de sí en dirección contraria al horario (como un reloj) y alrededor de ella, estos seis planetas orbitamos; uno de los cuales, el tercero es nuestro amado Izvor, que tiene orbitándole a su vez, nuestras dos lunas: la roja, Ronha y la amarilla, Ténja; cuerpos no luminosos que nos acompañan, claro está.

—Disculpe maestro Bozidar —interrumpió Káhlen —. Según logro recordar los planetas de un sistema se forman a partir de la misma nube de gas de la cual se formó su estrella central y se supone que orbitaran en la misma dirección en que la estrella en formación gira sobre sí misma. Pero de acuerdo a lo que he observado del ocaso y amanecer acá, teniendo como referencia a Kipléhr, éste sale por el "Oeste" y se esconde por el "Este"… si es que así le llaman también, lo cual implicaría que Izvor tiene un movimiento rotatorio retrógrado ¿no es verdad?

—Excelente observación Káhlen —respondió satisfecho Bozidar —. De hecho dos de los seis planetas del sistema, tienen órbitas retrógradas respecto del movimiento de Kipléhr: Izvor y Qualz. Un aspecto llamativo del sistema en que vivimos.

»A eso se puede añadir el considerar la excentricidad orbital, que hace que varios de los planetas, sobre todo los exteriores, se alejen bastante de Kipléhr en cierto período de su ciclo orbital, lo cual no ocurre con mucha notoriedad con nuestro mundo porque nuestra trayectoria no es excéntrica[8]. Por otro lado, estamos a una distancia muy adecuada de nuestra estrella y nuestra masa es lo suficientemente grande para permitirnos contar con una atmósfera que nos protege. Todos estos aspectos junto con otros, hacen de nuestro Izvor una joya para la vida en nuestra galaxia: sustentabilidad notable; habitabilidad alta que aun procuramos mejorar.

Káhlen, muy entusiasmado por el tema y por demostrar sus conocimientos, interrumpe:

—Y ¿qué sucede con otro aspecto importante de la habitabilidad: La inclinación axial? Por lo que he percibido uno de sus problemas es ese ¿no?

—Diríamos que nuestro punto más complejo y débil como planeta es que

tenemos una inclinación axial[9] baja, de 3° a 5°, lo que…

—Lo cual implica que solo haya dos períodos estacionarios muy marcados: invierno y verano, ¿no?

—¡Así es, correcto! —indicó Bozidar, no prestando atención a haber sido interrumpido—. »Pero es algo para lo cual la vida en este mundo ha ido adaptándose, aprendiendo a desarrollarse en y bajo esas condiciones. La energía que pone en movimiento la vida, en cualquiera de sus formas simples o complejas, donde sea, siempre halla la manera de sobrevivir y expandirse.

Por el conocimiento que poseemos, más, nuestras observaciones de hace muchos ciclos atrás y combinando mediciones de velocidad astrométricas y radial, constatamos que, los planetas de nuestro sistema no necesariamente orbitan alrededor de Kipléhr en el mismo plano orbital. Por lo que deducimos que... —Káhlen, pensaba y agregó—:

—De igual forma es seguro que tengan inclinaciones muy dispares.

—Así es, Káhlen —reconoció Bozidar, esta vez más consciente, a la vez que agradado de la comprensión que tenía Káhlen—, lo cual evidencia que la situación de Izvor no es trágica, dentro de todo, en nuestro sistema.

»No cabe duda que tu amnesia, no ha afectado la parte cognoscitiva de tu cerebro. Al parecer tanto tus conocimientos, como tus habilidades y aptitudes, siguen intactos. Quizá no sea demasiado difícil ayudarte a recordar más en tu plano personal. ¿Has hablado con Demot, nuestro especialista en Psicología, Inteligencia Emocional y otras ciencias de estudio de la mente?

—No, maestro. No he querido molestar solicitando más ayuda de la mucha que ya he recibido de parte de ustedes —respondió Káhlen.

—No es molestia, no digas eso. Es demasiado tonto para ti —le dijo Bozidar mientras le palmoteaba la espalda—. Haremos arreglos para que tengas una entrevista con Demot. De seguro te ayudaría.

—Maestro Bozidar ¿podría explicar a Káhlen nuestras duraciones diarias, horas, año, etc.? — solicitó atento Zéjel

—Sí, por supuesto —respondió el maestro que, con ademanes propios de un profesor, explicó—: Nuestro planeta toma casi trescientos ochenta días en orbitar a Kipléhr; lo que llamamos “ciclo”. A su vez, la rotación diaria que tiene Izvor dura veintiocho horas, en cifras cerradas.

—Sí, eso es algo que he notado y se me ha hecho un tanto difícil de

asimilar aún… —dijo Káhlen. Sonriendo, Bozidar continuó:

—Claro, es natural, tu cuerpo debe estar adaptado a otro horario. Con las semanas te habituarás. Bueno, hace siglos, los Zemáh hemos adoptado un sistema de horas largas como horario diario para organizar y dividir nuestro día. Dime Káhlen, como buen observador que eres ¿has notado alguna peculiaridad en la arquitectura de nuestro monasterio?

—Bueno —comenzó a responder Káhlen, mientras hacía movimientos de observación —, he visto que la base circular sostiene una techumbre metálica amplia, con forma de diamante y que los extremos, además de muy puntiagudos, están apuntando a los puntos de ángulos donde su estrella se sitúa en ciertos momentos del día. Por lo que, diríamos que son un perfecto reloj diario. ¿Es eso?

—Muy bien Káhlen. ¡Muy bien! —contestó Bozidar—. Eso es exacto. Los cuatro extremos del Diamante superior, indican las cuatro horas del día que usamos para demarcar un cambio de Hora Larga o lo que llamamos: "Horario de Cuartos". En rigor, dado que tenemos veintiocho horas diarias, las dividimos en cuatro segmentos de siete horas cada uno; "cuartos"[10]. Cada uno se denomina Primera Hora, Segunda Hora, etc.

»Nuestro amanecer es cerca de las cinco de la Primera Hora y el atardecer con puesta de sol cerca de las veintidós, ya en la cuarta hora en verano. En el período de largo invierno, los horarios de las puestas y salidas del Kipléhr varían a cerca de las siete y veinte, respectivamente.

Ahora Bozidar quiso llamar la atención a la belleza del entorno. Algo de lo que los Zemáh estaban muy orgullosos.

—Dime Káhlen, ¿Qué te ha parecido este lugar? ¿Te gusta nuestro planeta?

—Es muy hermoso, sin duda, Maestro —respondió Káhlen y prosiguió—. Viven en un verdadero paraíso. Aunque solo puedo hablar de estos alrededores, pues no he ido muy lejos. ¿Cómo es y, qué hay más allá de estos parajes?

Káhlen estaba interesado en conocer el planeta. Su espíritu aventurero, explorador, propio de una persona que es un viajero espacial, salía por sus poros. Quería que le dieran la oportunidad de recorrer no solo ese entorno bello sino más allá, incluso más allá del cordón montañoso. Lugar del que había oído, era prohibido y llamado la "Zona Fría".

—Todo nuestro mundo es hermoso Káhlen —se apresuró a decir Zéjel—. Un acuoso mundo

—No lo dudo —respondió Káhlen— pero dado que no lo he visto…

—Claro: “ver para creer” —dijo Bozidar, lanzando una breve carcajada.

—¿”Ver para creer”?¿Ver para creer? —comenzó a repetirse Káhlen, mientras fruncía el ceño, como intentando comprender por qué esa oración le había sonado familiar, conocida.

—¿Estas bien Káhlen? —le preguntó Zéjel, acercándose a verle.

—Sí, estoy bien, solo fue un pequeño dolor de cabeza.

—No hay duda que deberás ir donde Demot —le indicó Bozidar y comenzó a responder la pregunta de Káhlen—. Permíteme mostrarte algo, hijo. Entonces, se acercó a su computadora. Se sentó frente a ella, mientras Káhlen y Zéjel le siguieron. Bozidar hizo búsqueda y dio con un plano, un mapa geográfico. “*No es bueno verlo en pantalla*” se dijo a sí mismo. Y configuró el plotter que estaba junto a la computadora para enviar el archivo del mapa a éste e imprimirlo. La acción tomó unos minutos. Una vez fue impreso todo el plano, lo puso en la mesa y se dirigió a Káhlen.

—Esto hijo, es nuestro Mahésvetac. Estamos justo al lado norte del cordón montañoso Xilón. Más al norte, más allá de las ciudades de las castas como ves, está todo el gran valle de tierras meridionales y aún más allá, mar y otras tierras isleñas incluso. Káhlen interrumpió:

—Mucho mar se ve alrededor de su planeta. ¿Ha sido explorado ese territorio lejano?

—Sí, claro. Izvor es un planeta semioceánico, con un alto % de agua. Posee un gran océano, que deja en la zona central el extenso trozo de tierra unicontinental donde, en esencia se ha desarrollado nuestra civilización. Y, sí, esos otros terrenos más allá del mar al norte, sí se han explorado. Tenemos nuestros exploradores expertos así como nuestra tecnología —respondió Bozidar.

Káhlen no quiso profundizar en eso, pero sin duda le llamó la atención aquello de que usaban su “tecnología” en la exploración. Ahora Bozidar pasa a mostrar en el mapa toda la distribución socio-política de la civilización, indicando entonces con su dedo índice las zonas que iba mostrando:

El Monasterio, soberano sobre el bosque y el río; a su lado oeste La Ciudad Fortificada de los Ráknizi, flanqueando el cruce del río Pjesma desde el cordón montañoso Épbron que separaba la zona fría; mientras que el sector norte, antes de los valles, se dividía en cada una de las otras dos castas: noreste para la Casa de Justicia y noroeste para Castell; el Palacio gubernamental de los Krájh. Al centro de todo estaba la Grad,

como llamaban a la Ciudad Central[11]. Donde los civiles hacían sus vidas regulares en tranquilidad.

—Como ves —concluyó Bozidar—, nuestro río Pjesma desemboca solo unos kilómetros más allá, en el Gran Mar. Aquél es un lugar hermoso donde puede verse salir Kipléhr tras el océano; es un placer y privilegio.

—Lo imagino —apoyó la idea Káhlen y se aprestó a hacer la gran pregunta que ya por días le daba vuelta, a raíz del hermetismo que notaba en torno al tema y por algunas escuchas casuales que había hecho. Dijo—:

Maestro Bozidar, quisiera preguntarle: ¿Qué territorio es lo que llaman la "Zona Fría"? ¿Es el mismo que acá en su mapa se llama HLadno?
—Bozidar, carraspeó. Enrolló el mapa limitándose solo a decir—: La zona fría es donde no vamos ni vive ninguno de los Zemáh.

—¿Entonces todos los habitantes de Izvor, los de vuestra raza viven en tan solo este sector del planeta? —insistió rápido Káhlen. Zéjel lo miró y le levantó las cejas en señal de que se conformase con lo que se le decía y atinó a romper el breve silencio diciendo—: Ha habido algunas familias que se han trasladado más allá de los valles, desde hace unos ciclos.

Bozidar ahora interrumpió, mientras ordenaba unos papeles en cajones. Todavía dando la espalda a sus visitas dijo:

—Káhlen, supe que te había gustado mucho el melodioso sonido de nuestro "Bosque de las bellas voces", ¿verdad?

Káhlen miró a Zéjel con mirada acusatoria, mientras el joven se encogía de hombros y negaba con la cabeza.

—Bueno, dudo que alguien pudiera ignorar de manera consciente ese audio natural, muy hermoso por cierto —respondió Káhlen.

—Y, ¿qué te pareció saber de las musas? —preguntó Bozidar—. El rostro de Káhlen se ruborizó un poco, pero más que eso se frunció directo hacia Zéjel. El pobre joven, no sabía qué seña usar para demostrarle que él no había dicho nada de la visita de espía que Káhlen había hecho a las musas.

—¿Las Musas? —comenzó a responder Káhlen—Bueno, según me informé, ellas eran quienes cantan y lo hacen durante algunas horas del día. Pero, no he logrado saber el por qué lo hacen ni quiénes son ellas. ¿Tal vez, usted…?

—Te interesa el tema, no hay duda—dijo Bozidar al tiempo que se giraba hacia ellos y entonces se predispuso a explicar—: Nuestra civilización tiene unos tres mil años sobre el suelo de Izvor. Los primeros habitantes

llegaron desde muy lejos. Poseían un gran caudal de conocimiento, sabiduría y experiencias. Con el tiempo adquirieron aún más de todo aquello, lo que fue aprovechado y a la vez incrementado por las generaciones sucesivas. Parte de ese legado fue siendo escrito en diversos períodos y por distintos hombres y mujeres. Ese fondo de conocimiento se trasladó a un escrito global que llamamos "Lew", del cual puedes ver una parte o su totalidad en la Biblioteca Principal del monasterio.

—Debe ser un documento muy extenso —dijo Káhlen.

—Lo es y debemos estudiarlo —dijo Zéjel con algo de resignación. Bozidar continuó—: Todos los conocimientos adquiridos, los seguimos reestudiando y arrojando luz sobre ellos con nuevos hallazgos y descubrimientos. Nuestro Lew es un libro vivo, al día.

—En todo este tiempo acá —dijo Káhlen—me ha llamado la atención no haberles oído expresiones respecto de un Dios, una Divinidad; sí bastante de lo científico. ¿Eso es una postura de su Lew?

—No Káhlen —respondió Bozidar—. No es una postura impuesta por un texto o por alguien. El Lew es una guía moral. Verás: Tal como dije antes, los Primeros, nuestros Padres originales, sentaron la base de nuestra civilización con un fondo de conocimiento amplio que ya poseían, que traían. Esa base fue, en concreto, su ciencia, tecnología y normas, todo sobre lo cual se estructuró nuestro mundo y su sistema social. En ese tiempo, en los comienzos, solo hubo dos Órdenes principales: La orden de los Lewéis y la orden de los Kimün, cuya inclinación filosófica era más bien científica, casi fundamentalista en su apego a lo tangible así como a las doctrinas al respecto. Juntas, ambas órdenes, se bastaban para administrar toda la nueva civilización, siendo capaces de generar la sociedad "ideal", según su pensamiento. Cada cual aportaba en su campo para estructurar a la vez que asentar nuestra sociedad en este planeta: espiritual, física, legal y científicamente. Proveyeron los fundamentos respecto de nuestra concepción de la vida, del universo y del origen de todo. No había necesidad de jueces, guerreros ni reyes. Existía una sociedad sólida, unida, justa y armoniosa. Se regían por principios morales altos; respetaban la "divinidad" y santidad *de lo existente*. Su creencia era y es la nuestra hoy, que todo debe tener un fin o propósito. Eso podría hacer subyacer la idea de un(os) creador(es) o no. ¿Y si existiese(n)? Nadie enseñó que debía de adorárseles, ni cómo. No esperamos comunicación ni intentamos complacerles. Si ha de llegar un momento de contacto será ese ser divino quien lo provoque, con un fin y propósito específico. Lo que hemos entendido es que la vida es sagrada, se le respeta. Su origen es lejano para nosotros. Sabemos quiénes la produjeron como hombre y mujer, nuestros amados primeros padres, pero ya en ellos venía. Solo nos la transmitieron. Para nosotros todo ser vivo, desde aquellos por muy minúsculos que sean hasta los más grandes y extensos como nuestro maravilloso bosque, existen y se sostienen por la

“Energía Pura”. Y, no te hablo de “energía” solo con el concepto científico respecto de energía latente en cada átomo de la materia que puede generar una acción o movimiento, sino, de energía en términos supra biológicos de química supramolecular; vida condensada que nos recorre, que nos une a todos, con todo lo que existe. A eso le llamamos *Newen-Snaga*.

—¿Newen-Snaga? —preguntó Káhlen — ¿Energía pura?

—Te explico —prosiguió Bozidar —: Podemos encontrar ejemplos de energía pura y su ciclo vital en la vida biológica. Dos de los procesos más importantes que se llevan a cabo de forma cotidiana, natural y simple, necesitan de este tipo de energía. El proceso de fotosíntesis en los seres vegetales y la respiración en los seres animales. En la fotosíntesis, los vegetales hacen uso de la clorofila para separar el agua y así convertirla después en hidrógeno y oxígeno: el hidrógeno, combinado con el carbono del ambiente, producirá carbohidratos; el oxígeno lo requerimos nosotros para mantenernos vivos por la respiración. Y en ese proceso, sucede todo lo inverso: el oxígeno es utilizado por nuestros cuerpos para quemar moléculas de carbohidratos, que de forma natural son resultante del metabolismo celular; entregando de vuelta dióxido de carbono al ambiente, que reutilizan los vegetales. Así el ciclo de energía pura es interminable y va de ente en ente, por sus átomos, siendo de una forma u otra parte de todos, de un Todo. Estos procesos supramoleculares, que se dan sin vida celular en su conformación y ejecución, tienen un efecto primordial en la existencia de vida en nuestro mundo. La energía que lo permite, la que entra en acción, es en verdad “energía pura”; limpia, sagrada.

—Comprendo —dijo Káhlen—. Me parece muy potente e interesante lo que me dice; su creencia y visión. Deberé asimilarlo con detenimiento.

—Lo espero mi estimado —contestó Bozidar.

Luego de unos segundos de reflexión, Káhlen prosiguió con su cuasi interrogatorio:

—Ud. mencionó que en un comienzo solo eran los Lewéis y los Kimün. Entonces ¿cómo se llegó a la estructura que existe hoy? ¿Por qué fue necesario jueces, reyes y guerreros? —Acá Káhlen aprovechó la oportunidad para preguntar por algo que le había quedado en la mente desde su encuentro con Rjan, “la” soldado.

—Bueno —comenzó su respuesta Bozidar—, a medida que la población y sociedad creció, no hubo interés en esparcirse. El espacio desde el valle central hasta el Mahésvetac era bien aprovechado. El Lew era una norma respetada. No obstante, como nos enseñó nuestra propia historia, todo se degrada. En el origen se comenzó con una civilización en un alto nivel

físico, mental y moral. Luego, esto fue degenerando con los siglos de manera gradual. Es inevitable: hay una imperfección inherente en toda sociedad. Un defecto heredado que nos hace tendientes a degenerar e ir hacia lo injusto, a lo incorrecto. Comenzaron a haber actos contrarios a lo debido; de plano reñidos con nuestra norma. Se debió fortalecer ésta con más directrices, pero finalmente, esto tampoco dio el resultado esperado. Entonces, debimos pensar en que la sociedad que se formaba ya no estaba en disposición de solo guiarse por principios morales de rectitud. Debimos dar un paso más allá, hacia generar un cuerpo de leyes sólido y respetado, con sus consecuentes penalizaciones para quienes la infringieran. Por ello se hicieron necesarios jueces que estuvieran preparados para hacerlas cumplir.

—La casta de los Jhutzí —agregó Zéjel.

—Así es —continuó Bozidar—. Con posterioridad el pueblo mismo comenzó a exigir la existencia de un gobernante, uno al que "ver" como tal; al que creerle como figura de orden y dominio. Las masas requieren de esa figura al parecer para sentirse protegidas o bien subyugadas "a *Su* gusto".

—La casta de los Krájh —aportó Zéjel.

—Exacto —afirmó Bozidar.

—Y, la existencia de los guerreros, ¿cómo se llama esa casta? —preguntó Káhlen que ya lo sabía, pero lo hizo solo para introducir el tema que le interesaba.

—Los Ráknizi —dijo Zéjel.

Káhlen hizo un ademan con la cabeza, como dándose por enterado y Bozidar, respondió:

—Bueno los Ráknizi —pensó un momento— son la casta que necesitamos para vigilar la cohesión de nuestra civilización actual y protegernos a todos.

"¿Protegerse de ustedes mismos o de peligros externos?", se sintió impulsado a inquirir Káhlen, pero se reservó eso solo como un pensamiento, pues ya había visto que tocado el tema "zona fría" sus consultas eran obviadas o desviadas y, a esta altura ya comprendía, que los Ráknizi tenían un papel respecto de ese lugar y sus habitantes. Así es que retomó el tema, que de todos modos le era muy interesante para él y que se había diluido, casual o con clara intención, durante la larga explicación de Bozidar. Planteó—: Maestro Bozidar, ¿puedo preguntar entonces por las Zhénatayèl? ¿Cuál es su servicio, su relevancia? ¿Por qué

deben ser separadas de sus familias siendo adolescentes?

Bozidar miró a Káhlen y con cierto aire de inquietud le dijo:

—Veo que sabes más de lo que creo o creemos y quizá, lo peor, es que sabes ocultarlo hasta cuando lo necesitas mostrar. Pero en fin, te diré. Las jóvenes cuyas familias deciden en paz y tras meditación consciente, dedicarlas al servicio como Musas, son privilegiadas. Reciben entrenamiento amoroso de otras que ya llevan un tiempo en el servicio del bosque. Se les instruye en lenguas arcaicas y modernas; en historia, artes, astronomía, geografía, geología y en general todo lo que es el conocimiento máximo y más profundo existente en Izvor. Nadie más posee ese nivel de conocimiento. Así, su servicio es placentero.

—Pero, ¿ellas permanecen siempre vírgenes? ¿Se les niega la posibilidad de amar, ser amadas; de ser madres?

—La felicidad, mi querido Káhlen, no está ligada a las cosas que poseemos, ni tampoco a la existencia de otros junto a nosotros —dijo Bozidar—. El ser feliz nace de un contentamiento interno, que no depende de factores externos. No obstante, si alguna de ellas, ya llegada a cierta edad, siente que su vida o dicha no está vinculada a su servicio como Zhénatayèl y desea abandonarlo para realizarse como individuo en o con los aspectos que mencionaste, se le permite el retiro. No se le critica ni juzga, aunque, pierden su don —concluyó. Luego, tomó un libro del mesón y evidenciando querer concluir la conversación, dijo—: Bueno, ha sido muy grata esta charla. Gracias Zéjel por traer a Káhlen. Gracias Káhlen por tu disposición a conocernos más así como a nuestro bello mundo. Espero haya aclarado algo más de tus dudas.

—Por supuesto, maestro Bozidar —dijo agradecido Káhlen que percibió que el tema no sería profundizado más. Haciendo reverencia sincronizada con Zéjel, salieron de la sala.

***

Káhlen había quedado muy agradado con todo el conocimiento que recibió de esta charla. Aprendió mucho, tanto de lo que se le dijo como de lo que no. De esto último sin duda tenía mucho para reflexionar. Bozidar habló de los primeros padres, de que traían consigo conocimiento, que venían de lejos… ¿De dónde exactamente? ¿Venían de una civilización superior? ¿Hay otros planetas habitados en el sistema Kipléhr, o en la galaxia? Respecto del tema de las musas Zhénatayèl, tampoco despejó todas sus inquietudes: ¿Por qué debían ser vírgenes durante su servicio? Y, ¿qué era en concreto “ese servicio”? ¿Qué quiso decir Bozidar con eso de que “perdían su don”, si optaban por irse del bosque a una vida normal?

Por otro lado, estaba la zona fría o HLadno: ¿Qué era ese lugar? Bozidar dijo que ningún Zemáh va ni vive allí. ¿Quiénes sí lo habitan? ¿Por qué están allá? ¿Por qué se le llama "zona fría"? ¿Qué ocurría si un Zemáh iba a HLadno?

En realidad tenía mucho en qué pensar y asimilar de una nueva cultura, de otra forma de vida y, de seguro, mucho por descubrir y descifrar. Pero, era tanto más relevante, para él ahora, dos asuntos: llegar pronto a sus recuerdos; saber quién era, por qué fortuita, manipulada o predestinada razón había llegado a Izvor y… en unas horas ir al Qübaldo.

***

Capítulo 4

Wlatko

Los niños corrían por un amplio jardín florido y jugueteaban por entre los árboles frutales. Su reír infantil hacía bien al viejo Matjslo, lejos de lo que pensaba Sáqui su esposa. Para Matjslo eran sonidos de alegría que le revitalizaban. Se sentaba a verlos jugar, mientras disfrutaba de la brisa del atardecer de la tercera hora leyendo pasajes del Et-Krájh[12]. A veces se los leía a ellos. Las historias de los primeros reyes eran las preferidas, particularmente para Borjón. Él siempre fue afecto a la lectura y se hizo "seguidor" de los reyes. Su sangre lo impulsaba, aunque nunca había estado en Castell ni conocido a sus parientes de la gubernatura.

Estar con su abuelo paterno era algo que le producía seguridad. Tenía 10 años y después de perder a su padre por culpa de un "desafortunado accidente", según se le dijo siempre, la figura de su abuelo se había vuelto sustancial en su formación.

Aquella vez que le preguntó a su abuelo el por qué ellos vivían lejos de Castell y él no estaba allí para recibir una sucesión como gobernante, "aprendió una lección de vida", como solía decir, de lo respuesta que obtuvo:

"No todos los frutos que bajamos de este árbol nos sirven para lo mismo, ¿no es verdad Borjón? Algunos, jugosos y maduros, los comemos tras la merienda de la segunda hora; otros, tu abuela los exprime para obtener el rico néctar que nos prepara en la primera hora al despertar; y otros, los pone a cocer y obtiene la mermelada deliciosa que disfrutamos en las tardes. ¿Ves? Aun cuando todos los frutos los obtenemos del mismo árbol, no todos se usan igual, ni todos deben ser para el mismo objetivo.

»Nuestra familia, pequeño Borjón, es un árbol con el privilegio de proveer reyes. Pero yo, no creo llegar a ser un buen rey. Debo tener otro

propósito, otro uso. Y acá en la Grad me siento cumpliéndolo.”

Aquella didáctica explicación de su abuelo marcó a fuego en el rubicundo Borjón, vitales principios, tales como la individualidad, el autoconocimiento, la modestia, la libertad y la inteligencia emocional. Con el tiempo, crecimiento y madurez, Borjón fundó una personalidad fuerte, decidida, independiente y modesta tanto para con sus virtudes como defectos. Se destacó en las áreas que más atención y más placer le producían: lectura, escritura, legislatura, manejo social, administración y otros afines. De hecho se hizo conocido en la Grad por oficios de escriturario y administrador.

Se crió viendo a gente común y con el movimiento de una ciudad. Se rodeó de personas lejanas a lujos, libros o tecnología. Entendió el punto de vista de los Gradíes acerca de la vida, la cotidiana. Vio injusticias; las expuso y reclamó, pero, siempre fue un hombre de paz, cuya manera de ver el valor de la vida, lo hacía rechazar todo acto de violencia. El maltrato, la venganza, el daño a otros y por el cierto el asesinato, no estaban en su concepto de vida ni de una sociedad justa.

De ahí su aversión a las armas y su postura contraria a la dispersión del pueblo, cuanto más a una posible guerra interna entre los Zemáh, hecho que pudo suceder cuando él era un niño.

Para Borjón la existencia de un ejército o soldados no tenía sentido si los Zemáh fueran capaces de ejercer una aplicación dedicada de las normas del Lew. Tener un grupo de fuerzas armadas y, mucho más aún una *casta* dedicada, significaba una involución en el desarrollo de una sociedad pacifica e implicaba la aceptación del fracaso como entes capaces de autorregularse y auto disciplinarse.

Toda esa filosofía de vida la fue forjando con el potente legado de experiencia de su abuelo, aunado a su devoción por ir al Monasterio. Le gustaba su biblioteca, hablar con los Lewéis, obtener su consejo, en especial del Kimjhé (denominación para el líder de los Lewéis)

Así se volvió un hombre seguro de sí mismo y sus convicciones. Hábil comunicador; eficaz en el uso de la palabra. Con don de mando y un buen manejo de las masas.

Fue a sus treinta años que la vida así como su quehacer tuvieron un vuelco inesperado pero, no poco deseado ni menos inimaginable; pues siempre se le consideró un joven maduro, con destacado porte y en quien se podía leer en sus ojos verdes como cristal de esmeralda, ese deseo de ser un líder.

Su tío (hermano de su ya fallecido padre) gobernaba. Pero su mala conducta, en desprecio tanto de las normas como de los requerimientos

exigidos por su cargo, le llevó a perder el liderato de los Krájh. Debió sucederle su hijo, mas, éste era muy pequeño. Tendría que reemplazarlo su hermano, pero ya había muerto. ¿Qué debía hacerse? Legalmente los dos hermanos mayores de Borjón, venían en la sucesión al trono. Para el caso de sucesión no directa, no se daba preeminencia a mayor edad, sino a características, dones, aptitudes, etc. Se convocó el Qübaldo respectivo. Los tres líderes definieron quién debía suceder como Rey. De los hermanos, descendientes de Matjslo, no fue elegido ninguno de los mayores sino Borjón. Sus capacidades de entendimiento, manejo e inteligencia; su dominio del Et-Krájh y su valeroso apego a la vida, le grajearon el favor no solo de los tres líderes en ejercicio sino de la Grad. Por contrapartida, sin embargo, le atrajo el odio y rencor de sus dos hermanos y sus familias. No obstante, fue algo que supo soslayar, sin jamás devolver daño ni atacar a su sangre.

Tras veinticinco años como líder de los Krájh y Rey de los Zemáh, la gente lo ve como una autoridad cercana. Un hombre leal y justo. Un fruto maduro usando sus capacidades lo mejor posible para el propósito que tenía: gobernar a los Zemáh.

Logró conformar una familia junto a su esposa Seossi, hija de Éodis el Jhutzí. Y su descendencia; Suyai su hija mayor y Góran su hijo, fueron concienzudamente educados, considerando todas las buenas cosas que Borjón supo sembrar en sí. Una vez nombrado y ungido líder de la casta de los Krájh recibió el nombre de “Wlatko: El que impera con gloria”

***

Primer Qübaldo

El día era en sí largo, pero éste lo parecía mucho más. Después de que temprano había tenido una sesión muy interesante y clarificadora en el observatorio con el Maestro Bozidar, ahora Káhlen debía predisponerse mentalmente para algo muy distinto al final de la jornada y, era Zéjel quien no había dejado de recordárselo: “Ten presente que hoy vas al Qübaldo”, le decía.

Es el inicio de la Cuarta Hora, a eso de las nueve de la noche. El cielo estaba semi-nublado, las nubes dejaban pasar un poco del fulgor rojo que emite Ronha, reflejando los últimos rayos de luz de Kipléhr, mientras Ténja está en fase menguante.

Káhlen, no había tenido ocasión de notar cómo se veía la entrada al Salón Principal del monasterio, de noche y…era espléndido: Iluminado con una luz tenue emitida por bombillas redondeadas de baja emisión de calorías, muy económicas en el uso energético; colocadas en varas largas como antorchas llamadas Küdelas, de donde tomaban el nombre “Küdell” con que se le llamaba a este Salón. Aprovechaban así la energía obtenida por

los grandes paneles solares ubicados estratégicamente en las terrazas más alta del monasterio (al lado del Observatorio HURA) y reservada durante el día en generadores que mantenían en los subterráneos del Bosque, asegurando así contar con fuente de luz y calor en las horas de oscuridad.

Se veía muy bien ornamentado, preparado para una sesión extraordinaria de los "Cuatro", como se solían referir a las juntas de los cuatro líderes de las castas.

Unos servidores, no vistos antes por Káhlen, le hacen ingresar al gran Salón. Dentro pudo ver la magnífica mesa central de madera con contorno de oro, las sillas con cabeceras talladas y los telares que bajaban desde el techo. No obstante, no era allí donde estaban "los Cuatro". Los guías le llevaron un poco más al fondo donde había un estrado también de madera, donde los símbolos se repetían por la parte frontal: un Toro, una Serpiente, un Puma y un Búho; en ese orden. Atrás, sentados, cada uno de los Cuatro, correspondiendo al símbolo de su casta.

Es el Kimjhé quien le da la bienvenida.

—Buenas tardes joven Káhlen, agradecemos tu asistencia puntual. Por favor, toma asiento. Dinos si deseas algo para estar cómodo antes de que iniciemos.

Káhlen vio el sillón con brazos de madera fina que habían dejado al centro de frente al estrado. Lo miró, dio unos pasos, se sentó y dijo:

—No mi señor Kimjhé, gracias, estoy bien. Traje lo que usted me solicitó —mostró su ropa y artículos con que fue encontrado por Zéjel.

—Gracias por eso Káhlen —dijo el Kimjhé a la vez que solicitó a un servidor que recibiera los artículos para luego proseguir—. Muy bien entonces, daremos inicio a nuestra sesión especial.

Kimjhé, que presidiría el Qübaldo, pidió que los servidores salieran. Entonces solicitó respeto y reclinarse en sus puestos para dirigir algo así como una oración de apertura:

"Kojhi náste Qübaldo ngen-li istizit æ miranot.

preg postici ét Alen æ ngenát blagovitá ç'ustewom.

Ét katé odsviht nástoni ç Newen-Snaga

Jhetven, kripha-li àh bodluzi"

(“*Que nuestro Qübaldo sea veraz y pacífico,*

para que logremos el Alen y seamos bendecidos con el éxito.

El espíritu de todos con la Néwen-Snaga,

como uno, evidencien la decisión”).

Los demás líderes respondieron con un “*Alen Hat*” (“Llegue el acuerdo”). En seguida, Kimjhé se dirigió a Káhlen y dijo:

“Quienes estamos frente a ti, somos los líderes de esta sociedad, que ya has ido conociendo. Esta civilización de los Zemiljhé o Zemáh en la que cada uno representamos una parte esencial para el desarrollo y evolución de nuestro mundo organizado. Yo, como líder de los Lewéis, he solicitado esta reunión extraordinaria para develar lo más posible, el fin de tu venida y tu presencia en nuestro mundo. Cada uno de mis amados colíderes deseará saber algo de ti. Estamos conscientes de tu estado aun amnésico pero, por una parte necesitamos información y por otra, quizá en la medida que respondas nuestras dudas, tú mismo te halles con nuevos recuerdos. Dejaré que cada uno se presente y te exponga sus inquietudes”.

Káhlen, permaneció en silencio, muy atento, prestando delicada atención a cada palabra que se le dijese.

Fue Tänkefil, quien comenzó la ronda de lo que a todas luces sería un interrogatorio:

—Joven Káhlen, yo soy Tänkefil, líder de la casta de los jueces, los Jhutzí. Heredero del linaje de Horu y su ascendencia que por más de cien ciclos ha estado liderando la simiente Jhutzí. Hemos sido los encargados de solidificar nuestra legislatura y hacer que se cumpla. Cuando no, damos la sentencia justa, que por dura que sea, siempre busca el bienestar de toda nuestra sociedad Zemáh, tan amada.

»La información que tenemos, provista por nuestro Señor Kimjhé, es que fuiste hallado en estado de semi inconsciencia a orillas del Pjesma. Que portabas vestiduras diferentes a cualquier Zemáh y que tus posesiones eran una bolsa sintética con artículos diversos, digamos: papel y lápiz, unas monedas y, un contador; que son las que nos has traído. Pero al momento actual, no has dicho el porqué de esas cosas o qué representan. No has dicho tampoco tu real nombre ni el por qué llegaste o por qué estabas allí en esas condiciones. ¿Es correcto, todo lo que he mencionado?

—En líneas generales lo es, mi señor Tänkefil —comenzó su respuesta Káhlen—. Lo cierto es que me hallaron en las condiciones y lugar que

usted menciona. Efectivamente en una riñonera estaban las cosas que he traído hoy, que usted bien numeró. Pero, si me lo permite, lo certero sería decir que aquellas cosas estaban junto a mí pero no puedo afirmar que fueran mías. Tal como por la misma razón en esencia, no puedo decir mi nombre ni mi propósito: no lo sé, ni lo recuerdo.

Káhlen no pretendía mentir respecto de su propiedad sobre esas cosas. Más bien, dado que en verdad ignoraba su propio objetivo y el de esos artículos, pretendió desmitificarlos, quitándoles cualquier vinculación a algún fin o proyecto peligroso. De manera que, de descubrirse con el tiempo o la restauración de su memoria, un propósito negativo para los Zemáh, él pudiera quedar exculpado por ocultarlo.

—¿Dices que no eran tuyas las cosas? Que… pueden ser… ¿de otra persona? —inquirió con algo de incredulidad burlona, Tänkefil.

—No, mi señor. Digo que no hay evidencia concreta para confirmar que me pertenezcan. Siento que pudieran ser míos esos artículos, sin embargo, es un hecho que el sentir algo no es elemento probatorio en sí —Kimjhé, asintió con algo de gusto, la estrategia de Káhlen.

—Te llamaré Káhlen —inicio su intervención Borna, quien desesperaba por su momento para hablar pronto —. No sé cómo en verdad te llamas. Pero yo sí tengo nombre, soy Borna, líder de los guerreros, los soldados, los grandes Ráknizi. Y te diré que tu presencia no nos es bienvenida. Como linaje a cargo de la seguridad de nuestro mundo, tú representas un riesgo potencial. Porque si, tal vez no lo eres ahora que nos dices que no "recuerdas" nada, podrías llegar a serlo cuando decidas recordar…

Káhlen sintió la acidez en la intervención de Borna. Lo inundó un gran deseo de responderle del mismo modo. Le molestó sobremanera que sin conocerlo, le juzgara y dejaba traslucir con sus palabras, que hasta le sentenciaba a muerte desde ya. Pero se refrenó. Solo dijo:

—Es entendible su postura, como líder de los "grandes" Ráknizi. Espero su pregunta…

Una vez más Kimjhé se sintió agradado con Káhlen por su forma de enfrentar el ataque. Borna, acelerado lanzó:

—¿Dinos quién eres en verdad? ¿Vienen más contigo? Si los olvidaste, es posible que ellos no a ti. Quizá te busquen y nos ataquen. Tus cosas tal vez solo sean una distracción para verte inofensivo, con papelitos, lápiz y otras artilugios, pero a mí no me engañas —dijo mientras sacudía las cosas despectivamente—, o quizá sean alguna tecnología de la zona fría para espiarnos.

Káhlen se percató que el duro ahí iba a ser Borna. Optó por mantener la mesura:

—No sé quién soy. No sé si alguien más venía conmigo. He respondido sus dos preguntas.

Borna deseaba bajar para sacudir a Káhlen; ya fuera para hacerle recordar a fuerza o bien para mostrarle su poder, el de un Toro y que le temiera. Tuvo que retenerse.

Entonces, quebró el momento álgido la voz firme y mesurada de Wlatko:

—Káhlen, no queremos que te intimides. Soy Wlatko, de los Krájh. ¿Por qué no nos dices lo que sí recuerdas o lo que tal vez hayas deducido tú mismo en estos días en el monasterio?

Aquella intervención le fue muy grata a Káhlen. Wlatko había, a diferencia de Tänkefil y Borna, obviado dar su linaje, ascendencia, méritos, deberes o poder. Solo se presentó él. Y su pregunta fue razonable e inteligente. Káhlen entendió que Wlatko, con esas breves frases, dio un "repaso verbal" a sus dos colíderes y les mostró cómo debía tratarse el asunto.

—Sí, mi señor Wlatko, puedo decirle eso —contestó Káhlen, enfatizando el "mi Señor", en clara diferenciación de su respuesta a Borna— Solo tengo fugaces imágenes. A veces hay momentos donde una palabra o suceso me traen esos flashes. No estoy seguro si en sueños también han venido. Pero no he podido hacer que permanezcan mucho tiempo, ni concretizarlos en mi mente.

—Y ¿qué imágenes son? —preguntó Wlatko, mientras Borna murmuraba que "*no creía una palabra".* Káhlen estaba dispuesto a responder, y el gesto de asentimiento de Kimjhé reforzó su decisión aún más.

—Bueno, en conversación con mi Señor Kimjhé, me vino una imagen donde creí ver a mis padres; les vi hablarme, aunque no logré recordar el mensaje. Vi a mi madre llorar despidiéndose de mí. Y vi a una chica… una adolescente junto a mí en una nave espacial.

La mención de "nave especial", descompuso más aún el "aire" en el Küdell. Generó un gesto de reflexión en Wlatko; una cara de sorpresa e incredulidad en Tänkefil y, la molestia marcada en la frente de Borna, quien no aguantó y dijo:

—¡Lo ven! ¡Este tipo es un peligro! ¿Y tú lo sabías Kimjhé? ¿Lo sabías y no me lo informaste ni siquiera cuando te lo pregunté? A esta altura, el desacato de Borna, su falta de solemnidad y de respeto por el lugar e

instancia en que se hallaba, ya era algo molesto para Wlatko, quien dijo:

—Borna, el respeto por todos debe primar. No estamos acá para prejuzgar a quien no conocemos ni tampoco para culpabilizarnos a nosotros mismos. Quisiera saber ¿por qué fuiste al mismísimo monasterio a inquirir información respecto de un caso que trataríamos en Qübaldo? Lo que se fija tratar en un Qübaldo no se debe investigar a espaldas de los demás líderes, individual e independientemente. La confianza en todos es esencial.

Tänkefil quiso aportar.

—Es cierto amado Borna. No debiste hacerlo —pero, prosiguió—: No obstante, también es verdad que es un riesgo para nuestro mundo la presencia de este señor "Káhlen" que ya reconoce su venida de otro lugar en una nave. Quizá haya algo de relación con HLadno y eso sería muy grave y peligroso.

—¡Es lo que intento decir y probar! Nada más —dijo Borna.

—Es curioso y no dejan de ser llamativas —tomó la palabra Kimjhé con mesura—, las muestras de inquietud excesiva ante la posibilidad de un viajero de otro planeta…

—¿"Excesiva"? ¿Excesiva dices? —replicó Borna—¿debo recordarte el por qué debemos luchar cada invierno y el resultado de aquello para nuestro pueblo?

—No, Borna, no debes recordármelo —respondió Kimjhé—. Es algo por lo que sufro, medito y ruego cada noche. Pero no se puede ver solo el mal de un hecho, lugar o individuo sin considerar el bien asociado u pretender olvidarlo.

—De verdad no te entiendo —fustigó Borna.

Káhlen, que ha sido solo un observador silente, procura rastrear toda palabra o frase que pueda ayudarle a formarse un cuadro mejor y más claro de quiénes son ellos, cada uno; quiénes son los Zemáh como pueblo; qué es Izvor: su origen, su cultura y varias otras cosas que ha dejado en su baúl de ideas por develar, como el por qué lo entienden y él les entiende todo; cómo es que hablan su lenguaje. O por qué siente esos indicios de que hay algo de familiaridad en el planeta.

Mientras, la discusión entre los Cuatro continúa…

—Kimjhé se está refiriendo al propio origen de nuestra civilización, al origen de Izvor —respondió con algo de frustración Wlatko, al ver la abundante falta de reflexión en cada frase de Borna y agregó—: Creo que

debemos tratar estos asuntos sin la presencia de Káhlen.

Los demás asintieron y llamaron a los servidores. En ese momento, Káhlen pidió hablar antes de retirarse.

—Mis señores líderes. Sé que puedo, con justa razón, representar un peligro y, aunque no entiendo todo lo que dicen respecto a temores por HLadno ni el por qué un pueblo tan culto, servicial y pacifico tenga un ejército o deba prepararse para la batalla, deseo que sepan que no haré algo que les cause un daño ahora ni en el futuro, yo…

Tänkefil interrumpió:

—Eso no puedes asegurarlo. Quizá, si es verdad que no recuerdas nada, pero cuando tu memoria vuelva, puedes pensar distinto.

—Podría tener razón o no, mi señor Tänkefil. Pero, puedo asegurarles que el hombre que soy en la actualidad, lo que he visto y aprendido de ustedes, no se me olvidará. Por ello, les pido la chance de demostrar que no haré peligrar su mundo.

—Dime Káhlen —dijo Wlatko—, esa nave que dijiste recordar y esa niña que viste en tu mente; sabes si estaban contigo en tu viaje hacia nuestro planeta.

—No lo sé mi señor Wlatko, quisiera tener la certeza, pero siendo muy honesto; no es así. No obstante *sí* lo *creo*; hay algo en mi interior que me lo dice.

—Lo cierto —dijo Borna—es que se avecina el invierno, la batalla, a pesar de los lindos deseos de este stránci. Y estar ahora mismo con él, es una gran pérdida de tiempo.

—De que los días grises y fríos de batalla se acercan —dijo Kimjhé— estamos conscientes, lamentablemente es verdad. Pero ignoramos cuál es el fin que tenga la llegada de Káhlen o el por qué está entre nosotros. Quizá Néwen-Snaga halló un propósito…

La convicción que los Zemáh tenían, y en especial los Lewéis, de la importancia de Néwen-Snaga se evidenciaba de forma clara ante situaciones como éstas. Su creencia era absoluta en que, no importaba qué fuera, habría algo de la energía pura, que fluía en el universo, que estaba permitiendo la situación, que la revelaría a su tiempo con su propósito o el “por qué”, y que le daría una solución directa o a través de entregar la luz respectiva a los hombres indicados.

Pasado un rato, pidieron a los servidores del salón sacar a Káhlen afuera. El momento fue aprovechado por los “cuatro” para caminar y meditar.

Asimismo hicieron entrar a otros servidores, quienes les dieron atenciones con agua, pan y frutas.

Kimjhé, pidió a los mensajeros del Küdell que llamaran e hicieran pasar a las personas más cercanas y de confianza de cada uno de ellos que habían sido citadas con anticipación. Éstos esperaban en una sala aledaña (por lo general estas personas o bien serían los próximos líderes de casta o bien estarían en el servicio de los consejeros por varios ciclos ya). Los Cuatro entonces, conversaron cada cual con sus allegados y/o consejeros. Cada charla buscaba tanto informar del tema tratado, como asimismo, procurar mayor claridad sobre el asunto al tener la opción de saber y escuchar cómo lo veían o percibían otros.

Finalmente, al sonido de un timbre campana, los Cuatro, se dirigieron de vuelta a la mesa central y debatieron los últimos comentarios. En pocos minutos, obtendrían su determinación.

***

Mientras tanto, el tiempo pasaba lento para Káhlen, que había sido dejado en una de las terrazas esperando. Caminaba el limitado espacio sin percatarse que era observado. En la sala contigua había un par de Ráknizi que custodiaban la seguridad del Salón y el desarrollo normal del Qübaldo. Uno de ellos era Rjan que, de manera permanente pero sigilosa, dejaba escapar una mirada hacia Káhlen. Le seguía con sus ojos miel hasta que tomó la iniciativa. Caminó hasta la terraza y le habló:

—Así que… entonces, perdiste la memoria. ¿No sabes ni quién eres…? —le lanzó sin mucho preámbulo ni diplomacia.

Káhlen en un principio sorprendido, pero luego agradado de ver a Rjan, no reparó demasiado en su tono.

—Así es… sé menos de mi de lo que quisiera o me convendría —respondió.

—¡Ah! —Hubo un silencio que ambos procuraron romper, pero solo se estorbaron al hablar. Él quedó en: “cómo te lla…” y ella en: “Dicen que tú…”. Sonrieron por el suceso y Káhlen dijo:

—Disculpa. Tú primero…

—Gracias —dijo ruborizada Rjan —. Dicen que tú… vienes de otro planeta, pero me pareces muy semejante a nosotros.

—La probabilidad es alta. El lugar donde fui hallado, el estado en que estaba, algunos fragmentos de recuerdos que me llegan, etc. Pero, como dices, no parezco tan diferente de ustedes —contestó Káhlen, mientras

fijaba su vista en los ojos de Rjan. Le preguntó a modo de broma —: "¿Y, tú, de dónde vienes?"

—¿Yo? Bueno, venía de llegar de una exploración —respondió algo nerviosa Rjan, no entendiendo el tono de juego que tenía la pregunta de Káhlen— Entonces… bueno, dime lo que quedó interrumpido hace un rato.

Rjan, deseaba saber más de Káhlen, pero se retuvo para no evidenciar ni descubrir tanto su interés.

—¡Ah, sí! —dijo Káhlen, simulando no recordarlo— Quería preguntarte ¿cuál es tu nom…

Y fue el instante en que se abrieron las puertas del Salón. Desde su interior se llamó a Káhlen. Éste fue y al pasar dedicó una sonrisa a Rjan, quien ahora, a diferencia de su primer encuentro, sí la devolvió, a la vez que bajaba la mirada ruborizada y coquetamente.

—¿Puedes acercarte, por favor, Káhlen? —pidió Wlatko que lo esperaba de pie. Káhlen avanzo unos pasos. Y el rey prosiguió—: Este Consejo especial ha llegado a un ***Alen***. Nuestro acuerdo te comunicamos. Es definitivo y absolutamente invariable—. Luego de eso, tomó la palabra Tänkefil para informar la decisión. Se levantó y dijo:

"*Káhlen:*

Este consejo determinó que, debido a nuestra falta de certeza de quién en realidad eres y dado que no tenemos toda la información para formarnos un concepto de qué es verdad o no, ni cuál es el propósito de tu llegada ni cuán riesgosa es tu presencia para nosotros y nuestro mundo; no podrás salir del monasterio a la vida pública ni relacionarte con nuestra sociedad como uno más de los Zemáh.

Se determina asimismo que tanto tu presencia, como toda la atención que este caso implica, será algo de dominio no público, hasta que no se develen más datos y salga a luz la verdad. No obstante, se te permitirá hacer algo en tu favor: Podrás entregarnos mayor información como elementos de prueba de que no eres ni representas una amenaza, como algunos de entre el consejo temen. Por tanto, aquello que has dicho que recuerdas; la nave y la chica que te acompañaba, cobra vital importancia para ti hallarlos.

En consecuencia, este consejo ha aprobado una misión de exploración que vaya en busca de dichos elementos probatorios. La exploración se hará por los alrededores de donde fuiste hallado: a orillas del Pjesma, incluido el Mahésvetac, con la excepción evidente y clara del centro del bosque, donde se hallan las Zhénatayèl. Podrá llegarse hasta los límites de la zona

fría, en el Épbron. Dicha exploración no la realizarás en solitario, pues no conoces nuestro planeta. De las castas con más expertos y conocedores de la zona; los Lewéis y los Ráknizi, te serán aportados dos hombres que te acompañarán.”. Se sentó.

—¿Algo que decir? —preguntó directo Borna.

—Agradezco su contemplación hacia mí —respondió Káhlen —. Creo que es justa y compasiva su decisión. La acato.

Ahora es Kimjhé quien toma la palabra diciendo:

—Bien, entonces debemos solicitar a Gvözden y Zéjel que se acerquen.

Una vez que éstos lo hacen, agrega:

—Amados, deseamos solicitarles que tengan a bien ser los compañeros del joven Káhlen en su búsqueda. Y esperamos acepten.

Zéjel, que no ocultaba su satisfacción por el encargo, por su valoración de todo servicio de apoyo a su casta y por el aprecio sincero que sentía por Káhlen, dijo:

—Por mi parte, mis señores del consejo, agradezco se me considere y acepto con honra.

—Por la mía; debo rechazarlo —respondió seco un desagradado Gvözden—. Estamos en las semanas previas del invierno, período que requiere que los guerreros estemos plenamente concentrados y en mi caso en particular, estoy preocupado de preparar la defensa de nuestra ciudad, así como en inspecciones de territorios claves en la batalla que se avecina. No creo que sea oportuno usarme en una tarea menor, como lo es, el explorador para un stránci, cuando soy más útil en la estrategia para la seguridad de nuestra civilización.

—Nuestra seguridad, las estrategias de combate, la preparación de la ciudad y todo lo que revisten las próximas semanas, son asuntos que este consejo sabe y entiende Gvözden —replicó con dureza Wlatko— ¿O te parece que no somos suficientes ni competentes sin tu aporte?

—No, mi señor Wlatko —saltó Borna en salvación de su mano derecha —. Creo que lo que intenta decir Gvözden es que los guerreros tenemos nuestro trabajo en la lucha. Puede haber otros para una mera tarea de explorar.

—No obligaremos a cumplir una tarea a quien no desea —sentenció Wlatko—. Tendremos que volver a evaluar a quién designar. De inmediato

y dando unos pasos adelante, Rjan levantó su mano diciendo:

—Mis señores del Consejo ¡sean protegidos! Si se me permite decirlo, soy de las personas que mejor conocen nuestro hermoso Izvor. Desde pequeña lo he recorrido como exploradora y, como guerrera, he pisado cada espacio, rincón y hasta sitio oculto. Si ustedes ven a bien, me ofrezco voluntariamente para ser guía al lado de Zéjel y acompañar a este hombre, Káhlen, en su búsqueda—. Los líderes pidieron un momento para evaluar la proposición de Rjan. Mientras, una vez más sacan a Káhlen del Salón. Tras unos minutos, Tänkefil con la palabra, respondió a Rjan:

—Rjan, valoramos tu valentía y buena disposición para cumplir con lo que este consejo ha determinado. Aceptamos tu proposición voluntaria y, dirigiéndose a ella y a Zéjel les dicen: "¡Les deseamos éxito y que sean protegidos!"

El Consejo ahora pidió a Borna que informara a Káhlen de la resolución final, dado que era una persona de sus filas y de su confianza quien se había ofrecido a ir en la misión. Así es que éste sale del Salón a la terraza para de forma escueta y ácida, decirle:

—Te acompañará Rjan —entonces, agregó con volumen bajo y hablando directo al rostro de Káhlen—… espero halles algo que acredite tu "posible historia" y todo esto no sea pérdida de tiempo para nosotros. Hay personas que la creen. Yo no. Tendrás tus exploradores, pero no mi mejor hombre.

—Gracias por el sincero deseo. Respecto a la calificación de sus guerreros, imagino que ella también lo agradecería —respondió Káhlen, mientras ninguno quitaba la vista de los ojos del otro.

Zéjel ahora salió del salón y Káhlen optó por acercársele, dejando su intercambio de malas vibras con Borna. Le agradeció con un abrazo por su deseo de ayudarlo.

—También debes agradecer a Rjan —dice Zéjel —. Ella será la guía.

—Claro. Gracias Rjan, ahora al fin sé con certeza tu nombre —se dirigió a ella sonriendo.

—Sí, ese es mi nombre —respondió casi indiferente Rjan—. Pero no te confundas, solo lo hago por nuestra gente, no por ti.

Káhlen no se sintió molesto por esa respuesta. La asumió casi como parte del "estilo guerrero". Más como una postura pública. Rjan por su parte, sabía en su interior, que no había necesidad de que ella se ofreciera. El consejo pudo hallar otro explorador experto para esta tarea. Pero lo hizo

porque quiso, porque se interesaba en este desconocido stránci: Káhlen.

Ahora allí en la terraza, Kimjhé los reúne a los tres y les dice:

—Queridos míos, espero que su viaje sea bendecido con el éxito. Que tú, amado Káhlen, halles lo que buscas y a quién eres.

Así, el grupo de tres viajantes quedó conformado. Las próximas horas fueron de preparación para comenzar la vital búsqueda y exploración de la cual dependían demasiadas cosas.

***

[1] Flauta Nasal. Se le podría asemejar a la Kena, propia de zonas andinas del hemisferio sur de nuestro mundo.

[2] Los habitantes de Izvor son llama Zemáh, dado que al planeta también se le conoció como Zemiljhé

[3] Qübaldo: Reunión especial, privada, de los cuatros líderes de castas. Se realiza siempre en el atardecer (inicio de la Cuarta Hora) de un día en que se requiera, en el lugar denominado Küdel y es obligatorio, así como prioritario, siempre alcanzar un "Alen" o acuerdo armonioso, que debe respetarse. La presidencia en dicha reunión corresponde en turnos, cíclicamente sucesivos, a cada líder.

[4] Las cuatro castas y sus símbolos son: 1) Los Lewéis; símbolo el Búho 2) Los Krájh; símbolo el Puma 3) Los Jhutzí, símbolo la Serpiente 4) Los Ráknizi, símbolo el Toro.

[5] Ciudades de las castas Ráknizi y Krájh respectivamente. Últimas, antes de los valles septentrionales.

[6] El libro sagrado de los Zemáh comprendía un total de casi tres mil páginas que contenía relatos históricos, episodios geológicos y astronómicos de Izvor, cuentos y relatos místicos, así como también código de conducta, que si bien se podrían considerar leyes penales, eran más bien tratados como principios guiadores de la vida cotidiana. El libro con el paso del tiempo y la existencia de las cuatro castas se dividió en cuatro tomos, organizados por temas escogidos que involucraban más directa y específicamente a áreas del quehacer de cada casta. El Lew, era el tomo que debían de vigilar y aplicar los Lewéis. Con el tiempo, el término "Lew" sirvió como denominación general del libro completo con sus cuatro tomos.

[7] Dos piedras calizas, una negra y una blanca. Se usaban para determinar la suerte o destino final de una decisión que no hubo sido

posible resolver con los mecanismos habituales.

[8] Como referencia, la órbita de la Tierra es casi circular, con una excentricidad menor de 0,02

[9] La inclinación de la Tierra está en el rango de 23º - 26º

[10] La Primera Hora (va desde las 00 de la noche hasta las 06:59 de la mañana) es tiempo del descanso nocturno. La Segunda Hora (desde las 07:00 hasta las 13:59) horario de labores: en la ciudad (Grad), labores de administración pública, limpieza, comercio; los domésticos en sus casas, labores agrícolas, etc. En el monasterio; tareas de administración, estudios científicos y tecnológicos. En Castell (palacio de los Krájh) mantención y servicios; lo mismo en Casa de la Justicia de los Jhutzí y en Ciudad Fortificada de los Ráknizi. La Tercera Hora (desde las 14 hasta las 20:59) tiempo de descanso; comidas, cenas, etc. La Cuarta Hora (de las 21 hasta las 28 ó 00) son horas de estudio, reflexión e inicio del período de descanso nocturno.

[11] Zona civil, céntrica respecto de las divisiones territoriales de las cuatro castas. Los población residente o volante de la Grad se denominaba Gradíes (el término nativo sería Gradsi).

[12] Tomo del Libro Sagrado que corresponde a los Krájh

[13] Un artefacto portátil, que permitía funciones semejantes a un prismático, pero de prestaciones muy superiores debido a su tecnología avanzada de nanotubos, la cual implicaba que poseyera una pantalla flexible, además de capacidad de almacenamiento de vídeo y fotografía.

Capítulo 2

PARTE II

Capítulo 1

¡Ese es mi nombre!

El entorno era nebuloso. Luces de diversos colores entrecruzando humo y vapores ardientes de combustiones. Llamaradas de fuego y estallidos de muchas armas se unían produciendo un ruido incesante y atronador que era acompañado por llantos y desgarradores gritos. La estructura metálica de la nave se estremecía y tambaleaba, mientras los leds de sus controles parpadeaban al ritmo de motores que rugían y estallaban. Afuera el caos; los gritos, el calor, la desesperación, el rojo fuego del aire. El agudo ruido de alarmas interiores apurando la salida… y los gritos:

—¡Noi ¡Papá!

—¡Hijo, por favor sé fuerte!. Debes huir, deben salir de aquí. Sabíamos que podía ocurrir y los preparamos para esto. No mires atrás. De ustedes depende la supervivencia de nuestra raza. Son nuestra esperanza. No vuelvas atrás. Recuerda nuestra enseñanza, recuerda tu entrenamiento, tu aprendizaje. No olvides: éste es "El Procedimiento"; debe ser así. Protege la nave y su contenido; es información vital, para ti, para ustedes, para la humanidad y para el lugar donde los enviaremos y esperamos que lleguen. Son nuestra esperanza. ¡Protege la nave y su contenido, hijo!. Cuídate y a ella, ustedes son nuestra esperanza… ¡te amo hijo!"

Las palabras resonaban esta vez con trepidante claridad en el pensamiento de Káhlen. Las mismas palabras que en varios otros sueños había percibido pero no lograba convertir en frases inteligibles que pudiese interpretar. Ahora las imágenes y sonido fueron más comprensibles. El rostro de su padre se hizo detallado: sus rasgos y gestos; su inquietud y angustia al hablarle.

Despertó transpirado, agitado como varias veces antes por el sueño vívido y, como en aquéllas también, lo repasó mentalmente. Pero en esta ocasión, lo hizo emocionado y feliz. Pensó: "¡Ya sé mi nombre!".

Afuera mientras tanto, la mañana era cálida, tras una noche de bastante nubosidad y húmeda. En el amanecer la condensación de vapor que caía en las hojas permitía que el calor se disipara.

El recorrido que les venía por delante no era difícil solo por lo extenso sino

además por lo variado y complejo del trayecto y terreno.

Kimjhé les había invitado aquella mañana para verlos, hablarles y compartir alimentos antes de su partida. Káhlen, Rjan y Zéjel, llegaron puntuales a la cita y fueron anunciados.

—¡Dobra dan jóvenes viajeros! —fue el saludo del Kimjhé—Espero hayan descansado bien. Vengan, adelante. Sírvanse, hay alimento abundante y fresco.

—¡Dobra dan! —respondieron todos, a lo que Káhlen agregó—: Gracias Kimjhé por invitarnos y darnos el buen deseo antes de salir.

—No debes agradecer mi estimado Káhlen. Después de todo, lo que harán es una empresa que puede tener relevancia para todos nosotros, ¿no?

Entonces Káhlen decidió pedirle al anciano poder salir a una de las terrazas para conversarle en privado.

—Kimjhé —dijo Káhlen —, tuve otro sueño anoche… he visto cosas con más claridad.

—¿Deseas contarme de ello?

—Por supuesto. Mi confianza está en ti, lo sabes.

—Gracias por algo tan valioso. Dime entonces.

—Bueno, fue como otros sueños. Creo ver a mi padre y, como otras veces, me da instrucciones; pero esta vez logré solidificar las frases, clarificarlas e interpretarlas.

—¡Qué bien! Me alegra mucho. Eso quiere decir que los mensajes de tu interior están hallando una salida. Eso habla bien de tu saneamiento no solo físico, de tu cerebro, sino de tu ser interno.

—Sí, yo siento exactamente eso. Quisiera hacerte saber los mensajes que entendí.

—Mi querido Káhlen, estoy para escucharte. Lo que ya hayas decidido decirme, lo oiré con atención. Sé que es lo preciso, no más.

Káhlen, con una sonrisa asintió lo dicho por el sabio anciano y respondió con serenidad.

—Me vi junto a mi padre y otras personas. En la misma nave que ya te había contado antes. Vi que por alguna causa debimos separarnos; mi familia, nuestras familias y, yo junto con mi compañera. Nos dejaron salir,

huir, escapar de ese sitio que era un lugar donde estábamos en peligro. El mensaje fue contundente y urgente: debíamos protegernos y salvarnos, por nosotros y por la supervivencia de mi raza. Luego, el sueño se difumina y despierto cuando todo se tornaba un caos.

—Vaya… más que interesante todo. No me sorprende en todo caso. Es mi convicción y la de muchos, que tú eres alguien especial Káhlen. Y que en ti hay algo que nos involucra a todos.

—¿Por qué Kimjhé? ¿Por qué sueño eso y, por qué crees eso de mí?

—Creo que, lo que tu interior te dice es, no solo un mensaje en un sueño mi amigo.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

—Digo que el sueño no es solo eso: "un sueño". Creo más bien que son imágenes de hechos reales que viviste que quedaron en tu memoria y que aparecen. Lo que ves, lo que oye, fue así. Y, creo que efectivamente eres una salvación por algún motivo para tu raza y quizá para más incluso.

—Kimjhé —reflexionó Káhlen mientras se apoyaba en la baranda que daba al bosque—, es lo que pienso y siento. Y de pronto me ha venido algo de temor respecto de lo que pasó y de lo que está sucediendo o sucederá. Siento que… —Kimjhé interrumpió:

—No digas todo lo que sientes o crees o piensas mi amigo. Si un asunto o sentir no lo tienes claro por completo o resuelto en ti, es mejor que lo guardes para un mejor momento. Eso sé que lo sabes muy bien.

—Sí, lo sé. Guardaré por ahora mi sentir y percepción respecto de todo esto. Esperaré como avancen los hechos, sobre todo ahora que podré ir en la búsqueda de mi nave y mi compañera. Pero, hay algo que sí deseo compartirte, hay algo más.

—Si lo decidiste así, te escucho.

—¡Mi nombre, amigo mío! ¡En el sueño recordé mi nombre mientras mi padre me hablaba! Me llamó por mi nombre —sus ojos comenzaron a navegar en lágrimas de emoción.

—¡Qué bien mi amigo! ¡Te felicito! Un nombre es más que un identificador, es una puerta y de seguro lo sientes así. Felicidades mi amado, le dijo mientras lo tomaba con afecto por sus hombros.

—Sí, me emociona y alegra —dijo Káhlen—. Y también lo veo como una "puerta". Junto a mi nombre sé que llegarán otros datos vitales para mí. Solo debo pedirte, aunque no debe ser necesario en realidad, que me

ayudes a mantenerlo en reserva. Por ahora es mejor. Y, debo confesar que me siento bien siendo “Káhlen” —concluyó y sonrió.

—Eres “Káhlen” hasta cuando decidas —respondió alegre Kimjhé y le invitó a entrar otra vez al salón—. ¡Vamos, debes comer algo antes de partir!—le dijo.

Una vez que los viajeros hubieron comido y conversado positivamente del viaje, se aprestaron a salir.

Kimjhé dispuso que una guardia de Lewéis les acompañara en el trayecto desde las afueras del Monasterio hasta la orilla sur del río Pjesma. Antes, sobre la escala de bajada, les habló y les dijo:

“Amados míos: Que su esfuerzo, valentía y voluntad sean recompensados con el éxito. Con hallar lo que buscarán y con un retorno en paz y sin obstáculos y, de haberlos, que tengan la sabiduría y fuerza para superarlos. Que Newen-Snaga sea su guía”.

Los tres al unísono agradecieron y dieron la vuelta para comenzar la travesía. Cada uno con el compromiso de cumplir una misión vital y de ser compañeros de apoyo mutuo.

—Deseo agradecerles en este momento, una vez más y con toda sinceridad, por estar conmigo y por acompañarme —les dijo Káhlen a sus dos socios de viaje a medida que descendían por las escalinatas.

—Creo que esto valdrá mucho más que una fruta —respondió Zéjel mientras sonreía.

Rjan, optó por no responder, pero sí mostrarse agradada por las palabras de Káhlen y sonriente.

Los tres bajaron el monte cargados con morrales a la espalda. Káhlen adicionalmente, portando su riñonera negra. Zéjel una vara en su mano y su intercomunicador colgado al cuello. Rjan el suyo dentro del bolsillo de su chaqueta de cuero, además de sus espadas en el cinturón y también en su espalda. El viaje había comenzado y el destino y éxito del mismo era incierto.

Los guardas Lewéis les acompañaron hasta la orilla misma del río, varios metros ya distantes del Monasterio. Después de unos metros más de ruta, Rjan indicó con su mano que ése era el lugar y desde allí comenzaron a cruzarlo con facilidad pues, el caudal era bajo, había piedras de buen tamaño para pisarlas y era el sector más angosto. Todo ideal para lograr el objetivo de alcanzar la ribera sur.

***

Tänkefil

El “Señor Juez” era un personaje muy reconocido y respetado en la Grad. Con sus 72 años a cuestas, su complexión gruesa y sólida en 1,70 centímetros de altura, daba apariencia tosca e imponente. En su familia, también conocida como los “Tez Morena”, prevalecían los profundos ojos negros, el pelo del mismo color y ondulado y, las manos grandes. Las mismas que en el caso de Tänkefil, parecían sostener sin ningún problema de espacio ni peso los libros del Lew o los discos magnéticos internos que contenían vitales archivos y que él prefería siempre cargar, extrayéndolos de los computadores desde Casa de la Justicia aun cuando muchas veces sus asesores y familia le habían dicho que podía llevar la misma información en los dispositivos portátiles que tenían igual capacidad de bytes pero con menos peso y tamaño.

Tal vez su tozudez tenía raíz, como él mismo la tenía, en la ascendencia y linaje del cual era tan consciente y orgulloso. Los Tez Morena llevaban casi cien ciclos siendo el linaje Jhutzí predominante. Habían conseguido granjearse el respeto y favor tanto de la ciudadanía como de los otros líderes, por su exhaustiva labor en el permanente mejoramiento de su cuerpo legislativo de normas y leyes. Asimismo, fueron propulsores de importantes cambios que implicaron reformas en varios aspectos del vivir en el planeta: desde relativos al gobierno central hasta situaciones cotidianas de índole secular: de negocios, tratos, e incluso relaciones personales e íntimas. Fue éste un período difícil, por cuanto la sociedad cayó en serios desvíos de sus altas normas de vida originales. Aquél tiempo fue oscuro y los cambios judiciales impulsados por los Jhutzí encabezados por los Tez Morena, fueron llamados la “Gran Reforma Legislativa”. Hechos, y posteriores consecuencias de los mismos, que generaron descontento en muchos por sentirse invadidos en su privacidad y en su derecho de vivir su propia vida con libertad. Muchos vieron a partir de esto, a los líderes de las castas como regentes dominadores y ejecutores. Aquello implicó un cisma en la civilización Zemáh y el ulterior resultado: la expansión y diseminación de la sociedad que llevó a varios a alejarse del centro cívico y buscar su vida afuera; desde las zonas vastas del valle norte hasta más allá, donde muchos jamás fueron. Estos sucesos acaecieron hace casi mil años atrás y es una mella en la culta, prolífica y elevada sociedad de habitantes de Izvor.

Por lo mismo, a los Jhutzí, y en particular a los Tez Morena, se les consideran jueces justos pero muchas veces con exceso de celo; duros.

Aun así, otro vital legado y motivo de reconocimiento en la comunidad hacia ellos, ha sido su aporte como historiadores. A través de los ciclos fueron generando, sucesiva y gradualmente, registros, crónicas y relatos que con el tiempo se compilaron y conformaron la historia “oficial” de

Izvor, como planeta y como civilización.

Dicha historia fue escrita por mano, a la vez que transmitida oralmente de generación en generación. Pero con el avance tecnológico con que nació la sociedad Zemáh, todos los documentos fueron traspasados a archivos virtuales que eran el respaldo de los grosos libros que llenaban las bibliotecas; particularmente la Biblioteca del Monasterio, que se convirtió en el centro de investigación para todo el que procurara aprender o recordar, de fuente fidedigna, la historia.

El Señor Juez no era excepción en ser conocido, como lo fue su ascendencia antes que él, como un gran historiador. Y, se le atribuye junto al Maestro Bozidar, la proliferación de exploradores y documentalistas que proveen a la Biblioteca del Monasterio de información permanente y actualizada respecto de la geografía y biología de Izvor; fauna, flora, foresta, vida silvestre en general; sus ciclos fluviales; astronomía y astrología; y demás conocimientos relativos al planeta.

En sus quince años como líder de los Jhutzí, no ha debido enfrentar graves situaciones, pero se mantiene alerta. No quiere que en su período haya mínima mancha para él, su familia o su linaje. No soportaría que se le inculpara por un suceso no esperado o para el cual no tuviera una respuesta sólida ni un plan de acción eficaz.

Tänkefil desea dejar un legado de reconocimientos y de orgullo a su hijo; un prominente hombre de leyes y, en especial a su nieto, quien no tendrá chances de elección, pues para los Jhutzí, sus descendientes deben perpetuar su linaje y deberes sin reparos. Y aún más importante para Tänkefil, es preservar y resaltar su nombre como la familia de más extenso período liderando la casta especial que aseguran ser; la que se preocupa de fortalecer y proteger la ley y la justicia.

***

La Expedición.1

Llevaban ya varias horas de trayecto por la orilla sur, siguiendo la bajada del Pjesma. Rjan había optado por seguir esa ruta para hallar un mejor lugar por donde subir la ladera de la colina y llegar arriba, al valle central denominado Tärket. A medida que habían recorrido todo ese trecho, no habían localizado indicio alguno de elementos que el río hubiera arrastrado, ya fuera de nave, o menos de persona.

—No pensé que usaban pantalones también—Dijo Káhlen mientras reía al mirar a Zéjel vestido con camisa de saco de mangas anchas y un pantalón de la misma tela, sujeto en las pantorrillas por tiras que subían desde sus

sandalias.

—No es gracioso Káhlen —respondió Zéjel—. Nuestra indumentaria es cómoda para los deberes del Monasterio. Afuera, como el lógico, necesitamos estar más aptos para nuestras expediciones, como éstas. Por eso voy con pantalones, calcetas y sandalias.

—sonrisas y palmoteos de ambos—¿Qué esperas hallar Káhlen? Digo, siendo realista.

—Espero encontrar algo que confirme mis recuerdos vagos, mis sueños. ¡Una nave, por qué no!

—¡Y la chica, seguro!—dijo Zéjel mientras sonreía, a la vez que Rjan, que llevaba la delantera, volteó con sutileza.

—Claro, ella es primordial —dijo Káhlen—. Y no pienses nada extraño. Ella podría ser, mi hermana...

Entonces Rjan interrumpió:

—¿Eso es lo que sientes que ella es?

De pronto y antes que Káhlen pensara responder, un ruido les hizo ponerse alerta. Rjan pidió silencio a la vez que se agachaba y Zéjel se echó de bruces al suelo cubriéndose de hojas del bosque. Káhlen lo imitó. Quedaron por unos instantes inmóviles, hasta que de entre los arbustos salió un enorme cerdo salvaje que sin hacer mucho más alboroto, salvo olfatear el entorno, continuó su camino.

—Encontraremos más bestias imagino en el bosque —dijo Káhlen un tanto incómodo.

—¿Qué pasa? ¿El gran viajero espacial le teme a los animales?—le respondió burlonamente Rjan, seguida por Zéjel.

—No, no se trata de eso. Es solo que no me hace sentir cómodo saber que puedo toparme con “algo” sin estar preparado o sin un arma. Siento que, no sé nada de ellos, ni de cómo protegerme o enfrentarlos. Quizá olvidé también cómo es convivir con animales. Es solo eso.

—¿Sabes algo, amigo? Eso que dices lo observé —dijo Zéjel mientras se sacudía las hojas.

—¿Qué cosa? —respondió extrañado Káhlen.

—Tu comportamiento ante la naturaleza. En tus días en el Monasterio y en estas horas caminando por la orilla del Pjesma, te vi sorprendido,

fascinado, disfrutándolo todo. Extasiado diría ante ella, como si…

—¿…como si la extrañara? Obvio, quizá llevo mucho tiempo viajando y perdí esa relación.

—No iba a decir eso —contestó Zéjel.

—Lo que él intenta decir —agregó Rjan—es que pareces alguien que nunca hubiera estado cerca de la naturaleza: aire, bosque, ríos, montañas, animales. Pareces un niño conociendo el mundo. O quizá en el tuyo esto no existía.

—La verdad: No lo sé. —respondió melancólico.

El camino se hacía más empinado en la medida que se alejaban de la orilla del río y proporcionalmente era mayor la espesura de hierba y vegetación. El trayecto les tomó un par de horas hasta que lograron llegar a la altura necesaria donde les recibió el pequeño valle central Tärket que, al cruzarlo les internaba en otro bosque, uno de árboles enormes y frondosos; que de todos modos dejaban visualizar las muchas hojas que ya acolchaban el suelo.

Aquel bosque tenía una extensión cercana a un día de camino. Era el hábitat del Fengio (de ahí su nombre) el ave predilecta y símbolo de los Lewéis.

—Nos adentraremos en el bosque del Fengio. Allí seguiremos camino unas horas y descansaremos por hoy —indicó Rjan, mientras tomaba un respiro y miraba, por su Metalejo Digital, hacia las montañas más allá del bosque.

—¿Haremos campamento ahí? —preguntó Káhlen.

—Sí, no tengas miedo, no te comerá ninguna bestia salvaje —dijo Zéjel, riendo—. Además estaremos muy bien vigilados por los Fengios.

—¿Y los Fengios… son? —preguntó Káhlen con algo de disgusto por las burlas.

—Son nuestros seres de la sabiduría. Son nuestros guardianes nocturnos. Los que custodian a todo su alrededor para escudriñar y proteger el conocimiento —respondió Zéjel haciendo gestos para enfatizar cada expresión.

—¿Son? —insistió Káhlen.

—Son las aves que viste en el Küdell, en la silla de Kimjhé y en la tela que cae del techo del Salón —respondió Rjan presurosa por acabar con el

tema.

—También se le conoce por otros nombres —añadió Zéjel—. El más común es Búho Real o Búho Azul, aunque en el bosque hay muchas otras especies y variedades. Son hermosos.

—Bueno, si he de creer lo que dices, espero que nos vigilen… y nos ayuden. No olviden estar atentos a cualquier cosa que pudiera ser indicio de una nave—dijo Káhlen y levantó su bolso para colgarlo en su espalda y seguir a Rjan que ya había reiniciado el paso.

Esa tarde de caminata por entre el bosque de los Fengios permitió a Káhlen disfrutar de las últimas suaves brisas veraniegas que aún recorrían esa zona. Se sentía feliz con el crujir de los enormes árboles, el roce de las ramas, los sonidos de pajarillos que rodeaban todo y por pisar el suelo tachonado de hojas secas. No dejaba de llamarle la atención el hecho de que nada de aquello le resultara familiar o le trajera algún recuerdo de vivencia infantil.

Zéjel mantenía siempre una distancia prudente de él, casi como si quisiera resguardarlo de sufrir algún tipo de accidente. Mientras, Rjan, caminaba como líder de la expedición, siempre adelante, haciendo el camino, pero sin jamás perder atención del entorno ni de vista a sus compañeros. Estaba alerta.

El atardecer se hizo pronto. Como solía ocurrir ya en esa época del ciclo anual. Rjan procuró un lugar preciso donde poner un campamento nocturno y, mientras Zéjel buscaba leña, ella y Káhlen comenzaron a conversar a medida que levantaban la tienda.

—Eres muy buena como exploradora —dijo Káhlen.

—Gracias. Pero solo nos hemos alejado un día del Mahésvetac. ¿Poco para ser evaluada no?

—Es probable, pero no todo lo evalúo en virtud del tiempo, sino también por hechos concretos: la seguridad que demuestras en tus pasos; el conocimiento que posees de la zona; y, porque estás muy alerta a todo aun cuando pareces distante caminando como líder.

—¿Eres siempre tan cuidadoso en fijarte y observar a alguien, o solo porque soy mujer?

—Ambas son correctas —respondió Káhlen y esbozó una sonrisa que fue devuelta con agrado por Rjan.

—Dime Káhlen —era primera vez que ella lo llamaba por su nombre—, ¿es

cierto que esperas hallar tu supuesta nave y que venía una chica contigo?

—Me sorprende esa pregunta. ¿En serio decidiste venir con nosotros, conmigo, a hacer esta travesía, ocupar de tu tiempo valioso de guerrera, sin creer en mi historia?

—Bueno. Por una parte era mi deber, como Ráknizi. Por otro lado, no tengo certeza de si tu historia es genuina. Sé muy poco de ti como para depositarte mi confianza absoluta. Sin embargo, reconozco que dos cosas me motivaron: primero; el que el maestro Kimjhé crea en ti y en tu versión y, segundo; que me intriga saber qué pasará y qué significado tiene todo esto para mi mundo y mi gente. Si tu cuento resulta cierto.

Un silencio los cercó y miradas de inquietud y de interés mutuas.

—¡Vaya! ¡Estuvo difícil cortar los leños! Ya no están secas las ramas —llegó exclamando Zéjel.

—Bueno, parece que las señales son claras: se aleja nuestro verano —dijo Rjan distanciándose del lugar.

—Ya oscurece. Encenderé una fogata y calentaremos comida —dijo el siempre entusiasta Zéjel.

Los tres viajeros se sentaron frente a la fogata, cada cual con su vianda de comida y cantimplora con agua. La conversación fluyó, mientras los Fengios ululando se añadían al sonido ambiente nocturno del bosque.

—Me gustaría preguntar —dijo Káhlen—a riesgo de ser agredido verbal y físicamente —sonrió—: ¿Por qué hicimos el trayecto de esta forma? ¿Quizá debimos iniciarlo donde me encontraste Zéjel, no? Estábamos cerca de esa zona.

—La que manda es ella —dijo Zéjel mientras gesticulaba lavarse las manos.

De pronto y como si su cerebro diera un latigazo eléctrico, varias imágenes pasaron por la cabeza de Káhlen. Un nuevo flashazo le dio de golpe: su madre apareció en su mente y haciendo preciso ese gesto que le vio hacer a Zéjel: simulando lavarse las manos mientras reía y corría escapando de él, entonaba frases sin rima pero con una bella y melodiosa voz: “Yo no fui. No lo tengo. Yo no fui”, cantaba. Su padre estaba observando junto a otras personas que conversaban y disfrutaban el momento. Al final, ella dejaba que el pequeño la alcanzara y fingía sacar de la propia espalda de él, el juguete que era motivo de la búsqueda: una pequeña nave blanca y gris.

—¡Káhlen! ¡Káhlen! ¡Eh, amigo!

—¡Dale un buen puñetazo Zéjel! Seguro así "vuelve" —dijo Rjan no muy convencida del estado de abstracción de Káhlen.

Entonces Zéjel se puso frente a Káhlen y dio un fuerte aplauso directo ante sus ojos. Káhlen reaccionó.

—¡Qué! Perdón. Lo siento, yo… no sé, fue un recuerdo imprevisto.

—¡Ah qué bien! ¡Vamos cuenta, cuéntanos de qué se trató! —dijo efusivo Zéjel, mientras Káhlen todavía no volvía del todo de su emoción.

—Déjalo Zéjel, no presiones. Seguro fue algo fuerte —dijo Rjan, mucho más templada esta vez, quizá por notar lo conmocionado que quedó Káhlen, lo cual se veía en sus ojos humedecidos.

—Disculpen chicos un momento —dijo Káhlen y se levantó para alejarse unos metros más allá. Quiso el espacio y tiempo para desahogarse, quizá sollozar. De cierto modo, había instintivamente reprimido mucho de su dolor y pena producto de su amnesia, procurando mantenerse optimista y firme. Pero este recuerdo de su madre jugando con él de pequeño, lo conmovió en extremo y le obligó a preguntarse: "¿Por qué estaba ahí, en ese planeta y cómo llegó? ¿Dónde quedaron sus padres? ¿Aún vivirían?¿Por qué no estaba esa chica junto a él cuando lo hallaron? ¿Qué le sucedió y, quién era? ¿Llegaría de verdad a las respuestas de todas las cuestiones que lo envolvían en tanta incertidumbre? ¿Tendría ella esas respuestas?". Todas estas interrogantes, cada vez más y más comenzaban a atormentarle. Su mente era una computadora procurando hallar bytes de memoria de archivos extraviados, desfragmentados e intentando armar cada fichero del modo adecuado y correcto. El dolor de cabeza volvió muy intenso y comenzó a sudar y desesperar. Entonces, repentinamente oyó unos movimientos de hojas. Les prestó atención con esfuerzo y sintió un escalofrío. Sin más tiempo de por medio, una bestia se abalanzó sobre él. Káhlen solo atinó a intentar bloquearlo con su brazo derecho y sintió unos dientes raspando su mano y un rasguño de garras en su brazo. El gruñido pasó cerca de su oreja. Káhlen tras el grito de dolor, cayó hacia atrás y pudo ver que el animal no se detuvo y siguió su carrera. Sin pensar demasiado en la sangre de su extremidad, procuró levantarse para estar preparado ante una posible nueva embestida pero, entonces llegaron Rjan y Zéjel, avisados por el bullicio.

—¿Káhlen estás bien? —preguntó preocupado Zéjel, mientras le ayudaba a levantarse.

—Tranquilo, ya no volverá —aseguró Rjan que se mantuvo cerca y vigilando el derredor, mientras sostenía en su mano derecha la espada

que traía en su espalda.

—No sé qué pasó —dijo Káhlen —. Yo solo estaba acá y de pronto se me vino encima “algo”. No alcancé a ver siquiera qué me atacó.

—Por las huellas y el destrozo en tu camisa y rasguños, es probable que fuera un Ljnz; Gato de Bosque digamos —dijo Rjan—¿Te hizo algún otro daño?

—Estoy bien, no te preocupes —dijo Káhlen—. Solo fueron rasguños. Me siento bien pero muy agitado. Mi corazón a mil.

—Creo que no te atacó en realidad para matarte, de otro modo hubiera vuelto —dijo Zéjel—. Lo más probable es que estuviera buscando alimento, del que sí come, y solo te vio como un enemigo temporal al que quiso advertir.

—¡Vaya! Buen consuelo saber que no fui el alimento que buscaba “este animal”, “ahora” —dijo Káhlen mientras e sacudía—. De todos modos, parece que soy hecho para generar enemigos a los que no conozco ni recuerdo haber dañado.

Luego de unos instantes para recomponerse, volvieron a la fogata, donde Rjan y Zéjel atendieron las heridas de Káhlen y le reconfortaron.

—Toma esta sopa Káhlen —ofreció Zéjel—es de las preferidas del maestro Bozidar. Te gustará y hará muy bien.

—Ten “stránci” —decía Rjan, mientras cubría con su manta la espalda de Káhlen—. Ponte esta manta en tu espalda. En la noche baja helada desde la montaña y no queremos que te enfermes.

—Es la primera vez que me llaman así: “stránci” y que no me molesta —respondió Káhlen sonriendo a Rjan y agregó—: Gracias Zéjel, eres un gran muchacho y amigo.

Rjan tomó el brazo de Káhlen. Primero le vertió agua limpiándole, para luego hacerlo con otro líquido de un frasco que portaba.

—Este es nuestro milagroso “Qüyachi” —le dijo Rjan—. Es lo que llevamos cuando vamos de exploradores para nuestras heridas. En poco tiempo nos devuelve la piel, regenera la sangre y nos hace poderosos —le sonreía mientras frotaba con el ungüento el brazo de Káhlen.

—Ok. Creeré tanto eso, como tú mi “cuento” —le respondió Káhlen y todos rieron.

Conversaron un tiempo más y luego agotados durmieron para recuperar energías en vistas al laborioso siguiente día de búsqueda que se les venía.

***

Capítulo 2

En la Grad

Una relativa tranquilidad se vive en la Grad. Sus calles y bullicio son los de un día normal. El común de sus habitantes vive en paz, sin privaciones excepcionales. En general sus vidas son calmadas y tienen lo suficiente para sostenerla y disfrutarla. El centro mismo es el espacio de intercambios y trueques de víveres y otros artículos; se mantienen ocupados en sus quehaceres y no tienen conocimiento de que un ser venido desde el espacio exterior, está intentando hallar la nave en que vino. No saben que quizá entre uno de ellos esté algún otro similar. Lo único que les genera algo de temor es lo que sí saben: que en pocas semanas, se avecina el tiempo de invierno; el frío, la lluvia y con ello la cada vez más cercana batalla. Confían en que nunca verán en sus propias puertas una masacre.

Borna, ha dispuesto todo el dispositivo de seguridad en el perímetro que rodea a la ciudad central. Soldados de alto entrenamiento y con equipamiento militar fueron apostados para ser barrera contenedora en caso que las fuerzas enemigas lograran avanzar hasta ese mismo punto. Una realidad imposible siquiera de imaginar para todos los Zemáh. La batalla la saben muy lejos de ahí; a muchos kilómetros de su ciudad y hogares. Como líder Ráknizi, Borna cuenta con la confianza absoluta y el respeto venerador de todos los Gradíes. Se sabe importante y le gusta esa sensación. Ha venido a la Grad a supervisar personalmente que "la zona cívica" no tenga perturbación alguna. Tampoco cree que alguna vez la batalla llegue ahí, pero sí sabe que las últimas veces los stránci han ido ganando espacio batalla a batalla. Si no fuera porque los "stránci" deben abandonar sus puestos de avanzada conseguidos, cada vez que el invierno de manera inevitable y, para nuestra fortuna, se acaba, otra historia podría estar siendo contada.

—Cuénteme Teniente, ¿alguna cosa diferente a lo normal, que me deba informar?

—No, mi señor Borna. Todo muy calmo y en control.

—Así veo. Es bueno sentir que los tuyos están seguros. ¡Permanezcan atentos! Y, siempre ténganme al tanto.

—¡Así será, mi señor!

Borna, se despidió del Jefe de la patrulla de vigilancia y se alejó para hablar por su comunicador.

—Gvözden: ¿Dime si me recibes?

—Sí, mi señor Borna. Recibo a la perfección. La señal está en buen estado. ¿Ud. me escucha bien?

—Sí. Recibo bien. ¿Ya están de retorno? ¿Cómo fue con la misión?

—Así es, vamos de regreso. Hemos terminado de ubicar los vehículos de carga de armamento en la zona Este bajo el Épbron. También dejamos un equipo de guerreros que vigilará por turno el primer paso desde el cordón montañoso. El clima está comenzando a empeorar. Se ven los picos de las montañas con inicios de agua cristalizada. Pronto vendrá la nieve.

—¡Perfecto! Buen trabajo. ¿Respecto de la "otra misión" ha habido alguna novedad? ¿Rjan se ha comunicado para dar algún reporte?

—No así mi señor. Solo nos ha estado dando información permanente de su ubicación, por su localizador personal. Pero ningún envío de novedades ni de datos de ninguna clase, hasta ahora.

—Comprendido. Muy bien Gvözden, nos vemos en la Fortificada dentro de unas horas. ¡Comando Fuera!

—Así sea mi señor. ¡Comando Fuera!

***

La Expedición.2

El nuevo día, menos cálido que el anterior, ya se abría paso en medio del bosque de los Fengios. Cada mañana la luz luchaba por entrar a través de los frondosos árboles y desde entonces, muy temprano, los tres caminantes ya habían iniciado su avance.

—¿Puedo preguntarles algo? Lo mismo a ambos —dijo Káhlen, mientras apuraban el paso

—Sí, claro —respondieron.

—Bien. ¿Por qué "son" lo que son? ¿Por qué "hacen" en su vida diaria lo que hacen? ¿Cómo llegaron a "ser" lo que son? ¿Herencia y tradición

familiar? ¿Gusto o decisión propia?

Rjan y Zéjel se miraron y entre sonrisas y gestos de extrañeza comenzaron a responder:

—Bueno yo —dijo Zéjel—, “soy lo que soy” por mi familia, por su legado. Ellos me transmitieron este amor al servicio Lewéis y la vocación por ser uno de ellos. Además de las conversaciones con mis amados maestros, quienes me han mostrado por sus vidas y sus experiencias, que esto es lo mejor para mí. Soy feliz siéndolo. Mi padre lo fue y…

—Tu padre… ¿Táboras, no? De la familia de Theós—interrumpió Káhlen.

—Bueno, sí —dijo muy sorprendido Zéjel—; Él. ¿Pero cómo pudiste recordarlo? Te lo dije solo una vez y muy a la pasada.

—Ah bueno, solo lo recordé —dijo Káhlen, procurando no darle demasiada importancia—. Y dime Zéjel: Dices que eres feliz haciendo con tu vida esto, pero ¿pero estás convencido de que es “felicidad” lo que sientes y no una complacencia hacia tus antecesores y maestros, por cumplir lo que ellos “esperaban” de ti?

Rjan quiso intervenir.

—¿Pero, cuál es tu propósito con esto Káhlen? ¿Acaso quieres confundir al muchacho?

—No, no, por supuesto que no.

—No te preocupes Rjan —se adelantó Zéjel—, no me confunde ni mucho menos. Déjame responderle. Yo amo lo que hago mi amigo y estoy seguro que es para lo que nací, lo siento dentro de mí. No hay dudas.

—Lo creo Zéjel —dijo Káhlen—. ¿Has vivido otra vida distinta de lo que llevas haciendo en el Monasterio desde los… ocho años digamos?

—Seis, desde los seis años mi amigo —respondió Zéjel—. Y no; no he vivido otra vida, pero eso no quiere decir que…

—¿Y con el fin de cumplir tu designado futuro y ser “feliz” por ello, harías todo lo que te instruyeran tus maestros? ¿Todo?

—Pues, claro —dijo Zéjel

—¿Y si lo que te pidieran fuera de bajo nivel moral o chocara con tus valores propios y hasta con lo que es justo y bueno; lo harías?

—¿Y tú Káhlen? —intervino de nuevo Rjan justo cuando Zéjel abrí la boca—, ¿Sabes si en tu vida hiciste mucho más que ser un cosmonauta? ¿Si fuiste feliz?

—Es una muy buena pregunta Rjan —reconoció Káhlen—. En verdad, tal como muchas cosas de mí y mi vida, no lo sé: si fui feliz, lo olvidé también. Y por eso, por lo mismo, converso así con ustedes. Ahora, falta tu respuesta, no creas que olvide que no has respondido.

—Bueno, yo…. Soy una guerrera. Una exploradora. Es lo que hago y lo hago bien. Me satisface y… ¡Suficiente!

Káhlen sonrió y Zéjel dijo:

—¿Ves amigo? todos estamos donde debemos estar y somos lo que debemos ser y hacemos lo que nos toca hacer. ¡Vaya que trabalenguas me heredaste! En fin, como dijo ella: es suficiente — y rió.

—¿Lo es? De acuerdo—dijo Káhlen y miró a los ojos de Rjan que bajó la mirada.

—Pero dime Káhlen ¿cómo recordaste el nombre de mi padre y de mi familia? —preguntó Zéjel.

—¡Fue solo acierto muchacho! —dijo Rjan y Káhlen asintió.

—Exacto, solo lo lancé y le atiné —repetía Káhlen.

—Vamos, dime la verdad ¿lo recordabas?¿Acaso recuerdas el nombre del padre y familia de mi amigo, con quien te visité esa mañana?

—Te dijo que fue solo acierto fortuito, no es tan capaz este stránci —insistió Rjan procurando molestar a Káhlen.

Káhlen que caminaba justo al lado de Zéjel, se detuvo y le respondió:

—Dalíb, hijo de Fórias, de la familia de Lotayén—y prosiguió su marcha, dejando atrás incluso a Rjan que quedó mirándose con Zéjel, ambos muy sorprendidos.

—¡Vaya que Señora Memoria tienes! ¿Cómo lo haces? Tienes un don mi amigo —dijo Zéjel—. Yo si pudiera usar así mi memoria no haría sufrir tanto al maestro Bozidar al no recordar lo nombres de estrellas y muchas cosas que nos enseña del universo —rió al decirlo y contagió de su risa a los demás.

En la misma medida que avanzaban iban visualizando con mayor nitidez que a unos cientos de metros más adelante, ya saldrían del bosque,

acercándose a un nuevo paisaje: el valle transversal que sería su último tránsito antes de chocar con el cordón montañoso que habían venido visualizando desde un día atrás.

Así, ya atardeciendo, luego de unas diez horas totales de camino desde que salieron del bosque, los viajeros llegaron de frente a los mismísimos pies de las imponentes montañas azules del Épbron.

—¡Es maravilloso! —exclamó Káhlen—. Sobrecoge lo hermoso e imponente de este lugar.

—Lo es, como todo Izvor. Una joya en el espacio —dijo orgulloso Zéjel.

—Creo que sería bueno descansar y pasar la noche por acá —dijo Rjan—. Podemos levantar una tienda bajo aquellas rocas que dan forma como de cueva. Se ve un lugar cómodo y seguro. Lo verificaré. Además está cerca del riachuelo que nos dará agua para cocer ahora y refrescarnos mañana antes de salir.

—Usted manda, ya sabemos —dijo Káhlen—. Yo iré a buscar algo que sirva de leña.

—¡No, no! —se apresuró Zéjel—. Mejor quédate acá y ayuda a Rjan con la tienda. No repitamos el episodio de anoche en el bosque de los Fengios.

—¡Muy bien, muy bien! Dijo Káhlen —mientras Rjan y Zéjel sonrieron.

Tras un rato, tenían el campamento armado y una buena fogata. La noche oscura ya, se sentía cada vez más fría encima de sus cabezas. Y Ronha y Ténja llenas, ambas lunas redondas como tortillas en sartén, reflejaban una luz tenue que a duras penas lograba traspasar los nubarrones que cerraban el cielo.

Mientras descansaban y comían, les acompañaban sonidos de insectos revoloteadores, el arrullo del riachuelo y lo que parecían aullidos de lobos o quizá perros salvajes a lo lejos.

—¿Qué es lo que más se repite en tus sueños Káhlen? —preguntó Zéjel.

—Bueno, las imágenes más frecuentes son de la nave, mi padre, sus órdenes y…

—La “chica” —agregó Rjan—, la que dices que es tu hermana, ¿no?

—Sí, ella. Pero no sé si sea mi hermana, es que la veo siempre como una chica adolescente. Solo supongo que somos algo muy cercano. Esa

sensación tengo.

Zéjel tenía la intención de seguir preguntando por los recuerdos de Káhlen, pero éste anticipándose al hecho de quedar expuesto a responder y profundizar en su viaje y venida, desvió el tema a algo que le interesaba en verdad conversar.

—¿Qué es HLadno? ¿Quiénes están allí? Y no me respondan que "es la zona fría", porque eso ya me lo han repetido unas cuantas veces y no es muy aclarador.

—Bueno es que es eso. Un lugar lejano, frío y dónde no vamos —dijo Rjan escuetamente.

—¿Por qué? —preguntó Káhlen.

—¿Por qué, qué? —dijo Rjan.

—¿Por qué es "frío"? —dijo Káhlen— ¿Por qué no van? ¿Por qué deben luchar contra sus habitantes? ¿Por qué son tan peligrosos?

—Y ¿por qué tendríamos que respondértelo? —dijo con cierta dureza Rjan.

—En algún minuto ustedes u otros tendrán que hacerlo, porque debo saber contra quiénes y por qué lucharé. Rjan y Zéjel se miraron.

—No te pediremos que luches Káhlen —dijo Zéjel

—¿De dónde imaginaste eso? —dijo Rjan

—Lo harán —dijo seguro Káhlen—. Por eso sigo vivo. Por eso me han ayudado y por eso Kimjhé y Wlatko forzaron en el Qübaldo para que viniera hasta acá en esta misión.

—¿Me dices que crees que nos enviaron pero no por tu nave ni tu acompañante, sino porque nos servirás de algún modo a nosotros? —dijo sorprendido Zéjel.

—¡Estás fantaseando! —agregó Rjan—no te necesitamos para pelear o vencer a los stránci de la zona fría.

—A ver —dijo Káhlen y se acomodó sobre sus piernas—: En primer lugar, no digo que no nos enviaran por mi nave ni mi compañera. Creo que sí en efecto lo hicieron. Pero eso fue un mandato de segundo nivel. El propósito era doble. Uno era aquél y, el otro; que me trajeran cerca de la frontera con la zona fría, donde estamos ahora. Esto permitiría primero, ponerme cerca de donde pudieran verificar si cometo algún error, traicionado por

alguna emoción o ansiedad que me delatara como espía o, por si hubiera cerca, otros semejantes a mí, enviados desde HLadno esperándome. De ser así la orden sería eliminarme antes que fuera un peligro mayor o potenciara la actividad espía o intentos de posicionamiento militar de los "stránci". De no serlo, de verificarse que no soy un espía, entonces, solo entonces, la misión adoptaría el sentido de explorar la zona por posibles indicios que fueran apoyo de mi historia: nave, compañera, etc.

—¡Increíble! No solo tienes buena memoria, sino una muy grande imaginación —dijo Zéjel riendo—. ¿Ahora nos dices que veníamos con la misión de descubrir si eras espía y de ser así, te mataríamos? —dijo lanzando una carcajada y mirando a Rjan, buscando en ella una mirada compañera. Pero, de ella... no recibió nada. Entonces, luego de un silencio frío y de segundos eternos, Zéjel cambió su ceño a uno de duda y temor y… entendió. Dijo a Rjan:

—¿Qué pasa Rjan? No me dirás que lo que dice Káhlen es cierto ¿verdad? Vinimos por su nave, su compañera ¿no? Vinimos para ayudarlo. ¿Rjan? ¡Respóndeme!

—Tú lo dijiste Zéjel —respondió Rjan—. Somos lo que somos y hacemos lo que debemos hacer, yo…

—¡¿De qué me estás hablando?! —interrumpió molesto y con voz alzada Zéjel—.Yo no soy un asesino, yo nunca le haría daño. Yo no podría.

—Por eso tú no eres a quien se le encargó esa parte de la misión, Zéjel, ¿no es así Rjan? —dijo Káhlen.

Rjan no dijo nada. Zéjel se levantó y se tomaba la cabeza.

—¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo lo supiste?! —preguntó Zéjel a Káhlen.

—Fui percibiendo varios indicios: la actitud recelosa de algunos líderes hacia mí en el Qübaldo; las conversaciones entre pasillos después, aquella noche. Observaciones sobre Rjan en días previos y, bueno, me quedó todo más claro anoche tras el incidente con el gato del bosque. El ¿Ljnz, no?

—Sí, así se llama —dijo un entristecido Zéjel—. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Rjan me defendió y lo hizo con la espada grande que traía en su espalda—respondió Káhlen.

—Y eso ¿qué implica? Aun no entiendo tu razonamiento—insistió Zéjel.

—Verás amigo: La primera vez que vi a un soldado, un Ráknizi, fue a Rjan junto a un hombre cuándo visitaron a Kimjhé. Entonces noté que Rjan

llevaba un cinturón de cuero porta armas, como el que lleva ahora, claro que ninguno llevaba armas, puesto que no se les permite en el Monasterio. Luego, mientras esperaba la decisión del Qübaldo, tuvimos una charla con Rjan quien estaba afuera. Ahí observé nuevamente su cinturón y esta vez sí portaba una espada mediana. Si es verdad que, como me dijo, venía de una expedición, con toda lógica esa espada bastaría, no necesitaba más armamento, pues conoce todo el territorio en derredor y también a las posibles bestias con las que se podría topar y cómo enfrentarlas. A lo que voy: la mañana que hemos salido hacia este viaje, Rjan venía, claro, con su funda o cinturón pero cargaba esta vez tres espadas: la mediana con la que le vi en el Qübaldo, la grande que trae en su espalda y una pequeña, adherida al protector de su antebrazo. Es decir, para un viaje que sería por un territorio que de seguro ha inspeccionado muchas veces, habría bastado la espada mediana que usaba siempre; solo si esto era una mera exploración... Esta vez, sin embargo, salió "especialmente" armada, lista para combate y de todo tipo: a distancia, cerca y, cuerpo y cuerpo ¿por qué? Cómo último indicio está el trayecto que hemos hecho, en vez de haberlo iniciado donde me encontraron, hemos caminado y recorrido distancia innecesaria y lugares lejanos a donde me encontraste, cuya lógica no merece mucho análisis. Todo evidencia que la prioridad no era "la expedición".

—Pero eso es una teoría —dijo Zéjel—ella pudo traer esas armas para protegernos de las bestias o de los stránci, tal como tú dices ¿no?

—Creo que ella puede responderlo mejor que yo —dijo Káhlen.

Entonces Rjan, que se mantuvo quieta y silente durante este lapso, se levantó y dijo:

—Ya lo ha dicho todo. Voy a tomar aire y agua—entonces se alejó.

***

—¡No puedo creerlo!—dijo Zéjel que caminaba en círculos.

—Cálmate amigo. No te desesperes.

—¡¿Cómo me dices que me calme si acabo de darme cuenta de tantas cosas que pasan a mí alrededor, en las que estoy en medio y que no sé ni controlo?! ¡He venido y soy parte de una misión que implica matar a alguien que conozco! ¡No lo puedo creer!

—Bueno, tú no tienes la culpa por nada. Yo lo sé.

—¿Culpa? Sí, claro que siento culpa. Culpa por ser tan absurdamente ingenuo, tonto de plano. Culpa por no ver más allá de las cosas, por creer

lo que me dicen sin más, sin cuestionar; culpa, mucha culpa.

—No, Zéjel. No la sientas. Eres muy joven, todos tuvimos alguna vez, esa ingenuidad de creer en lo que nos dicen, sobre todo los mayores.

—¡No lo sabes eso! ¡No recuerdas! —respondió con crudeza Zéjel— Disculpa, no quise… Lo que ocurre es que pienso en Kimjhé. Él, él… no puedo creer que él sabía esto ni que me dijera algo. Káhlen, él no lo sabía ¿cierto?

Káhlen pensó un momento, no por dudar de qué responder sino de si debía.

—A veces debemos hacer lo que pensamos que es debido o llevar a un límite ciertos asuntos para que la verdad salga y se revele, amigo mío.

—¿Me quieres decir más directo lo que es, por favor? Ya no quiero "deducir" —dijo frustrado Zéjel.

—Kimjhé sabe todo. De esto y de todo lo que pasa —respondió Káhlen

—Sabía que dolería tu respuesta.

—No juzgues apresurado, Zéjel. Cuando sea el momento podrás hablarlo con él. Solo aprende que no debes idealizar a nadie, porque todos pueden hacer cosas o tomar decisiones que podrían hacernos sentir muy mal.

—Deberé pensar y meditar mucho. Por eso me preguntabas si "haría todo" lo que me mandaran mis maestros. Qué torpe soy. Pero ¿Y tú? ¡Pareces más tranquilo que yo! ¿No te molesta todo esto? ¿Saber que te engañaron? Bueno, en realidad, por lo visto no lo hicieron. Pero saber que pretendían matarte ¿no te enfurece, no te deprime, frustra, ofende al menos?

—¡Pues claro, obvio! mi joven amigo ¡todo eso y más! —Káhlen asiente y toma con afecto de los hombros a Zéjel— pero, tengo claro que al menos por esta noche, muerto no estaré mientras pueda ser más inteligente que quien me odia. Y ese tiempo debo saber usarlo.

—Káhlen, quiero decirte algo. Ahora estoy seguro que puedes y debes tener información más concreta respecto de cosas que nos preguntas.

—El Maestro Kimjhé predica el no decir todo lo que uno cree y siente, lo sabes. ¿Por qué crees que tú deberías decir más?

—Te admiro Káhlen, no sé de dónde vienes, ni para qué. Quizá es otra de mis estúpidas y absurdas convicciones juveniles, pero creo en ti y por eso

siento que debo decírtelo.

—Gracias mi buen amigo. Tú dirás.

—Quiero decirte dos cosas que creo importantes. Una es respecto del HLadno. HLadno, la “zona fría”, es así debido a nuestra inclinación planetaria, como hablamos con Bozidar en el Observatorio. Gran parte del año es invierno. Hay mucha humedad, bajas temperaturas e incluso hielos polares. El tiempo de verano allá dura un mes y medio menos que acá.

—Entiendo eso. Lo imaginé pensando en aquella conversación que recuerdas. Y ¿qué hay de la gente que vive allá, por qué fueron a vivir bajo esas condiciones? ¿O fueron desterradas?

—Lo que sucede es que no es “gente”. Quiero decir: no son como nosotros. Por eso les llamamos “stránci”. Son seres extraños, de afuera de Izvor.

—¿Dices que igual que yo, llegaron del espacio?

—Sí, hace ya unas décadas. En parte por ello la gran desconfianza en ti o el temor que generas. Los stránci se establecieron desde un primer momento allá. Les acomodó ese clima.

—Interesante (son hidrófilos, entonces —pensó). ¿Pero nunca hubo un acercamiento, una charla cuando llegaron o después?

—La verdad Káhlen, solo te digo lo que sé. Hay mucho que ignoro. La mayor parte de lo que sabemos en el Monasterio, los de la Grad, los civiles y todos, es la historia escrita que tenemos en nuestros libros, lo que nuestros historiadores han investigado y expuesto en las crónicas o libros de Izvor.

—No creo que debas seguir hablando más de eso Zéjel—dijo Rjan que apareció de pronto de vuelta.

—Y yo no creo que acepte lo que me digas en adelante Rjan —respondió seco Zéjel.

—Tranquilo Zéjel, no es necesario que le hables así. Ella solo “hace lo que hace”; es subordinada y obedece órdenes, como todos los que están bajo el régimen de soldado.

—Dime Rjan, ¿matarás a Káhlen? —golpeó Zéjel con su voz, a la vez que su morral contra el suelo— No, mejor no me respondas. El que quiere aire ahora soy yo —y se fue a caminar.

—Debes entenderlo. Es un muchacho, con la ilusión de un mundo ideal —dijo Káhlen—Y, te aclaro Rjan, que no busqué atacarte. Tampoco te juzgo. No te importe mi opinión.

Rjan rió burlescamente.

—No me importa. De hecho lo que yo opine también es irrelevante, después de todo "solo soy subordinada" ¿no? —lo dijo mientras caminaba hacia la orilla del riachuelo. Káhlen le siguió.

—¿Te molesta serlo? ¿Es lo que eres como Ráknizi, no?

—Lo que me molesta es el "cómo tú lo dices".

—Lo que he dicho es como lo veo. La respuesta a Zéjel entonces era un: "sí" ¿no es cierto? Que sí me matarías. ¿Pensaste que se te haría difícil cumplirlo?

—¡No me es difícil hacer lo que me mandan mis líderes! Confío en su criterio y sabiduría.

—No lo dudo. Pero, ¿es equivalente la sabiduría y criterio de uno solo de los líderes, o dos, a la del total de ellos? ¿Es así como debe aplicarse y entenderse eso de "El espíritu de todos con la Newen-Snaga"?

—¿Qué quieres de mi Káhlen? Es verdad, soy una soldado y obedezco órdenes. Y debía eliminarte si es que creía o veía que eras falso y que serías un peligro. Eso se me dijo.

—Y ahora, ¿qué crees de mí? ¿Cuán peligroso me ves? —preguntó Káhlen

—Ya te dije que… en fin, no importa mi sentir.

—¿Sentir? Yo pregunté por lo que "creías". Entonces… sí se te complicó cumplir tus órdenes.

—¡Esta bien! No veo que representes un peligro. Eres alguien normal, no te veo como un espía ni quien seas un riesgo. Al menos eso parece que quieres que veamos. ¿Eso querías oír?

—¿Debo sentirme tranquilo entonces?

—A pesar de todo, creo que siempre lo has estado. Dime algo: si sabías o intuías todo ¿por qué quisiste venir de igual modo?

—Porque no tengo algo que ocultar. Porque la verdad es mejor dejarla salir y que se valga por sí misma. Y porque venías tú y eso me daba confianza. ¿Y tú? ¿Qué pensabas que pasaría? ¿Creías que tendrías que

cumplir tu orden?

—No sé si lo creía; pero no lo quería, eso sí sé. Y, gracias por eso que dijiste de que confiabas debido a que yo venía.

De pronto, aunque no era primera vez, se quedaron detenidos mirándose directo a los ojos. Se habían alejado varios metros de la tienda sin darse cuenta caminando por la ribera del riachuelo. La noche se había despejado. Las estrellas se hicieron visibles.

—Odio tener esta misión Káhlen, lo reconozco. Lamento esta situación. Por favor no hagas nada torpe que me haga dudar de ti. Soy una Zemáh y una Ráknizi. Mi sangre, mi gente, mi mundo estará primero siempre. Si algo los pone en peligro mi deber es acabar con eso.

—Lo sé. Eres una mujer admirable. Valiente. Fuerte. Eres… increíble Rjan—se acercaron.

—¿Qué pasa? ¿Cómo es que pasamos de la idea de matarte a recibir tantas alabanzas? No deberías tratar así a tu probable asesina —Rjan se acercó más.

—Pasa que ha habido una tensión eléctrica que me ha recorrido cada vez que te veo o estoy cerca de ti, desde que te vi. Es lo que siento, ahora mismo.

—Yo también lo he sentido y me ha tenido… muy complicada. No está bien, no debo —dijo Rjan a la vez que sacaba su espada larga desde la espalda y la ponía justo en medio de ambos, con sus dos manos sobre ella y apoyándola contra el piso.

—Tu espada esta fría. ¿Vas a usarla ahora, conmigo?—Él puso sus manos sobre las de ella que a su vez estaban sobre la empuñadura de su arma de metal forjado.

—Podría ser ésta o las otras; podría ser ahora o en cualquier momento. Soy un peligro para ti— dijo Rjan y Káhlen dio un breve paso más hacia ella.

Estaban tan cerca que podían sentir su respiración; uno del otro. Rjan hablaba cada vez más bajo, susurrando; su pecho acelerado. Mientras a Káhlen el corazón parecía salirle por la boca. Respiraba entrecortado; sus manos sudaban y su cuerpo estaba casi petrificado pero en calor. En Rjan los ojos brillaban; sus labios eran continuamente humedecidos por su lengua y la sensación de intenso deseo del contacto se hacía irresistible para ambos.

Sin saber cómo, sus bocas se rozaron con suavidad y de modo muy leve y antes que siquiera lo analizaran, volvió a suceder una y otra vez, breves roces de labios húmedos hasta que, sin más, se dejaron llevar por la locura de unir sus bocas sin reparos. No hubo vuelta atrás, pegaron sus cuerpos en un íntimo abrazo y se envolvieron en un profundo y apasionado beso…

La espada cayó.

***

Tänkefil y Borna.1

Ya iban unos días desde el Qübaldo pero, en Tänkefil y Borna, la misma sensación de frustración y desagrado aún les rondaba.

Había sido en gran medida la autoridad moral y sabiduría de Kimjhé junto con el apoyo cabal y argumentado de Wlatko, lo que primó en la decisión final. Pero en Tänkefil y Borna no había convicción ni deseo sincero de hacer lo que se determinó. No obstante, sabían que también fue su propia falta de argumentos y el no saber exponer razones que validaran su postura, lo que también les jugó en contra.

Por ello, Tänkefil, pensó que debían mejorar sus estrategias para abordar este u otros casos que requirieran una posición unificada. Así, invitó a Borna a su hogar para conversar del tema.

Cuando éste llega, es recibido por el pequeño Fods, quien corre a avisar a su abuelo, el "Señor Juez" como le gustaba que le dijeran allí, en la Grad y en todo lugar.

—¡Düje! Por favor, recibe a mi invitado y tráele a la mesa.

—Está bien padre ¡Voy!

Tänkefil había invitado a su hijo y familia para comer a eso del final de la Tercera Hora. Gustaba de su compañía pero también de presumir ante otros respecto de sus condiciones de vida y, muy en especial, de su devoción a la familia y su éxito en la edificación de una vida familiar bien estructurada, estable y feliz. Aquello, le validaba (pretendía siempre hacerlo notar) para ser quien dictase o juzgase el hacer de otros en aspectos morales y si se le daba el espacio, también en los personales.

—¡Dobra dan mi estimado Borna! Seas muy bienvenido a mi hogar, mi refugio y oasis personal.

—¡Dobra dan mi Señor Juez! agradezco su invitación.

Luego de ese saludo protocolar, ambos pasaron a la terraza de la bella casa edificada. Hecha íntegramente de material sólido: piedra pulida ovalada y mármol y, adornada con maderas de alta calidad así como telares de seda; era perfecta representación física del concepto sobrio y robusto que Tänkefil quería transmitir de su familia. La casa además daba una vista hermosa a los valles del norte a través de sus grandes ventanales.

Borna, se sentía algo extraño en el lugar. Un poco por su falta de costumbre de compartir en terrenos familiares y emocionales y, también por estar en casa de uno de sus colíderes. Sentía que podía estar haciendo, o siendo inducido a hacer, algo que contrapusiera su liderazgo con el de los demás.

La comida resultó muy grata. Hubo historias de jueces y sus logros en la legislatura y jurisdicción de los Zemáh en la época de la Reforma, así como notables relatos de guerreros y exploraciones al planeta. Pero sin duda, los relatos de las batallas de invierno fueron las que más emocionaron a todos; al mismo Düje, a pesar de su estilo formal y circunspecto, pero por sobre todo a su pequeño hijo, Fods, quien observaba a Borna con ojos de admiración y de quien está frente a un campeón y líder sin igual. Aquello, que observó complacido Borna, le hizo sentir no sólo muy bien, sino reconocido y respetado.

Entonces Tänkefil solicitó a Borna acompañarle en un paseo por sus jardines. El pequeño Fods quiso ir, pero le fue impedido por su madre. Borna, a esa altura, hinchado de su propio ego y muy satisfecho de la admiración que despertaba en el pequeño, se le acercó, bajó a su altura y le dio un apretón de manos diciendo:

—Diminuto Fods: Así nos saludamos los Ráknizi, los grandes guerreros —. Y al momento, hizo el saludo con el que solían despedirse antes de una batalla: puños cerrados con fuerza, entrecruzados uno con el otro, empuñándolos hacia su propio pecho.

No hubo duda de que eso dejo más que feliz al niño quien se fue a jugar e intentar ser un guerrero como “Borna el Grande”.

—No desvíes a mi pequeño nieto de su linaje natural Borna. Él será un gran juez —dijo Tänkefil, mientras golpeaba y acomodaba en su boca, la Pipa color madera, que solía usar, luego de cada almuerzo—. Todos somos lo que debemos ser, ¿no?

—¡Claro! Todo es como debe ser. Y cada cual ocupa su lugar como

corresponde —respondió Borna.

—Así es —asintió Tänkefil y, tomando por el brazo a Borna lo dirigió al paseo ofrecido.

Unos pasos de compañía silenciosa mutua y Tänkefil inició el diálogo que le interesaba.

—¿Qué sientes Borna? Hablo de tu sentir tras un día y horas después el Qübaldo de ayer.

—Quizá la palabra sería "impotencia". Aunque no vaya con mi símbolo Taurino.

—Sí, te entiendo. Yo siento algo semejante y también una sensación de que pudo ser diferente el Alen, si tanto tú como yo, fuéramos tan estrategas y astutos como lo son Kimjhé y Wlatko.

—¿A qué te refieres?

—¡Vamos! No me dirás que no te pareció muy bien orquestado el resultado final. O que ellos, digamos, "se entendían muy bien" y terminaron obteniendo lo que a "sus ojos" era lo mejor.

—Bueno, vi que ambos pensaban igual y al final, todo en la decisión fue que apoyáramos su creencia y confianza en ese stránci.

—A eso voy. No quiero decir que puedo prejuzgar a mis colíderes, a quienes aprecio y respeto mucho. Pero a la luz de lo sucedido en nuestra reunión y la decisión final, creo que se hizo lo que ellos preferían desde antes…

—¿Estás diciendo que ellos se coludieron, que, previo al Qübaldo hablaron del caso y procuraron llevarlo por el camino que ya tenían pensado?

—Bueno, como te dije, no puedo ni quiero prejuzgar pero…

—Es que si es el caso, debemos intervenir ya. Hay que ir a enfrentarlos y detener esa estúpida exploración sin sentido. Debimos hacerlo ayer mismo. ¡Puedo ordenar que sea colocada una guardilla de guerreros a la salida del Monasterio, en este momento! —Borna se gira y hace el gesto de moverse para ir a lo que su impulso mandaba.

—¡No Borna! No es la forma. Tranquilo. Sé cómo te sientes al comprender lo que en realidad ha pasado, pero, ya está decidido. Jamás puede un Alen llevarse atrás, mucho menos habiendo transcurrido tantas horas. Ya

no podemos hacer nada respecto de éste Qübaldo. Sin embargo…

—¡Pero y si la decisión es un error! —dejo salir con un gruñido Borna, para luego de respirar agregar—: “Sin embargo…”, qué?

—Podemos prepararnos mejor para las ocasiones que vendrán. Siempre podemos usar nuestro poder e influencias. Debemos hacerlo en beneficio de Izvor, ¿no crees?

—¡Por supuesto! Yo he dado instrucciones de cómo proceder en la expedición, en caso de que estemos peligrando por la insensatez de cualquiera, incluidos los otros líderes.

—Me parece muy bien eso Borna. Muy bien. Debemos siempre llevar la ventaja en este juego.

—Pero ¿Cómo? ¿No podemos hablar de los casos antes o si?—dijo Borna

—Es cierto. Es lo que dicen nuestros estatutos como líderes y respecto de los Qübaldo, pero es algo que puede manejarse con astucia. Dime Borna ¿quieres que vuelva a suceder que ante un peligro inminente para nuestro mundo, sean los “pacificadores” los que tengan el control de la situación e impongan arteramente su idea? ¿Y luego estemos nosotros o nuestra gente lamentándonos?

—Por supuesto que no. Es un riesgo para Izvor y mi deber es protegerlo a como dé lugar.

—¡Exacto! —dijo Tänkefil—El stránci volverá de la expedición. No sabemos si conseguirá alguna evidencia o no, pero nosotros estaremos mejor preparados para actuar esta vez. Con mayor inteligencia y firmeza, tenlo por seguro. No dejaremos que se burle de nosotros cuando debamos encararlo de nuevo.

No hubo necesidad de más palabras. Un fuerte apretón de manos y posterior abrazo, selló el compromiso tácito.

***

Capítulo 3

La Expedición.3

—¡Káhlen! ¡Káhlen! ¡Despierta! —repetía Zéjel y llevaba un par de minutos en el intento. Al fin Káhlen reaccionó y despertó. Agitado y sin aire.

—¡¿Qué!? ¡¿Qué pasa?!

—Dormías. Te quejabas, tenías otra pesadilla al parecer.

—Sí, lamento si molesté.

—Tus pesadillas no te dejan descansar bien. Quizá sí debieras hablar con maestro Demot, como te recomendó Bozidar.

—Sí, quizá. Es el mismo sueño que se me viene repitiendo —respondió Káhlen mientras se levantaba—¿Y Rjan?

—Se levantó hace un rato. Trajo unas frutas que recogió para que nos sirviéramos ahora y luego fue a mirar el mejor camino a seguir, según dijo. El día está amenazante. Hubo tronaduras en el cielo y se ve muy gris.

—¡Vaya qué bien! Tenemos una mañana menos cálida pero más amorosa —dijo mientras reía y al igual que Zéjel, comía de los frutos que Rjan había llevado—. Zéjel, ayer me dijiste que querías hablarme dos temas. Uno lo hiciste, lo de la zona fría ¿aún quieres comentarme del otro?

—Sí, por supuesto. Seré directo: Cuando estuviste en el Monasterio, tu sangre fue examinada.

—¿Examinada? ¿Cómo? ¿Por quién? —Káhlen dejó de comer y miró con algo de preocupación a Zéjel.

—No sé detalles, pero oí a los médicos Lewéis decir a Kimjhé que el resultado era increíble, pero muy deseable.

—¡Ah al menos fue algo positivo! Supongo que era lo que debían hacer; descartar que portara enfermedades o algún tipo de agente patógeno extraño a Izvor. ¿Qué descubrieron de mi sangre? ¿Pudiste saber de eso?

—Dijeron algo acerca de tu patrón sanguíneo, que era…

De pronto, el disparo de un relámpago, el trueno compañero y las nubes que habían cerrado el cielo, dejaron caer un aguacero intempestivo y poderoso. Káhlen y Zéjel se levantaron rápido y guardaron las cosas que tenían fuera del refugio de la cueva donde habían hecho el campamento. Rauda llegó corriendo Rjan a guarecerse también.

—¡Uf! ¡Alcancé a llegar! —dijo Rjan que de todos modos venía empapada, con el pelo suelto y su ropa goteando. Káhlen la cubrió con una manta que usaba para envolver su ropa.

—¿Ya estamos en invierno, entonces? —preguntó.

—No lo creo —respondió Rjan—Esto es solo una lluvia pasajera. Suelen darse en este tiempo. Pero el invierno se sentirá pronto.

—Tranquilos. Luego dejará de llover e incluso las nubes se irán y tendremos a Kipléhr brillando, ya verán —dijo Zéjel.

Y así fue. A los pocos minutos el agua dejó de caer, las nubes se abrieron y el cálido Kipléhr brilló. El viaje prosiguió con los tres avanzando en dirección sureste, orillando las faldas del cordón montañoso. Ahora todos más concentrados en hallar vestigios de alguna nave, restos de alguna actividad que pudiera haber realizado la supuesta sobreviviente, etc. Pasaron todo ese día en esos afanes. Eran ya los últimos intentos por encontrar algo.

Al tiempo que Káhlen, sin que se dieran cuenta los demás, se había adentrado en una abertura o Achar[14] que se daba entre dos enormes rocas y que parecía dirigir al interior de la montaña, Rjan y Zéjel exploraban encaramados en una ladera de roca semi-lisa.

—Entonces Rjan ¿ya no matarás a Káhlen? ¿Te convenciste de que no era un peligro? —dijo Zéjel con algo de sorna e ironía en su tono.

—Así es. Solo seguía mis órdenes Zéjel debes entenderlo. Pero ahora ya no existen razones para cumplirlas. Puedes estar tranquilo.

—Te entiendo, de cierto modo. Es a los Cuatro y a los maestros, a quienes se me hace difícil entender. ¿Por qué cambiaste tú de opinión?

—Ellos buscan lo mejor para nuestro mundo. Bueno, te lo dije: no hay razones ya. Káhlen es… bueno. Un buen hombre.

—¿Hombre? ¿Ya no le llamas stránci? ¿Hay algo que me perdí o que no sepa? ¿Rjan?

Rjan miró a Zéjel. Pensó uno momentos y entonces le dijo:

—Esto no debería decírtelo pero para que veas que me interesa restablecer una buena relación contigo, te lo contaré: Esa noche que atendimos y curamos a Káhlen por sus heridas tras el ataque del Ljnz, guardé parte de su sangre para examinarla. Una revisión preliminar y simple claro, con mi Elecfóris-PCR[15], que conoces. Pero, si bien fue algo somero, me permitió verificar el código genético de Káhlen y… ¿a que no sabes qué descubrí?

—Pues no, ¿qué sería? —dijo Zéjel haciéndose el que no sabía nada en

cuanto a la sangre de Káhlen.

—¡Káhlen es como nosotros! Comparte, absolutamente nuestro mismo código genético. Todos nosotros en Izvor somos, en sentido genético su familia. Es algo increíble y maravilloso, ¿no crees?

—Sí, claro que lo es. Entiendo entonces que ahora ya te puedes enamorar sin problemas de él —y largó una carcajada.

—¿Qué fue eso? —dijo muy sorprendida y abochornada mientras Zéjel sonreía—Pensé que te emocionarías al saberlo, se ve que tú lo aprecias mucho. ¡No que te burlarías de mí! —dijo y sonrió.

—Por supuesto, me alegra mucho. Solo que… ya lo sabía.

—¿Qué dices? ¿Desde cuándo? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Bueno, estuve a punto de contarle justo eso a Káhlen hoy en la primera hora. La lluvia nos interrumpió. Fueron los médicos del Monasterio los que examinaron su sangre el mismo día que lo encontramos. Y el resultado fue que su patrón sanguíneo… bueno lo que ya lo sabes.

—Pero pude haberlo herido o hecho algo peor a Káhlen y tú no me advertiste. Y no entiendo, si Kimjhé sabía esto, ¿por qué no se opuso a esta misión? Si Káhlen comparte nuestra sangre humana, no es un stránci, por tanto no representa un peligro. ¿Por qué no lo dijo y evitó que viniera y se expusiera? No logro entender.

—No tengo claras o definitivas respuestas a esas interrogantes que también me hago Rjan. En cuanto a mí, de haber sido necesario, si te hubiese visto amenazando la vida de Káhlen, te lo hubiera impedido y habría dicho todo esto, sin dudar. Quizá, por eso, más que por cualquier otra razón, me enviaron con ustedes.

—Esto es fascinante y a la vez tan intrigante. ¿Por qué Káhlen tiene nuestra sangre? ¿De dónde viene en realidad y a qué viene? O, quizá él siempre fue de Izvor y viajó lejos y ahora ha vuelto y no lo recuerda —reflexionaba Rjan.

—¡Muy buena hipótesis! No lo había pensado —le respondió Zéjel—. O, tal vez, venga del futuro o pasado. Pero no especulemos, debemos permitir que todo salga a la luz, como él mismo lo dijo.

—¡Hallé algo! ¡Acá hay algo! ¡Vengan! ¡Rjan! ¡Zéjel! ¡Hallé algo! —fueron los gritos que desde varios metros más abajo lanzaba Káhlen, a la vez que gesticulaba para indicar dónde estaba.

***

Rjan y Zéjel se apresuraron en bajar desde la ladera y llegaron corriendo donde estaba Káhlen. Ahí él, emocionado, miraba y les mostraba su hallazgo: un trozo de metal color plateado de unos treinta centímetros de ancho por unos cuarenta y cinco centímetros de largo. Se veía abollado y algo corroído. Lo más sobresaliente era que tenía una inscripción, de la cual solo se veían algunos caracteres escritos en líneas saltadas de palabras o códigos que con esfuerzo podían distinguirse. El resto había sido cercenado con el resto del trozo. Lo que se veía era:

XXXAZITIXX

XXIH22XX

Káhlen lo observaba muy concentrado, como obligando a su cerebro a decodificar la inscripción.

—¿Sabes que significan esos símbolos? —preguntó Zéjel

—No. Es decir, no recuerdo. De seguro sí debo saberlo. En algún lugar de mi enredada cabeza esa interpretación debe estar. Sin embargo, ahora no tienen un sentido para mí. Pero…

—Pero, ¿qué? —preguntó Rjan.

—Es algo que creo haber visto en mis sueños y hasta en la pesadilla de esta mañana.

—Está bien, no importa si recuerdas ahora. Es un avance y, más importante, una buena prueba.

—No sé qué tan “buena prueba” sea. Después de todo no tiene algo que la asocie a mí.

—Pero es un trozo de tu nave. Es evidente —dijo Zéjel.

—Creo que para los líderes, o al menos, para algunos, no sería concluyente tu argumento. En todo el recorrido que hicimos: por la orilla del Pjesma; luego en el bosque de los Fengios; por el valle y todo este día en esta ladera; no hemos hallado nada más que esto. Y ni rastros de mi compañera. No es, “exitosa”, precisamente la definición para esta misión. Pero en fin, hay algo que sí puede serles útil a ustedes. Vengan, quiero mostrarles algo más que hallé.

Entonces los dirigió a la brecha entre las rocas donde se había metido. El espacio estrecho que dejaban los gigantes rocosos, era preciso solo para

moverse una persona a la vez.

—¿Acá lo encontraste? ¿Cómo llegaste aquí? No se puede pasar —dijo Rjan—. Nosotros nunca llegamos tan acá. Este ya es terreno demasiado cerca de la zona fría.

—Pero yo pasé y accedí —respondió Káhlen—. Creo que mi nave debió caer por esta zona —Entonces mostró que por el estrecho barranco, justo debajo, había un cauce por donde fluía un río subterráneo —. Es probable que partes desintegradas de la nave, se esparcieran por este lugar. Quizá algunas cayeran incluso directamente por estas mismas laderas u otras y quedaran en medio, como esta parte que encontré, o bien, terminaran en el mismo río bajo estas rocas.

—¿Y eso crees que pasó contigo? ¿Qué caíste al río quizá y desde acá fuiste llevado por el agua hasta donde te encontré? —dijo Zéjel.

—Sí, amigo. Eso creo.

—Estas aguas subterráneas confluyen en el Pjesma, menos de un kilómetro más abajo —agregó Rjan.

—¿Entonces dónde está todo el resto de la nave? —se preguntó Zéjel—. O ¿habrá caído toda destrozada directo al río? Porque no se ve ninguna parte más.

—Creo que —dijo Káhlen—, no habiendo lluvias que produjeran salidas de cauces, rodadas ni aluviones; fenómenos que podrían haber arrastrado lejos las partes y restos o haberlas tapado, las posibilidades se reducen a una única opción lógica: pensar que lo que pudo quedar fue retirado de forma intencional, que hubo intervención inteligente deliberada.

—¿Qué estás pensando Káhlen? —preguntó alterada Rjan—¿Quieres decir o insinuar algo de nosotros? Porque no te permito que sugieras que mis líderes…

—¡Rjan, ven! —dijo Káhlen y la tomó de la mano e indicó a Zéjel que les siguiera.

Así, por unos metros bajaron justo a la misma orilla del pequeño cauce subterráneo. Luego, los hizo caminar junto a él unos 15 metros, por el estrecho margen rociado de agua y, observar.

—Miren. Se pueden ver las marcas del nivel que alcanza en cierto punto este río. Mínimo dos metros de altura. Ahora, si ven al frente, cruzándolo, notaran unos surcos en las rocas y formaciones de estrechos similares a

aquél por donde bajamos, pero no naturales.

—¿Qué crees? —preguntó Zéjel.

—Me parece que es un paso en construcción. Quizá uno de varios que usan o pretenden usar sus enemigos fríos del HLadno. Rjan y Zéjel, se miraron y no ocultaron su incertidumbre y temor.

—Hasta ahora las batallas siempre son en invierno y se han llevado a cabo en la superficie. Los stránci usan el paso abierto de forma natural que está a varios kilómetros de aquí —dijo Rjan.

—Pues creo que ya no, o al menos, están pensando en diversificar los puntos de entrada—dijo convencido Káhlen—. Es momento de salir de aquí.

—Sí debemos irnos —dijo Rjan acelerando el retorno a la superficie—. Káhlen, lo siento pero debemos abandonar nuestra búsqueda. Esta información es muy importante y debo llevarla cuanto antes a Ciudad Central. No es algo que solo pueda enviar por un mensaje o llamada desde mi comunicador.

—Lo entiendo Rjan. Está bien —dijo Káhlen.

La expedición había terminado.

***

De regreso

Una vez que subieron del subsuelo, volvieron rápido a su tienda. Tomaron sus cosas y salieron de inmediato de retorno a Ciudad Central. Rjan había solicitado por comunicador que les fuesen a buscar y los encontraran a los pies del Épbron, justo donde se forma el caudal mayor del Pjesma a un kilómetro de donde Káhlen había encontrado el trozo de su nave.

Tras una media hora de espera en ese punto, llegaron dos vehículos transportadores, para llevarlos de vuelta. Káhlen quedó impresionado al ver la tecnología de esos vehículos que no hacían contacto con el piso y estaban conducidos con mando absolutamente robotizado. Cada vez más, y poco a poco, los Zemáh dejaban ver sus avances y tecnología aplicada.

Anocheció y, luego del trayecto de poco más de una hora, llegaron a Ciudad Central, a un lugar denominado Hangar 7, una especie de puerto de despegue de esos transportadores que eran de uso exclusivo de los Ráknizi. A su llegada los esperaban una guardia de soldados Ráknizi y algunos Lewéis. Mientras Rjan fue llevada con premura a hablar con Borna en Ciudad Fortificada, Zéjel y Káhlen eran tomados por los Lewéis y

dirigidos a un vehículo eléctrico, de superficie, que los condujo al Monasterio.

A su llegada, Kimjhé estaba en la escala principal, entrada del lugar, junto con Bozidar. Ambos recibieron con alegría a los viajeros y, muy en especial a Káhlen.

—Estoy muy contento de volver a verte mi querido Káhlen —dijo Kimjhé.

—Es una buena noticia verte. Para todos —agregó Bozidar.

—No sé si "para todos" —respondió Káhlen —, pero a mí también me alegra estar de vuelta.

—Buen trabajo Zéjel. Cumpliste tu misión sin duda —le dijo Kimjhé al joven, quien no ocultó su incomodidad y solo se limitó a decir: "Gracias".

—Maestro Kimjhé. Mi señor Bozidar—dijo Káhlen—. Respecto de mi misión, no traigo todo lo que quisiera. Pero al menos he recordado algunos detalles nuevos que me parecen más esclarecedores.

Kimjhé les dijo a los cansados viajeros que fueran a sus cuartos para reponerse y que al día siguiente podrían conversar con calma del viaje y los resultados.

Káhlen, durmió poco aquella noche. La lluvia había vuelto con fuerza y las gotas golpeaban con rudeza el ventanal. Tenía tantas cosas en qué pensar: lo arriesgado que había sido el viaje; el peligro que corrió, y de hecho aún corría debido al odio que genera él en algunos; su beso con Rjan, lo que ella le provocaba y, qué pasaría con eso en adelante. Saber que su sangre fue analizada y lo que pudieron averiguar de él, datos que él también quisiera conocer; el trozo de nave que halló y el significado de las letras y números de la inscripción; pensar en su compañera, en el fracaso de no encontrarla, en dónde estará y cómo hallarla. Mucho, demasiado para reflexionar.

***

A la mañana siguiente, luego de haber desayunado en la terraza de su habitación, Káhlen bajó al salón central, donde lo esperaban Kimjhé y Wlatko. Éste había venido especialmente por el retorno de los viajeros, muy interesado en saber de los resultados de la expedición.

—Buen día Káhlen —dijo Kimjhé—esperamos que hayas descansado.

—No como hubiera querido —respondió Káhlen y los saludó—: Mi señor

Kimjhé. Mi señor Wlatko; Dobra dan!

—¡Dobra dan! Es bueno verte —le dijo Wlatko—. He venido para saber si te encuentras bien y si podrías venir a reunirte con nosotros hoy. De lo contrario, puedes descansar un día más.

—Agradezco de corazón la preocupación. Iré cuando me lo indiquen. Imagino que esperan un informe. No necesito descansar más. Lo cierto es que preferiría ir pronto a dar ese informe a todos.

—Claro, por supuesto —, dijo Kimjhé y ordenó que fueran notificados tanto Borna como Tänkefil de que Káhlen estaba disponible para reunirse con ellos.

En dos horas más estaría en presencia de los líderes en una reunión extraordinaria de Qübaldo en el Küdell.

Antes de dirigirse allá, recibió algo. Era un sobre, del cual lo primero que sacó fue una nota escrita a mano por Zéjel. Decía:

"Mi amigo Káhlen: Por razones ajenas a mí no podré estar presente hoy cuando debas dar el informe de la misión frente a los Cuatro. Lo lamento y es otro suceso que me frustra. Quiero serte de ayuda. Es por eso que esta mañana, temprano, bajé hasta el lugar donde te encontré, pues tal como dijiste, debió ser el punto de partida de la búsqueda. Inspeccioné el sitio por si hallaba algo. Lamentablemente no obtuve resultado de esa tarea. Sin embargo, sí hay algo que puedo darte como apoyo de tu testimonio. Son unas imágenes instantáneas que tomé del mismo momento en que te encontré y reanimé. No lo recordé ni hallé sentido hasta ahora que pensé en el hallazgo que hiciste ayer y revisé las imágenes que te ajunto. ¡Tu ropa amigo; en tu ropa hay una clave! Ve la foto y fíjate en la solapa de tu bolsillo del pecho. Deseo lo mejor para ti y mi amado Izvor. Tu amigo, Zéjel."

Junto a la nota venían dos fotografías de Káhlen y, destacado, en el bolsillo izquierdo sobre su pecho (bolsillo que estaba hecho jirones) podía distinguirse una inscripción, algo que podría serle de ayuda. Inmediatamente y casi de un salto Káhlen subió corriendo a su habitación y se dirigió a la repisa blanca donde han estado, desde el primer día, todas sus cosas con las que fue hallado. Sacó su camisa estilo militar color musgo, la abrió deshaciendo sus dobleces y miró su pecho, justo al bolsillo izquierdo, tal como Zéjel le hizo notar en su nota y las fotos. El bolsillo se veía como en la imagen pero estaba remendado y al verlo… ¡Eureka!

***

Capítulo 4

Segundo Qübaldo. El informe

La lluvia no se había detenido esta vez. El aguacero lograba amilanar a cualquiera, más aún porque era claro indicio de un invierno adelantado y no deseado. Káhlen miraba llover por los ventanales de las terrazas, esta vez, muy bien cerrados.

El resto estaba todo tal como ya lo había visto una vez antes. Mismos arreglos, mismas luces, mismos detalles en el Küdell. Rjan es quien sale esta vez del salón, e invita a Káhlen a pasar.

Desde el estrado Kimjhé, como antes, dio las palabras de introducción y todo quedó en boca de Káhlen, quien pasó a relatar lo acontecido en la expedición. Una vez que llegó al punto de exponer su hallazgo dijo:

—¡Dobra dan mis señores! Todo y lo único que pude encontrar fue este trozo metálico. En apariencia es un trozo de una nave. No es posible definir de qué parte sea. Solo tiene estos símbolos alfanuméricos que sin duda significan algo pero no están completos. Creo que sería necesario que expertos lo examinaran para determinar materiales, confección, u otros elementos que sean reveladores acerca de su origen y utilidad —y acercándose al estrado lo dejó como evidencia.

—Digamos entonces que —dijo Tänkefil—, en todo el viaje que nos has relatado, no hallaron nada, salvo esto que "pudiera" ser de una nave. Y aun cuando fuese así, aquello no prueba en nada que tenga alguna relación contigo, ¿no es verdad? Creo que tal como dijo Mi Señor Borna, solo nos ha hecho perder tiempo este stránci.

—Así es —apoyó Borna de inmediato—. Tenemos que este stránci no halló nada que avalara su historia y peor aún ocupó a una de mis mejores guerreras en tiempos en que el invierno se ha adelantado y necesitamos de todos los soldados.

—Eso parece. Es lo que imaginaba. Debe cerrarse el caso y definir qué se hará con este stránci peligroso —dijo Tänkefil dando más fuerza a las palabras de su aliado.

—Un momento mis hermanos líderes —dijo Wlatko—, no se apresuren en emitir el juicio. No es así como se hace[16]. Aún falta lo que pueda decir Rjan. Debemos escucharla, al menos su testimonio ya que por instancias de ustedes, se deslegitimó lo que pudiera testificar Zéjel.

—Es lo que dice el código para nuestros casos, estimado Wlatko —dijo Tänkefil—: que un testimonio de menor de edad no puede ser admisible

sin un apoyo de pruebas tangibles u otros dos testigos.

—Un código que usted, mi Señor Juez, redactó y aprobó junto al consejo judicial, sin permitir reparos de los demás colíderes —reclamó Wlatko.

—Ese procedimiento también está en nuestra ley y la ley está hecha para protegernos —reforzó Tänkefil.

—Mis hermanos, por favor. No podemos discutir de nuestra legislación en estas circunstancias —dijo Kimjhé —. Aboquémonos al caso de Káhlen. Mi señor Wlatko tiene razón. Debemos hablar con Rjan, oír su testimonio.

—No sería necesario. Ella dirá lo mismo que ya contó este stránci —dijo Borna seguro.

—Rjan ¿puedes acercarte por favor? —dijo Kimjhé y ella salió del oscuro rincón donde había estado oyendo todo, sin decir una palabra—dinos, ¿lo que ha relatado Káhlen es fidedigno? ¿Los sucesos fueron como los describió?

—Así es mi señor Kimjhé.

—¿Hay algo que él no haya descrito o haya omitido intencional o maliciosamente? —preguntó Wlatko.

—No. Todo lo relató, mi señor Wlatko.

Entonces, Borna, hizo su jugada.

—Oh sí, yo creo que sí oculta algo —dijo—¿Por qué no relatas a mis colíderes, Rjan, qué es lo que hallaste en la ladera sureste del Épbron, en el subsuelo?

Rjan, se sintió extrañada. La noche anterior, tras su retorno, había sido llevada con apuro a la presencia de Borna, quien inquirió de inmediato por lo sucedido en esa zona, debido al mensaje con carácter de urgente que la propia Rjan había enviado. Una vez que le puso al tanto del descubrimiento, vio que Borna se tomó unos minutos para hablar por su comunicador. Ella no supo con quién hablaba, pero luego de esa charla él pareció tener muy claro cómo proceder, no solo respecto del hallazgo subterráneo, sino en cuanto a la información misma. La instrucción a Rjan fue: “Nosotros tomaremos las medidas en cuanto a ese lugar de inmediato. Y, acerca de esta información que nos has proporcionado; es clasificada. No la debes divulgar. Su uso es de extrema seguridad e importancia global y, por cierto, no se debe mencionar que el stránci fue quien halló aquel sitio”.

Pero, contrario a eso, ahora se le pedía que dijera todo aquello y no entendía bien si eso era un “uso de extrema seguridad”. Sin embargo, debió responder.

—Bueno, en ese sitio, que está a unos cinco metros bajo la superficie y donde hace cauce un río subterráneo, pudimos ver que hay actividad extraña. Aparentemente, los stránci, se están abriendo paso por esa zona, aprovechando la blandura y menor resistencia de la roca erosionada. Se vio señas del uso de herramientas con el fin de cortar la piedra para generar estrechos por donde cruzar.

—Eso es algo muy preocupante. Imagino que los Ráknizi, con su eficiencia ya tomarán las medidas —dijo Tänkefil.

—No deben preocuparse mis hermanos. Cuadrillas de mis hombres ya están verificando la zona y realizando lo necesario para asegurar el lugar —dijo Borna con presteza.

—Lo agradecemos —dijo Wlatko—, pero ¿por qué podría ser esto un asunto en que Káhlen tuviera que ver? Si no lo informó quizá fue solo porque pensó que no era él quien debía hacerlo.

—Es muy probable —apoyó Kimjhé la postura.

—Podría ser así como dices mi señor Wlatko —respondió Tänkefil —, a menos que él supiera de eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wlatko.

—Dejemos que Rjan responda —dijo Borna —y será una evidencia más para desenmascarar a este espía. Diles Rjan, cuenta, ¿quién fue el que encontró este lugar, “curiosamente”, cuando estaba solo?

Rjan quedó paralizada, no creía lo que pasaba. La situación estaba haciéndola inculpar a Káhlen, algo que no pensó ni deseaba. Miró a Káhlen casi pidiendo que la perdonara. Él le devolvió una mirada que le dio tranquilidad para que contestara.

—Esperamos tu respuesta Rjan —insistió Tänkefil.

—Bueno, con Zéjel estábamos sobre una ladera cuando Káhlen nos llamó avisando del hallazgo del trozo de metal y luego, él nos llevó y mostró la abertura y nos hizo bajar al lecho del río.

Kimjhé miró a Káhlen con preocupación por él. Wlatko bajó la mirada, mientras Tänkefil saboreaba una dulce victoria en el juego.

—¡Ajá! Entonces él sabía, siempre supo de ese lugar —dijo Borna—. Haberlo revelado no hace más que demostrar que sabía de las actividades de sus compañeros stránci en la zona y lo usó como señuelo para engatusar a Rjan y al muchacho.

—No, no es así, él nunca trató de engañarnos. Él ni siquiera se parece a los stránci, yo los he visto, él no es uno de ellos, él es como nosotros. Es igual a nosotros —dijo Rjan.

—No debes hablar mujer sin que se te pregunte. Nos debes respeto, somos los líderes de Izvor, tus líderes —la fustigó con dureza Tänkefil—. Para mí el caso es evidente. Está claro que quería que creyeran en su inocencia y buenas intenciones. Este tal Káhlen es un espía astuto, uno más de los stránci. Y como tal debemos juzgarlo y en lo posible eliminarlo para no poner en peligro a nuestro pueblo. Y a todo Izvor.

—Aún hay algo que quiero agregar en mi favor si se me permite —dijo Káhlen.

—No, ya se ha dicho todo —se apresuró Borna—, ya fue suficiente.

—Mientras no termine el Qübaldo, aún puede hablar cualquiera, incluido el investigado —dijo Wlatko.

—Así es —dijo asintiendo, un contrariado Kimjhé.

—Gracias —dijo Káhlen—. Ya sé que el testimonio de Zéjel se invalidó por su edad, pero quisiera saber si alguna evidencia física obtenida por alguien menor es también inadmisible —y al terminar sacó de su riñonera el sobre con las fotografías que le envió Zéjel.

—Señor Juez, usted debería responder eso —dijo Wlatko con tono desganado pero a la vez con algo de insidia.

—Bueno… el testimonio siendo verbal o escrito, o de cualquier otro modo, si es de un menor no será admisible.

—Pero mi Señor Juez —dijo Káhlen—lo que deseo mostrar no es una grabación ni tampoco un texto escrito con la declaración de alguien menor. Lo que tengo es una evidencia fotográfica.

Entonces, los ojos de Borna y Tänkefil se abrieron con notoriedad. El juez y sus grandes manos se inquietaron. Por otro lado, Kimjhé y Wlatko, con sorpresa pero agradados, deseaban saber de qué se trataba.

—Muéstranos —dijo Wlatko.

Káhlen dio unos pasos para acercarse al estrado y puso en las manos de Kimjhé las dos fotografías que Zéjel le había enviado. Éstas pasaron por la vista de cada uno de los Cuatro.

—Lo que ven —dijo Káhlen mientras aun revisaban las fotografías —son unas imágenes tomadas al momento de hallarme los Lewéis en la ribera del Pjesma.

—Bien, eso lo notamos —interrumpió Borna— pero no veo algo nuevo ni que te avale.

—Yo sí veo algo —dijo Wlatko—se ve tu traje, con el que llegaste ¿a eso apuntas?

—Así es —respondió Káhlen—. Y en particular el bolsillo izquierdo, sobre mi pecho. Se ve una inscripción, ¿la notan?

—Sí, la vemos —dijo Kimjhé.

—¿Les llama la atención algo? —preguntó Káhlen.

—Deja este jueguito —respondió molesto Tänkefil—. No estamos para responderte nosotros a ti.

—Está bien, es verdad, me disculpo. Solo deseo confirmar que sigan mi argumento y quede claro —entonces, pidió el trozo metálico que había hallado, que ya les había dejado como prueba —. Por favor, noten nuevamente la inscripción de este trozo:

XXXAZITIXX

XXIH22XX

»Ahora, si observan en detalle los símbolos sobre mi bolsillo en la fotografía, aun cuando está en tiras y una parte no se lee por estar arrugado, verán que una parte dice: “EEIH2230”. Los símbolos de la inscripción del trozo calzan con los de mi camisa. El “IH22” está inserto. Lo cual querría decir que este pedazo de la nave hallado y yo tenemos una vinculación. Me parece que es una evidencia de peso y probaría que llegué en una nave y no vengo desde este mismo planeta desde una zona fría.

—A ver, a ver —dijo Tänkefil—. No eres tú quien decide si algo es o no evidencia de peso.

—Pero, ¿esto es prueba? ¿sirve de evidencia a su favor? —preguntó con incredulidad de algo de ignorancia Borna.

—Lo cierto —responde Wlatko—es que sí resulta muy obvio que ambos elementos están relacionados. Y dado que Káhlen venía con esa numeración en su chaqueta, puede asumirse que la nave no hallada, representada en este caso por ese material metálico, es propiedad de él.

—Lo que veo —dijo Tänkefil—es que esto podría relacionar un pedazo de metal que estaba cerca de la frontera a HLadno, con este stránci por su camisa. Pero, bien pudiera ser una foto trucada. El muchacho Zéjel, se ve que siente aprecio (y no comprendo por qué) por este extraño. Bien pudo manipular la imagen y luego enviársela a su "amigo". Por sí solo esto no es concluyente, es necesaria más evidencia; algo tangible u otro testigo.

Se produjo un murmullo en el estrado. Todo estaba causando mucho revuelo. Kimjhé se sintió tocado por la insinuación de Tänkefil respecto de la honorabilidad de uno de sus discípulos.

—No es justo —dijo Kimjhé—que se culpe de ninguna falta a alguien de los servicios Lewéis y menos si no está presente. Káhlen, creo que es un momento oportuno para que nos indiques si has tenido algún recuerdo más definido o imágenes en sueños[17] que pudieras considerar útiles para esclarecer el asunto.

Káhlen comprendió que Kimjhé estaba intentando ayudarle, al darle la pauta con su cuasi autorización para contar tanto de su sueño (del que habían hablado antes de salir a la expedición) como del cuadro que Káhlen estaba armando en su mente respecto de todo. Era hora de decir lo que "sentía y creía".

—Así es mi Señor Kimjhé —lo dijo de pie, como estuvo desde que entraron a la sala—. Mis estimados Señores, Líderes y Maestros de Izvor. Créanme que entiendo cualquier duda respecto de mi origen o de mi misión acá. Y yo mismo deseo entender todo lo antes posible. Son una gran civilización y es comprensible que pretendan cuidarla. Les comentaré uno de mis sueños, que tuve antes de salir del Mahésvetac hacia la expedición y se me repitió durante la misma.

»Dado que el sueño se ha repetido y las imágenes han venido siendo cada vez más claras, creo que, al menos puedo asegurar que parte de eso que mi mente me expone, ocurrió en realidad y es mi propia existencia y vivencia anterior a llegar a Izvor.

—Te escucharemos Káhlen, pero procura ser específico —dijo Wlatko.

—Lo seré —respondió Káhlen y relató—: Me he visto en peligro dentro de una nave. Yo y, por cierto, mi compañera. Ambos jóvenes. Nuestros padres nos ponen abordo de la nave pues quedarnos en el lugar donde estábamos implicaba la muerte para todos. De acuerdo a lo que logro traducir de lo que me dice mi padre, nuestra huida y propia salvación era

el único camino para salvar toda aquella misión. Las palabras que constantemente se repiten en mi cabeza, como mensaje urgente, son estas, que de hecho me di la tarea de escribir (saca un papel y lee):

"Ustedes son nuestra esperanza. No vuelvas atrás. Recuerda nuestra enseñanza, recuerda tu entrenamiento, tu aprendizaje. La nave y su contenido es información vital, para ti, para ustedes, para la humanidad y para el lugar a donde los enviamos. ¡Protege la nave y su contenido, hijo!. Cuídate y cuídala a ella, son nuestra esperanza… ¡te amo hijo!".

Luego oí nuestros nombres.

Se oyó un murmullo entre los Cuatro. Wlatko le preguntó:

—Entonces según eso, tu nombre ya lo sabes. Es bueno para ti, recordarlo. Bien, nos has dicho lo que es el sueño, pero dinos lo que crees que representa.

—Lo que entiendo mis Señores, es que de algún modo, en mí y en mi compañera se depositó una tarea muy importante. Éramos quienes salvaríamos de algún modo a mi raza: de dónde sea que vengamos. Y en la mismísima nave hay algo que es esencial, una "información vital" para conseguir ese objetivo. Es más, tengo la sensación de que quizá, esa información vital, pudiera también ser relevante para este maravilloso planeta y su sociedad y que por eso estoy aquí. Pero aún no sé bien, no recuerdo, cómo pudiera serles de ayuda.

Los murmullos siguieron. Los Cuatro conversaron entre sí. Tänkefil y Borna bregaban intentando desacreditar la valía del testimonio y también del sueño de Káhlen, que para ellos no era más que una artimaña planeada para ganar la confianza de los Líderes. Kimjhé procuraba dar apoyo a lo dicho por Káhlen, mientras que Wlatko se movía entre dudas e indecisión respecto de seguir o no dando su apoyo a Káhlen. Finalmente decidieron tomar un receso.

***

Como de costumbre se dejaron entrar servidores para proveer algún alimento y refresco. Los Líderes se levantaron del estrado y se dirigieron a una sala contigua. Allí por unos veinticinco minutos estuvieron hablando y debatiendo, a veces con volumen bastante elevado y evidentes expresiones de alteración y contra posturas. Káhlen solo oía el ruido; no entendía palabras. De pronto, hubo alboroto. Las puertas de la pequeña sala se abrieron de golpe. ¡Rhenan! ¡Rhenan! Se escuchó el llamado desde el interior. Rhenan era un Lewéis médico que siempre estaba en los Qübaldo, disponible para atender cualquier requerimiento de urgencia. Káhlen se levantó de la silla donde había querido tomar un descanso y vio hacia la salita. Entonces notó a Kimjhé recostado en el piso, recibiendo

primeros auxilios por parte de Rhenan. Rápidamente se acercó a la puerta y preguntó por su anciano amigo. “Sufrió un ahogo, hay que sacarlo de acá”. Fue la repuesta acelerada que le dio Wlatko mientras salía a llamar a otros Lewéis. Káhlen estaba muy preocupado pero no podía hacer nada. Imaginó que todo el proceso se pausaría y quedaría hasta ahí. En realidad no le importaba. Solo quería enterarse del estado de Kimjhé y de su diagnóstico.

Después que los Lewéis entraron al Salón, fueron a la pequeña sala y sacaron a Kimjhé en una camilla rodante en la que se lo llevaron al tercer piso del monasterio donde se encuentra el área médica y de investigación química y biológica.

Káhlen quiso acompañar al grupo, pero no se le permitió. Lejos de ello, le indicaron que debía esperar en el Küdell a los Líderes que volverían al estrado. Tras la abrupta y preocupante salida de Kimjhé desde el Küdell, los líderes restantes habían vuelto a la salita donde debatieron por otros cuarenta minutos más. Káhlen, un tanto desconcertado y nervioso, esperaba afuera en el Salón, sintiéndose confundido respecto de muchas cosas: ¿Qué le había pasado a Kimjhé? Hasta el momento del incidente dentro de la sala, se le veía bien. Y ¿por qué continuaba el Qübaldo sin él? Todo le parecía extraño y le hacía presentir que no vendría algo bueno para él. En ese instante Rjan se le acercó.

—Lamento mucho cómo han ido las cosas. No quería decir algo que te perjudicara. Tuve que hablar, me lo pidieron, son mis líderes. Lo siento en verdad.

—No debes disculparte Rjan. Lo entiendo bien. Hiciste lo que debías. No es el problema lo que dices o dijiste, sino cómo ha sido interpretado y tergiversado. Lo cual, espero, te fuera evidente ¿no?

—Sí —respondió Rjan con un dejo de decepción.

En aquel preciso momento, se abrió quejumbrosamente la pequeña puerta de la salita. De allí salieron Tänkefil, Borna y Wlatko. Subieron al estrado, se sentaron en sus puestos y Wlatko tomó la palabra:

—Káhlen: Tu testimonio hoy ha sido muy importante. Aun cuando no tenemos unanimidad respecto a qué hacer contigo, sí al menos, todos compartimos que lo que te sucede es algo que nos involucra y no es mera casualidad.

»Esto ahora será tema de investigación general de nuestros departamentos de inteligencia, que hasta ahora han reunido información tangencial respecto de ti y por las cosas con que fuiste encontrado. A contar de hoy te citarán para hacerte preguntas y examinar las mismas

evidencias que nos has mostrado.

—Quiero agradecer una vez más por su disposición y… —decía Káhlen.

—No es todo —dijo Tänkefil. Wlatko prosiguió—: Debido a que no hay un conjunto de evidencias suficientes en tu contra, como estipula nuestro código, pero sí bastantes hechos y lagunas que requieren indagatorias; tal como sugirió Kimjhé, el caso seguirá un proceso de investigación. No se tomará una decisión judicial respecto de ti ahora (Rjan expiró con alivio).

No obstante, dado que tampoco pudiste probar ni fehaciente ni convincentemente, fuera de toda duda, que no eres tú un espía o no tienes alguna relación con quienes fueran un peligro para nuestro mundo, no podemos seguir considerándote inocuo ni inofensivo de por sí; mucho menos "aliado" nuestro, hasta que todas las dudas sean disipadas.

Tanto la fotografía como el segmento metálico hallado no se consideraron evidencias contundentes de tu inocencia. De hecho, lamentable es para ti, que en este mismo estrado se cuestionó la legitimidad de dicha prueba en imágenes; su origen y su posible manipulación. Por sí mismas no son una prueba a menos que fuesen acompañadas de algo tangible, que las avale. Tal como se te dijo.

En consecuencia este consejo ha llegado a un Alen. Nuestro acuerdo te comunicamos. Es definitivo y absolutamente invariable y declara lo siguiente:

"Que dado a que el monasterio es un lugar de exclusividad, donde se reciben huéspedes, invitados, personas aceptadas y validadas en nuestra sociedad y tú no lo eres; por el período que continúen las pesquisas e investigación, seas derivado al centro de detención Dáldarjan en Ciudad Fortificada, donde te mantendrás privado de libertad. El monasterio ya no será tu residencia.

Por nuestro respeto histórico, al valor místico de los sueños y sus interpretaciones, también serás objeto de estudio por parte de nuestros especialistas en psicología y análisis de la mente. Esto, a fin de saber hasta qué grado es verdad tu amnesia y hasta dónde podrían ser ciertos o relevantes los sueños que nos has descrito, si es que son verdaderos".

Rjan que seguía presente, contenía las ganas de defender a Káhlen. Pensaba que podría decir lo que averiguó de su sangre, pero se retenía por su posición como subalterna y por recordar a Kimjhé, quien también lo sabía y de mucho antes pero nunca lo dijo o usó. "¿Por qué él no hizo algo para evitar que todo llegara a este extremo teniendo una prueba tan contundente e irrefutable?", se preguntaba sin hallar respuesta lógica. Y todo eso, también aunado al hecho de ver al propio Káhlen, que no tomaba acción alguna en su defensa. ¿Qué debía hacer? Estaba

confundida y sentía un dolor en el pecho.

—¿Algo que decir? —dijo Borna.

—Solo deseo preguntar por Kimjhé —dijo Káhlen—. ¿Qué le sucedió? ¿Qué se sabe de su estado?

—Tuvo un problema de asfixia —contestó Wlatko—. Al parecer sus nervios y tensión le jugaron una mala pasada y perdió oxigenación. Se debe descartar que tenga algún problema al corazón, claro está. Pero no te preocupes, está en buenas manos. Recibirá los mejores cuidados y se le harán los estudios de rigor para diagnosticar pronto y con certeza.

—Muy enternecedor tu interés — dijo burlón Tänkefil—y sería muy socializador seguir esta amorosa conversación, pero tenemos cosas más importantes que atender. ¿No es así mi señor Borna?

—Así es. El invierno se ha adelantado varias semanas —dijo Borna mientras apuntaba a los ventanales atribulados por las constantes y trepidantes gotas de lluvia—. Esta lluvia ya no nos dejará hasta meternos en el crudo invierno. Debemos ocuparnos en planificar todo y fortalecer nuestras defensas, más aun sabiendo ahora lo que estos stránci planean en el subsuelo del Épbron. Para nuestra fortuna, el engaño de este disque "salvador" no resultó como planeaba. Fuimos más inteligentes que él esta vez —y satisfecho en su asiento, se echó hacia atrás.

Tras aquello, Wlatko pidió a la guardia Ráknizi, que custodiaban el Küdell, que llevaran a Káhlen hasta el monasterio para permitirle retirar sus cosas y luego lo trasladaran al denominado "Dáldarjan" en Ciudad Fortificada, un recinto semi-carcelario, donde se mantenía a unos cuantos presidiarios por faltas menores o, cuyos casos estaban en proceso de investigación y a la espera de condena.

Antes de retirarse todos, Rjan fue abordada por Borna.

—Muy bien hecho mi fiel soldado. Cumpliste con la misión y hoy diste un testimonio cabal. Tendrás las mejores recomendaciones para ti.

—Estoy segura que hice lo que debía hacer, mas, no sé si era lo que tenía que hacer —respondió—. No me siento feliz por esto. Permiso mi Señor —y se retiró presurosa para acompañar a la guardia que escoltaría a Káhlen hasta el vehículo eléctrico de seguridad cívica. Allí al despedirse de Káhlen le dijo que iría luego al monasterio y le acompañaría hasta Dáldarjan.

***

Ya en el monasterio Káhlen subió a su habitación. No pudo dejar de sentir nostalgia por ese lugar que fue su refugio por varias semanas; su hogar. Donde fue cuidado, atendido y salvado, con amor genuino y respeto hacia la vida por seres que no lo conocían.

Después de unos minutos de reflexión y de escudriñar visualmente por última vez ese espacio, se dio a la tarea, triste y lacónica, de sacar todas sus cosas y ponerlas en su morral, a medio amarrar, debido al volumen. Salió, cerró su puerta y con lentitud caminó por el pasillo. Bajó las escalinatas. Y halló a Bozidar, Zéjel y Dalíb que le estaban esperando abajo en el recibidor.

—No pierdas la confianza en tu propia valía ni tampoco en que la verdad saldrá a la luz —fueron las palabras de consuelo y estímulo de Bozidar, quien le estrechó las manos con fuerza.

—¡No entiendo qué pasa y no sé qué puedo hacer!—dijo afligido Zéjel.

—No te preocupes por mí —lo confortó Káhlen—. Kimjhé requiere de los cuidados y energía de ustedes ahora. Es prioridad. Yo estaré bien.

—Yo sé que eres como nosotros Káhlen y creí que ellos lo verían. Lo que te envié, pensé que serviría para eso y para que te creyeran —dijo lamentándose Zéjel—. Creo que no soy aporte en nada real.

—¡No digas eso y escúchame! —respondió con firmeza Káhlen—: esas fotografías me ayudaron muchísimo, créeme. Hiciste una vez más algo bueno por mí, siempre lo has hecho. Eres mi amigo —. Ambos se fundieron en un cálido abrazo. Káhlen se despidió también de Dalíb y se dirigió a la salida donde estaba su escolta.

Los guardias Ráknizi, entre ellos Rjan (que había llegado a tiempo), abrieron las hojas de las puertas del monasterio para permitir la salida de Káhlen. Le llevaron al vehículo y al momento de hacerle entrar, tomaron sus pocas cosas para dejarlas en la maleta del móvil. Rjan aprovechó un despiste para ir al morral y poner dentro un libro. Se titulaba “Del Tiempo y de lo que Somos”. Su fin, en rigor, más que proveerle de una lectura en días de encierro, fue dejar varias notas entre las hojas del libro que esperaba Káhlen viera y le sorprendieran gratamente. Pero, fue ella la sorprendida, por hallar algo inesperado. Al hacer el espacio para meter el libro, movió cosas y encontró la camisa de Káhlen, la remendada, Le llamó la atención pues era la camisa de evidencia, que pudo mostrarse como prueba tangible, eliminando así el cuestionamiento de manipulación en la fotografía de Zéjel. Rjan, la desdobló, miró aquel bolsillo clave y en su solapa leyó la inscripción que decía: “*STRÁZITI-7 EEHI2230*”.

***

[14] Término terrestre para definir una brecha, lugar de paso estrecho y obligado

[15] Instrumento electrónico portátil, diseñado por la tecnología Zemáh, que aplica métodos de análisis de regiones específicas de ADN. El estudio automático resulta en una mancha de color correspondiente a una orden en particular de una familia genética.

[16] Dentro del código judicial Zemáh, se establece que una decisión debe ser tomada habiendo un grado de certeza altísimo de todos pero, de no existir unanimidad, por lo menos 3 de los 4 siendo mayoría, deben tener los fundamentos y evidencias concretas que respalden la decisión final que involucrará a todos los lideres

[17] Los Zemáh tenían gran interés por los sueños y eran incluso tema de estudio y debate, su significado e interpretación. Creían que contenían mensajes interiores vitales para quien los tenía y también podían ser un puente de comunicación con algo o desde algo más allá del mismo individuo.

Capítulo 3

PARTE III

Capítulo 1

Dáldarjan

Káhlen fue llevado hasta Ciudad Fortificada de los Ráknizi. El cuartel donde se le puso, Dáldarjan, tenía forma redondeada con tres torres también circulares que la rodeaban, de varios metros de altura; toda la estructura hecha de piedra pulida color negro. Era un recinto penitenciario muy bien custodiado; soldados Ráknizi hacían guardia todo el día en turnos.

Contaba con ciento veinte celdas relativamente pequeñas, con el espacio suficiente solo para una litera, un asiento, una mesa diminuta y un lavabo de manos. El conjunto de celdas, distribuidas en las tres torres, seguía la forma circular de éstas. Sus rejas daban a un pasillo central que contornaba una pared blanca con forma de cilindro central, en cuyo interior estaba la oficina de control de los guardas; puesto desde donde vigilaban por circuito cerrado todo el entorno del recinto así como accesos y celdas. La conformación física del lugar se repetía en la segunda y tercera torres.

En una de esas, en la Torre 2, quedó recluido Káhlen. Al ingresar fue revisado junto con lo poco que llevaba a mano. Todo le fue requisado y, tras vestirse con un mameluco color naranjo, solo se le dejó entrar con el libro que le había regalado Rjan.

Los celadores, durante el procedimiento, no emitieron ninguna palabra adicional a las instrucciones propias que debían darle. Él solo se dedicó a observar con detención el lugar. Casi intentando hacerse un mapa mental de todo.

Luego, lo llevaron hasta su celda numerada con el 115. Lo dejaron dentro, salieron y se sintió el golpe eléctrico en la puerta metálica, que selló el cierre. Káhlen, observó todo estando de pie muchos minutos frente al haz de luz que entraba por la escotilla redonda que estaba en la pared trasera de su celda a unos dos y medio metros del piso.

Mientras pensaba en lo sucedido buscando en su mente memorias de su vida, también volvieron las palabras de Kimjhé: “respira, nunca olvides respirar”. Un buen consejo que entendía ahora. Necesitaba respirar, serenarse y sentir consciencia de ese momento; del proceso que vivía. Eso le ayudaría a obtener calma y le permitiría liberar sus pensamientos de malas energías o negativismo, para así lograr focalizarse y pensar con

frialdad. A propósito de su amigo, temía por él, por su salud. ¿En qué estado se encontraría? ¿Podría saber de él? Al preguntarse respecto de él se dio cuenta lo poco que había sabido de Kimjhé: de su vida, de su familia, de su origen, de su salud que quizá por tiempo venía dañada. Ni siquiera sabía su edad. Tal como él mismo le dijo una vez: "No has preguntado nada acerca de otro ser que no seas tú".

De pronto, su meditación fue literalmente oscurecida con el apagado de las luces de todas las celdas. Programado y anunciado con antelación, por un ruido ronco de alarma. Unas pequeñas luces altas que estaban en el cilindro central, quedaban iluminando el pasillo circular a semejanza de tenues estrellas en la oscura Torre 2.

***

Damir

El imponente monasterio: con sus pasillos, salas, su gran Biblioteca, hermosas terrazas y las magníficas vistas a su entorno, siempre fueron motivación extra para Calfu. Desde su niñez deseó ser un Lewéis y anheló que su descendencia; un ansiado varón, siguiera su ideal de vida. Se propuso para cuando llegara, educarlo para ese propósito y llenar su corazón de deseos de servicio y vocación. No obstante, la vida le dio una vuelta dura e inesperada. Fue padre, pero de una hermosa niñita, una pequeña que lo enamoró desde que la recibió en sus brazos y que fue su todo, tanto más luego que su madre perdiera la vida en el parto. Calfu se esmeró como padre aunque eso le significó importantes sacrificios. Debió dejar su servicio en el monasterio para proveer lo necesario a su hija; primordialmente un lugar donde vivir, así como, dedicar tiempo a su crianza y educación.

No obstante, a pesar de que ya no podría servir en el lugar que tanto amaba, sí apartó tiempo para visitarlo con regularidad y en la medida que su pequeña hija creció, le enseñó también a valorarlo. Todo lo que sabía se lo fue transmitiendo, con paciencia y cariño, por sobre todo su amor por el servicio especial que tanto Lewéis como Musas Zhénatayèl ofrecían. Sin embargo, tampoco su hija, ya adulta, le dio el gusto de ir al servicio en el bosque de las bellas voces. Ella, no deseaba estar allí ni ser una servidora en el Recinto de las Musas, bajo los Lewéis. Ella deseaba una vida normal: un esposo, hijos, una familia. Calfu no intentó obligarla, solo esperó a que el tiempo diera muestras de que todos sus sinceros esfuerzos y sus deseos vocacionales serían recompensados. Y aquello en definitiva se dio, cuando su hija le dijo que deseaba formalizar una relación con alguien que él conocía de sus visitas al monasterio; un tal Damir.

—Padre —dijo la joven —, quiero que lo conozcas. Sé que lo has visto y

oído. Es Damir.

—¿Damir? ¿El escribano? ¿El joven que dio aquel discurso acerca de la espiritualidad ese sábado de la fiesta de Ténja Alta?

—Sí. El mismo.

El rostro ya curtido en tristes arrugas de Calfu, pareció revitalizarse. Sus ojos se iluminaron.

—Hija, ese es un gran hombre. ¿Sabes lo que todos dicen de él, no es verdad?

—Sí, Padre. Todos dicen que será el próximo Kimjhé de los Lewéis. Y que será alguien único. Pero yo lo amo por lo que es él como hombre e individuo. Así fuera el más simple de los monjes servidores del monasterio o solo fuera un más que vive en la Grad.

—Claro que lo sé hija amada. Te conozco como así a tus nobles sentimientos. Pero, no puedo dejar de sentir alegría por el hecho de que puedas formar un hogar con alguien espiritual y tan sabio como él. De alguna forma, puedo verme reflejado en ustedes, esperando que esta semilla de relación germine y sea bendita tu vida junto a él.

Los Lewéis eran muy estrictos respecto de sus relaciones sociales y en especial amorosas. Los hombres no podían tener un historial de mujeres en su vida. En general, solo se estilaba un cortejo muy formal, bajo la aprobación no solo de los padres sino también con la anuencia solapada de los más ancianos y sabios de la orden; el Kimjhé, por cierto. Para un hombre entrar en una relación de cortejo con una mujer y luego terminarla por cualquier suerte de motivos poco “serios”, le implicaba costos. Si bien, no sería rechazado de su servicio en el monasterio, sí perdía credibilidad, sobre todo si deseaba optar a privilegios mayores de servicio dentro del escalafón que el Lew describía. Ni hablar si su deseo o recomendaciones apuntaban hacia el liderato de la orden. Un desliz, por escoger mal a su futura mujer o volverse reconocido rompedor de compromisos, le significaría jamás liderar a los Lewéis.

De ahí que Calfu comprendiera que si Damir estaba iniciando una relación con su hija y requería su venia, esto era algo serio e implicaría que de darse todo bien, su hija sería la esposa del próximo Kimjhé. Tendría así el honor de formar un hogar y criar un hijo que continuara su descendencia. Su sueño de que su sangre diera servicio especial de la mejor forma tendría, después de tantos años, frustraciones y penas, un feliz desenlace. Luego de todo entonces, podía ver el acierto de dar a su hija el nombre de Mira, cuyo significado es: Paz.

Al cabo de unos días, Mira llegó a su casa junto con Damir. Entró por la puerta principal de la casa, con su contextura media de poco menos de un metro y setenta centímetros, tez oscura, latina, ojos café oscuros y gran sonrisa.

—¡Dobrodosli Gospodin, Damir! (Bienvenido Señor Damir)[18]

—¡Hvala lijepo moj Gospodin Calfu! (Muchas gracias mi señor Calfu)

—Toma asiento por favor.

Entonces tuvieron una amena charla, donde Calfu pudo contar su historia y anhelos; mientras Damir escuchaba con sincera atención. Al rato pasaron a comer

—Dime Damir, ¿qué sientes o has sentido en tu vida, por el hecho de que tus padres y tú, claro, sean descendencia de la línea de líderes más antigua y reconocida en nuestra época?

—Bueno, si bien mis padres son del linaje de Yampái; sin duda un honor y orgullo, lo cierto es que no heredé eso como lo más esencial, sino, los valores espirituales, la convicción de lo que es correcto y el apego a ello. Nunca vi a mi padre como un transmisor de linaje nada más. Él fue mi guía e instructor. Pero, incluso él, llegado el tiempo de mi acercamiento a la disciplina Lewéis, cedió parte de ese espacio de instrucción a otros maestros. Me dejó ser moldeado por el Lew. Así es que, lo que siento por mis padres y antecesores es amor, gratitud; profundo aprecio.

—Padre, Damir tiene una invitación para ti —dijo feliz Mira.

—Así es, mi señor Calfu. La próxima semana debo pronunciar un discurso respecto de la historia moral de nuestro mundo y las nuevas leyes que se piensa implementar, mediante la Reforma. Estaré por cuarenta y cinco minutos dirigiéndome a un auditorio de diez mil personas en las afueras de la Grad, en el Portal.

—Irán, los cuatro líderes, sus consejeros y toda la plana mayor de cada casta —agregó Mira, orgullosa.

—Me siento muy emocionado. Ustedes me hacen muy feliz. Con orgullo estaré presente en el auditorio. De seguro expondrás muy bien.

—Eso espero. Es mi deseo mostrar los beneficios de la autodisciplina, el gobierno de uno mismo; saber manejar las emociones. Eso permitiría que ni siquiera tuviéramos que depositar nuestra confianza en leyes escritas. Creo que podemos conseguirlo.

—Mi amado Damir es tan bueno que cree que todos lo son —dijo Mira—. Ve solo lo bueno en otros. Y eso, me preocupa. Es muy confiado y no quiero que alguna vez le hagan daño aprovechándose de su bondad e ingenuidad —dijo, mientras tomaba con fuerza las manos de Damir.

—Es cierto mi señor Damir. Hay que oír a las mujeres —dijo seguro Calfu—, y no solo cuando cantan hermoso. Muchas veces perciben mejor lo que hay en el entorno. Respecto de tu ideal, es lo que todos quisiéramos. Sé que hay algunos que también apoyan esa idea; como Borjón de los Krájh. Como sea, sé que darás un gran discurso no me cabe duda. Le prestaré mucha atención desde donde esté, esperando todos hagan lo mismo.

—Gracias mi señor Calfu. Es cierto, como dice Mira, suelo confiar demasiado en los demás. Me niego a creer que como individuos o sociedad vayamos a un sumidero degenerativo y no podamos ser capaces de detenerlo. Tíldenme de "soñador".

»En cuanto a usted y dónde escuchará mi discurso, quiero decirle que estará junto a mi amada Mira, en los asientos que corresponden a mi familia. Es lo que ustedes son y serán, hasta el final de nuestras lunas, si usted me permite sellarlo así con su hija.

El viejo Calfu no pudo contener su felicidad y emoción. Mira lo abrazó, le dijo cuánto lo amaba y cuán agradecida estaba de él, por sus cuidados, por su amor.

Veinte años transcurrieron hasta que Damir, fue nombrado y ungido como el nuevo Kimjhé, puesto que ha ocupado por veinticinco ciclos hasta la fecha. Es un líder muy respetado y valorado por los Lewéis y toda la sociedad Zemáh. Reconocido como persona sabia, pacífica, modesta, paciente, integra, leal y altruista. Líder motivador. Muy apegado al Lew. De ahí su amplio conocimiento de ciencia y espiritualidad. Asimismo, tenía dominio de temas biológicos, botánicos, astrofísicos y de tecnología. Respetuoso de las normas y tradiciones, mas no inflexible al respecto.

Calfu alcanzó a ver el suceso, sino en vivo por su grave estado de salud, sí por transmisión de vídeo. Ese mismo año, murió, pero antes pudo disfrutar de ver cumplidos sus sueños de joven. Pudo ver a su hija feliz, bien cuidada por un gran hombre y sostener en sus brazos e incluso ver crecer como una hermosa mujer de notable cualidades espirituales a su siguiente heredera, su nieta, Vesna, a quien Kimjhé decidió dar ese nombre diciendo:

"Ella se llamará Vesna, sí Vesna (Primavera). Tíldenme de soñador".

***

Primeras visitas

La mañana siguiente, Káhlen recibió sus primeras visitas. Eran Bozidar y Zéjel. Le fue permitido recibirlos en el comedor público.

“Dobra dan”, se saludaron y conversaron…

—¿Cómo estás amigo? —preguntó rápido Zéjel

—Bien. Como si hubiera pasado de una nube a una cama de fierros puntiagudos.

—Al menos mantienes tu buen humor —dijo Bozidar

—Lo necesito —confirmó Káhlen.

—Vinimos para que sepas que no estás solo y que creemos en ti —dijo Zéjel—. Te hemos traído algún alimento fresco de los jardines del Monasterio, ya que preparados está prohibido ingresar. También trajimos algunos recados escritos para ti.

—Gracias por el alimento, saben que me encantaban, estando con ustedes. ¿Qué recados son? ¿De quiénes son los recados? A mí me interesa saber de Kimjhé…

—Precisamente, de él es algo de lo que te traemos —dijo Zéjel y sacó de debajo de su túnica, un pequeño reproductor de disco. Uno circular de menos de 3 pulgadas de diámetro, y se lo entregó.

—Debes escucharlo ahora, en nuestra presencia, porque al irnos te revisarán —advirtió Bozidar.

—Pero díganme de su estado actual. ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué sufrió ese repentino ataque?

—No podemos darte demasiada información de su salud. Solo podemos decirte que Kimjhé sufría de una afección cardíaca que se manifestó el día de Qübaldo. Fue tratado con prontitud. Nuestros médicos Lewéis lo están atendiendo, se aplica lo mejor y más avanzado en sus cuidados. Además su esposa está con él, cuidándole.

—Está bien, al menos sé que está en buenas manos y atendido —entonces tomó el pequeño reproductor y preguntó—: ¿Ustedes conocen su contenido?.

—Sí, yo —dijo Bozidar—. Kimjhé lo grabó, solo frente a mí. Es de antes del último Qübaldo. La presencia de Zéjel aquí ahora es bajo la autorización de Kimjhé.

—Ok —dijo Káhlen y accionó el reproductor, que le permitió oír lo siguiente:

"*Querido Káhlen: Sé positivamente que eres un buen hombre. He decidido grabarte este audio pues, y lo digo con honda tristeza y renuencia a aceptarlo del todo, sospecho que mi creencia en ti no bastará para librarte del deseo egoísta y cruel de algunas personas. Debido a nuestras normas no puedo ponerte al tanto de este temor antes del Qübaldo, por eso, lo hago sabiendo que lo escucharás después de lo que sea que se resuelva. Primero que todo, quiero que entiendas que hice lo posible por hacerte ver como lo que yo veo en ti. Un hombre bueno y alguien vinculado a nuestra salvación. Lamento mucho que no lo conseguí. Voy con pesimismo a esta Qübaldo ¡Cómo quisiera evitarte lo que preveo que puede venir!.*

Espero que de alguna forma podamos luego, vernos y conversar. Si no pudiéramos hacerlo pronto, este audio lo grabo con el fin también de ponerte al tanto de que hay información que puede ser vital para ti y para todos. Lo siguiente es reservado:

Hay una nave, otra, que hemos tenido resguardada por centurias y oculta del resto de nuestros hermanos Zemáh. La información atingente es tan vital que se remonta hasta nuestra mismísima creación como raza. Está en una zona que llamamos "Réwe"[19]; en un sector apartado y patrimonial para nosotros. Lo han conocido solo los líderes Lewéis desde siempre y sus consejeros allegados. Debes ir. Debes conocerlo. Debes ver esa nave y procurar comprender lo que hay en ese lugar y sacar las conclusiones que te sean importantes. Quizá te permita obtener pistas del rompecabezas de tu vida y la nuestra.

Por último quiero pedir tu perdón. Perdón por no habértelo dicho antes. Perdón por hacerte pasar por ciertas cosas o por no explicarte todo de una vez, lo que en consecuencia, te expuso en demasía. Pensé que si sabias todo desde el principio podría serte dañino en tu proceso de recuperación de memoria; confundirte. Créeme que jamás lo hice pensando en dañarte, sino muy por el contrario. Es mi creencia absoluta que la verdad por sí sola debe salir a luz. Creo también en las personas, creo que el bien en cada uno triunfará. Confío demasiado en los demás, y he creído oportuno dejar que las personas demostraran lo que había en sus corazones, pero ahora veo con dolor que muchas de mis creencias en estos aspectos han estado erradas. Para pesar mío y de muchos, lo que se ha ido demostrando es que hay poco en los demás que esté libre de orgullo, egoísmo y ambición.

Espero tengas la fuerza para continuar a pesar de todo. Eres un hombre excepcional y lograrás mucho bien. Confía en Bozidar, Zéjel y Rjan. Con sincero amor humano y admiración, me despido hasta que pronto nos volvamos a ver.

Tu real amigo

Damir, Kimjhé"

Káhlen quedó muy pensativo, Zéjel boca abierta y Bozidar esperando comentarios. A los segundos, Káhlen inspiró y dijo:

—¿Cómo puedo salir de este lugar?

—Nosotros no podemos ayudarte con eso Káhlen —respondió Bozidar.

—Tengo que darte el otro mensaje, es de Rjan —dijo Zéjel—, quien creo que sí puede servirte para este propósito —y entregó a Káhlen un pequeño papel, con solo unas breves oraciones: "Mañana te visitaré en la Primera Hora. Saldrás. No olvides hojear el libro".

—Escúchenme —dijo Káhlen —saldré de este sitio mañana. Necesitaré luego toda su ayuda para ir al lugar que me indicó Kimjhé. ¿Cuento con ustedes, en eso?

—Por supuesto Káhlen —dijo Bozidar.

—Iré contigo mi amigo —le dijo Zéjel.

—Gracias. Ahora por favor llévenle la noticia a Kimjhé de que estoy bien y fuerte. Y que lo veré pronto, por favor, ¡cuídenlo mucho!

—Así será —le respondieron. Luego, Bozidar junto a Zéjel, se despidieron de él con afecto y se fueron.

***

Capítulo 2

Tänkefil y Borna.2

Borna ha regresado de sus inspecciones a distintos puntos estratégicos, preparando la defensa para la cada vez más cercana batalla. Invitó hasta su Cuartel Principal a su líder aliado Tänkefil, para comentar los últimos acontecimientos y datos recibidos. Tras los saludos protocolares, Borna comentó:

—Mi señor Tänkefil, tenemos controlada la situación en los puntos que consideramos factibles de ataques. He enviado un informe a los demás Líderes respecto de ello.

—¡Gracias Señor Borna! Imagino que dejó algo especial, no contenido allí, que pudiera sernos útil.

—Por cierto, de eso quiero hablarle. Mis guerreros llegaron al punto que el stránci reveló a Rjan. Y tal como nos dijo ella, hay evidencia de actividad e intervención externa creando "pasadas" como estrechos. Lo llamativo es que según nuestros exploradores y expertos esa actividad aparenta ser reciente. Los stránci están procurando trabajar por anticipado. El hacerlo bajo tierra los favorece; evitan el calor del verano que los agobia.

—Bien, tenemos información ratificada entonces.

—Así es, y aquello Tänkefil, nos ha dado una nueva opción; queremos aprovechar esas mismas pasadas para cruzar e ir a HLadno y atacar.

—Eso es algo que por bastante tiempo hemos debatido en nuestras reuniones de los Cuatro, Borna —dijo Tänkefil—. Nunca ha habido acuerdo respecto de tomar la ofensiva; algo de lo que yo tampoco estoy seguro que sea lo óptimo, aunque me declaro no experto en estrategias de guerra. Tus antecesores optaban por una buena defensa. Siempre creyeron que las debilidades a propósito del clima para los stránci más el cordón montañoso que nos separa y una preparación adecuada de nuestras fuerzas para el invierno, bastaban. Y, a la fecha, nunca han llegado siquiera a las cercanías de nuestras ciudades.

—Pero esa estrategia, temerosa, no los elimina como amenaza ni tampoco al riego permanente de sus ataques. En un algún momento, como quizá ahora, ellos podrán superar las defensas o hacerse fuertes para soportar el verano…

—Eso es verdad, debo admitirlo. ¿Qué crees que debiésemos hacer, entonces?

—Debemos ser nosotros los que ataquemos —aseguró Borna—. Nosotros los que vayamos a su terreno a destruirlos de una vez y para siempre.

—Veremos, veremos qué es mejor —dijo Tänkefil—. Por ahora me parece muy bien que tomes la iniciativa con energía. Tal como lo hicimos con el stránci que ya tenemos en cautiverio. Hay que admitir que tiene muy buena oratoria. Sabe exponer y defender sus posturas. Era vital sacarlo del "juego".

—Sí, por un momento creí que de nuevo se saldría con la suya, cuando sacó esas fotos. ¿Crees que sean genuinas? ¿Será cierto que viene de otro

lugar, que no sea uno de los stránci que llegaron hace quince ciclos?

—Mira Borna, la cuestión no es si es de ellos o no. Podría ser cierta o no su historia. Pero, el punto es que no nació en nuestro mundo. No es de nosotros.

—Sí, es cierto. Da lo mismo de dónde sea, no debe tener objetivos muy pacíficos —dijo Borna

—¡Exacto! Como todo aquél que llega a otro mundo: desea conquistar. No debemos dejar que nos engañe. Ahora recluido ya lo tenemos controlado. Y con Kimjhé enfermo, lamentablemente, fuera del tablero, se nos hará más sencillo todo, hasta que se recupere, si es que lo hace. Lo esperamos, por supuesto.

—¿A qué te refieres? No era el plan que Kimjhé estuviera tanto tiempo como el que lleva, alejado de sus funciones como líder. A veces creo que fue exagerada la acción que tomaste.

—Tranquilo, lo que pedí (y a personas entendidas) —dijo Tänkefil—, fue unas simples gotas para darle algo de sofocación nada más. No sabíamos que sufría o tenía afecciones previas al corazón. Nadie quiso o quiere dañarlo. Saldrá de esto, no te preocupes. De todos modos, ¿fue lo que dijimos no? Hacer lo necesario para asegurarnos de que se hiciera lo que es mejor para nuestra raza. Es lo que hicimos. Recuerda que eso acordamos. Ahora hay que continuar, no podemos lamentarnos y echarnos atrás como cobardes.

Mientras Borna pensaba en lo que Tänkefil le decía…. Un rostro de preocupación surgía en él.

—No esperaba causarle tal daño al Señor Kimjhé —sentenció con algo de inquietud.

Una llamada por su intercomunicador le hizo reaccionar y pedir que entraran sus hombres de confianza. Debía continuar con sus labores como líder Ráknizi e instruir los pasos y las estrategias siguientes.

Tänkefil se retiró.

***

Visita de Rjan

Rjan llegó al día siguiente a visitar a Káhlen, en la Primera hora, como indicó en su mensaje. El intenso deseo mutuo de abrazarse, de besarse, fue contenido y sofocado por la instancia y el entorno en que se hallaban. No debían levantar ninguna sospecha de algún tipo de interés o fuerza

emocional que lo liara. Sentados en el centro del comedor blanco se saludan:

—Dóbres Káhlen —dijo emocionada Rjan— ¿Cómo te sientes? ¿Qué tal te han tratado?

—Dóbres Rjan. Estoy bien. La alimentación es algo insípida…

—¿Leíste o al menos has abierto el libro que te obsequié?

—¿Con sinceridad?, no.

—Bueno lástima, pero entiendo. Y tanto mejor así, ya que estoy acá te lo puedo decir en persona.

—¿Qué cosa?

—Káhlen, quiero decirte que puedes confiar en mí. Yo estoy contigo, de tu lado, al igual que el maestro Kimjhé.

—¿No va contra tu entrenamiento Ráknizi? ¿No es contrario a tus órdenes, como subordinada…?

—No me hables así. Eso ya lo discutimos y ya estoy segura de que no eres un peligro. Confío en ti. ¿Tú estás seguro de mí? ¿Confías en mí?

—Con el resultado del Qübaldo encima —dijo Káhlen —, teniéndome acá encerrado, me cuesta pensar en quién confiar.

—Bueno, si así lo crees, no tengo nada que hacer acá. Quizá estás mejor solo o bien te han venido recuerdos que te han hecho pensar distinto o pensar en “alguien”.

—Vaya Rjan, no puedo creer que en el escenario que estoy, vengas a expresarme celos. Mejor, respóndeme una pregunta… No, que sean dos: ¿Por qué crees tanto en mí ahora? ¿Qué hizo que cambiara tanto tu parecer respecto de quién o qué soy y de cumplir tus órdenes que parecía que te eran tan imperativas?

—Aquella noche, cuando conversamos y, nos besamos, todo me fue diferente… y ¿para ti?

—Fue algo especial, mágico, sin duda. Pero sabes que no me refería a eso. De hecho, me refiero a que hayas llegado hasta ese preciso punto de besarme siendo yo un “stránci”. No tuviste temor, ni recelo o escrúpulos. ¿Por qué? Dime la verdad Rjan.

—Káhlen, yo… —hizo una pausa para pensar

—No digas algo que no sea la verdad —interrumpió Káhlen —. Necesito la verdad, más que todo para poder abrir mi mente y confiar. Mentiras no quiero. Háblame mirándome a los ojos.

Rjan lo miró, pensó y comenzó a responder.

—Tienes que entender que no me es fácil nada de esto. Vengo de un mundo social muy estricto como Ráknizi. Mis emociones suelen estar muy escondidas. Soy de poco trato social y prefiero la soledad de una expedición a estar compatibilizando con otros.

»Yo… tomé parte de tu sangre, la que limpié de tus heridas por el Lijen y la hice analizar. El resultado fue que tú eres como nosotros. Lo intenté decir después del Qübaldo, pero no tuve forma; en realidad no me atreví, pero no pensé que todo esto pasaría. Tú compartes en un 99% nuestra sangre Káhlen, nuestro código genético.

Káhlen se levantó de la silla. Dio unos pasos con los dedos índice y medio de cada mano presionando sus sienes. Entonces, retrocedió, se sentó y le dijo.

—Debiste decírmelo. Yo merecía saberlo —Rjan sintió rubor en su rostro —. Pero eso ya no cuenta ahora. Solo se debe pensar en este momento. Quiero que me digas si me ayudarás a salir de aquí cuanto antes.

—Ya te dije: estoy contigo y lo estaré siempre. Nadie había llegado a mi vida como tú Káhlen y no quiero dejarte ir de mi lado ni perderte. Pensé que saber esto te emocionaría o provocaría algo.

—Gracias Rjan por tu apoyo —dijo Káhlen mientras la miraba directo a los ojos—. Quiero que sepas que te admiro y siento algo muy profundo por ti. En cuanto a lo que me dices; es demasiado potente sin duda, pero no tengo tiempo ahora de analizarlo ni emocionarme. Debo salir de aquí, ya vendrá el tiempo para reflexiones; tengo una celda vacía que llenar con ellas.

—Escúchame: esta noche te sacaré de aquí —dijo Rjan—. Vendré en la cuarta hora, cercano a las 24.00. Debes estar alerta. Toma este comunicador —le entregó un aparato, con la forma de un reloj—. Cuando sea el momento, te enviaré un aviso de que puedes salir de tu celda. Te esperaré en la entrada de la Torre 2. La batalla se avecina más pronto que tarde y no podemos estar acá cuando comience.

Tras esas palabras, cerraron la charla y Rjan se marchó. El resto del día, Káhlen solo se dedicó a reflexionar en los muchos nuevos datos que tenía: la existencia de otra nave; un lugar “especial” donde debía ir; la

impresionante noticia de su sangre, algo que podía unir a lo que antes le había hablado Zéjel y, que implicaba que Kimjhé y otros sabían esa verdad hacía mucho. ¿Cómo era posible que su sangre fuera como la de los Zemáh? Es otro planeta, eso es seguro, no es Su planeta. ¿Sería que los humanos eran una raza común en el Universo? ¿Serían también los stránci, otros "humanos" más, llegando a Izvor a conquistarlo? Una vez más tenía mucho para pensar.

***

Lento para Káhlen transcurrió el día, entre el silencio de su encierro, matizado solo por sonidos de rejas, alarmas programados para diversos horarios y las breves visitas que hacían los guardias para inspección de las celdas. En una de esas ocasiones, Káhlen debió guardar muy bien el comunicador que le había dejado Rjan. El mejor lugar que halló fue el borde de concreto que sobraba a la pequeña escotilla de luz. En el día anterior ya había notado que era el sitio donde nunca siquiera levantaban la vista los guardias para registrar.

***

La noche llegó y la hora para que Rjan cumpliera su compromiso. El habitual silencio y calma, fue roto por un bullicio de correrías que se producían desde y hacia la base cilíndrica de la Torre. Algunas llamadas a voz en cuello, que Káhlen poco logró entender, pero tenía certeza de que era Rjan quien estaba provocándolo. Con mucha ansiedad y algo de nervios, no dejaba de mirar el comunicador. Hasta que al fin éste vibró e hizo unos bips seguidos que no descontinuaron. Casi al momento, sintió el sonido de apertura de la puerta eléctrica de su celda. Sin demora, la abrió por completo, fisgoneó rápido por si alguien vigilaba y al ver el pasillo despejado, corrió rodeando el cilindro central, hasta llegar a la puerta de las oficinas. Allí pudo ver a tres guardas abatidos en el piso; la puerta de salida de la oficina hacia su exterior también abierta y un arma de fuego sobre el escritorio junto a un manojo de llaves. Se dio cuenta que en un estrecho pasillo interior había un gran casillero y en una de sus puertas, su nombre. Tomó las llaves que vio y fue intentando hasta que acertó con la suya. Encontró adentro su bolso, ropa y demás cosas. Sacó todo y salió raudo de allí. Al salir pudo ver a unos cinco metros la puerta grande que había cruzado cuando fue recluido. Era la salida de la Torre. Al otro lado le esperaba su libertad y, Rjan.

Afuera todo oscuro, muy frío, con neblina. De pronto oyó un silbido melodioso que imitó y siguió. Rjan se hizo visible y Káhlen corrió hasta ella que estaba montándose en un transportador aéreo. Una vez estuvo dentro de él, al fin pudieron fundirse en un profundo abrazo, con un beso dulce y sentido.

—Gracias por venir —dijo Káhlen.

—Te dije que te sacaría —respondió Rjan

—Confié, confío, mucho en ti. Ya leí tus notas… me calaron hondo.

—¡Qué feliz me hace saberlo! Yo también confío en ti Káhlen. Sé que tienes algo bueno e importante para nuestro planeta. Lo sé.

Luego de unos acotados besos más y de hablarse con miradas cada vez más intensas, se aprestaron a partir.

—¿A dónde debemos o podemos ir? —preguntó Káhlen

—Iremos a un refugio especial que tengo. Estaremos tranquilos por esta noche y podremos planear lo que sigue.

—Muy bien, tú eres quien sabe. Una pregunta.

—Dirás…

—¿Los mataste? ¿A los guardias que vi en el suelo?

—No. Solo mato a quien me hace daño emocional

—No lo dudaría —respondió Káhlen y ambos rieron.